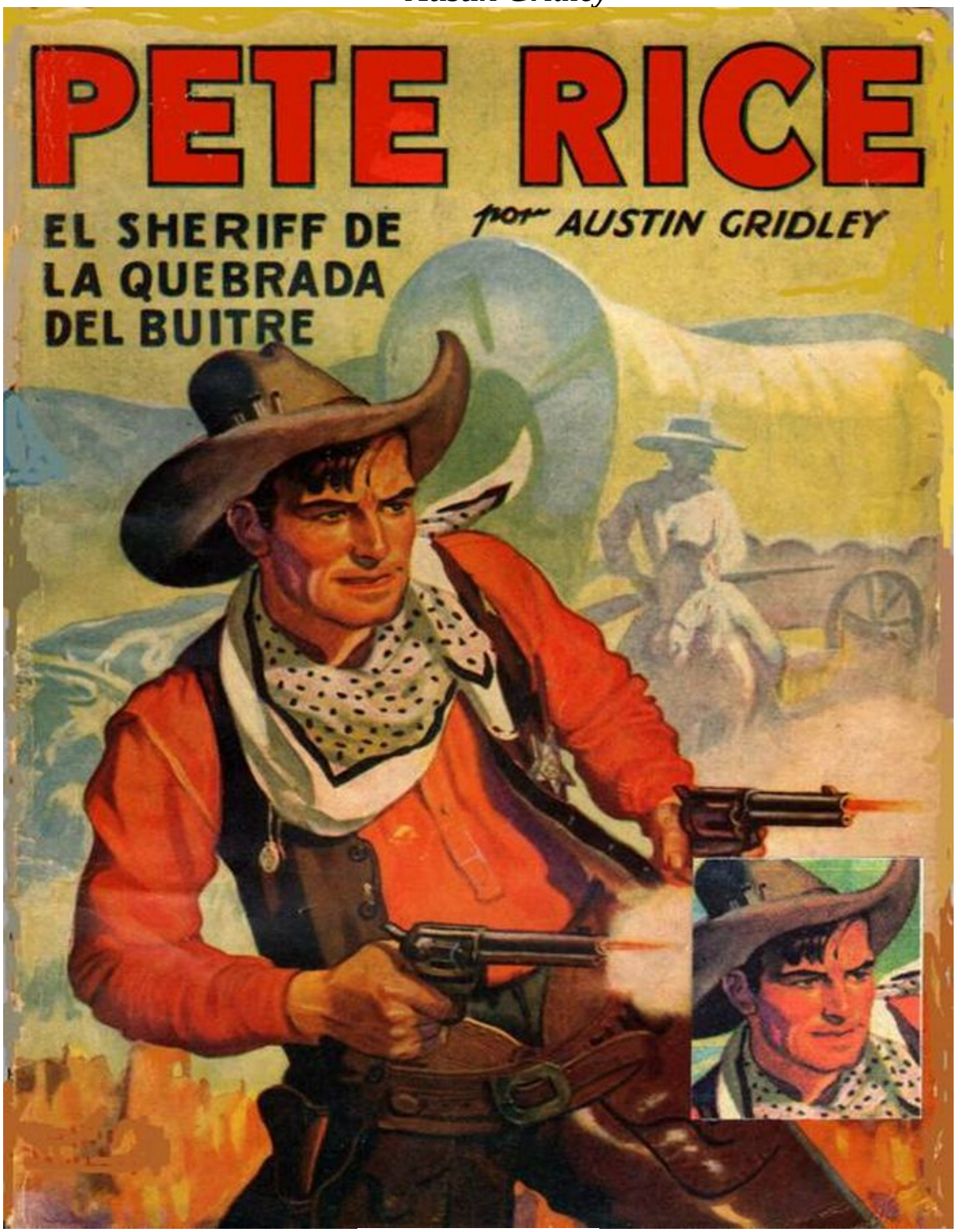
El sheriff de la quebrada del buitre

Austin Gridley



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO 1
PISTOL PETE

Chasqueaban los revólveres en la pequeña calle principal de la «Quebrada del Buitre». Se estaba riñendo una batalla en la parte comprendida entre la barbería de Hicks y el Arizona Hotel. «Miserias», el barbero del lugar, empezaba a afeitar a un cliente.

Pero, al parecer, el rapar barbas era cuestión secundaria para Hicks «Miserias» cuando en la «Quebrada del Buitre» se alteraba el orden.

La prueba es que Miserias» dejó instantáneamente la navaja en el pequeño anaquel colocado bajo el turbio espejo, y ni siquiera se detuvo a secar la hoja.

Abrió un cajón, sacó con ágiles dedos un Colt del 45, y se lanzó a la calle bajo el sol abrasador del mediodía.

El fragor de la batalla iba en aumento.

-¡Pardiez! -exclamó «Miserias» para sí-. Parece una riña de perros.

Y tenía razón. Alguno de los que intervenían en la lucha tenía un revólver de pequeño calibre, y el fino aullido de tan pequeña arma cortaba de vez en cuando el ronco ladrido de los del 45.

De pronto, el rabioso ronquido de un sabueso intervenía en el concierto.

Era que alguien, provisto de un rifle, acababa de intervenir en la espantosa tremolina.

Hicks «Miserias» avanzó corriendo por la acera de tablones de pino. Era bajo -apenas levantaba más de seis pies- y su sonrosada carita tenía una expresión casi cómica, pero brillaba el valor en sus azules ojos de irlandés.

Un individuo alto, con un sombrero descomunal -sombreros de «diez galones» los llaman allí- abordó desesperadamente a Miserias».

-Date prisa -le gritó-. El infierno anda suelto... y tenía que soltarse precisamente delante de mi tienda. La semana pasada tuve que pagar un montón de cuartos para reponer los cristales de mis escaparates, y ahora...

Se oyó el fragor de otra descarga, después un chasquido suelto, y a continuación el ruido de unos cristales rotos.

-Ya están en danza mis escaparates, otra vez -gimió el hombre del sombrero descomunal-. Así no hay manera de ahorrar un níquel... con lo malo que está el comercio. ¿Dónde está el sheriff?

-Marchó a casa del guarnicionero para arreglar la silla -le contestó «Miserias»-. Pero yo soy su comisario y voy a ajustarles las cuentas a esos.

-Mejor será que no te metas -le aconsejó el otro-. Los dos bandos luchan a resguardo, y llueven balas por la calle.

-¿Quieres decir que no es una riña regular? -preguntó «Miserias».

-No es eso, exactamente. Bristow «el Halcón» empezó la trapatiesta. Vio atravesar la calle a un antiguo enemigo y le descerrajó un tiro. El individuo retrocedió buscando cobijo, y disparó a su vez. Un momento después, algunos muchachos tomaron partido por uno y otro, y se generalizó el tiroteo. ¡Escucha ahora qué ensalada!

Había «ensalada», en efecto, para dar y tomar. El tiroteo era espantoso. Y Hicks «Miserias» rehusó seguir el consejo que el hombre del sombrero descomunal acababa de darle.

El diminuto comisario-barbero se lanzó calle abajo, moviendo sus piernas de araña como un par de pistones. Pero no había recorrido cien metros cuando se detuvo.

Su carita rubicunda era todo un estudio de indecisión y azoramiento.

Tres hombres estaban agazapados tras una hilera de barriles de whisky vacíos alineados entre el «Almacén de Productos Alimenticios» y el «Descanso del Vaquero» la taberna más ruidosa de toda la población.

Dos de ellos tenían Colts del 45; el tercero apoyaba sobre el hombro un rifle Winchester. Todos disparaban hacia un par de hombres ocultos, al otro lado de la calle, tras unas pilas de leña.

Los 45 arrancaban grandes astillas de la leña, y las balas del rifle derribaban uno a uno los leños reduciendo gradualmente el refugio.

Los hombres agazapados tras los barriles de whisky, eran clientes conocidos. Hicks «Miserias» identificó a uno de ellos como Bristow «el Halcón», jugador empedernido y camorrista impenitente.

Desde el sitio que ocupaba, Miserias» no podía ver a los refugiados tras las pilas de leña. Pero comprendió que eran hombres fogueados y decididos.

Uno de ellos tenía un 38, a juzgar por la detonación, y el otro, una pistola de calibre más pequeño, que ladraba estridentemente cada vez que su dueño apretaba el gatillo.

Esta batalla no podía durar mucho tiempo, decidió «Miserias». No pasarían muchos minutos sin que los hombres apostados tras las pilas de leña quedasen al descubierto.

Hicks «Miserias» miró ansiosamente hacia atrás, en dirección a su tienda de barbero.

No había una onza de miedo en su cuerpecillo de ciento veinte libras, pero «Miserias» tenía sus puntos débiles y sus puntos fuertes, y entre los débiles se encontraba el de la falta de iniciativa.

Le repugnaba intervenir en cualquier trifulca, excepto bajo la dirección de «el patrón», como él llamaba al sheriff de la «Quebrada del Buitre».

«Miserias» no estaba pensando en su propia vida. Estaba pensando que si se metía en aquel jaleo, podría matar a uno de los contendientes, y después verse en gran apuro para justificarse ante su «patrón», que nunca disparó sobre un hombre, excepto como último recurso.

Además, «Miserias» no podía decir quién había sido el agresor en aquella riña. Había diez probabilidades contra una de que fuese Bristow «el Halcón», pero no estaba absolutamente seguro.

-Bien. Comprendo que está fuera de mi alcance el impedir este jollín -dijo para sí, tras corta reflexión-. Si Dios quisiera que...

«Miserias» miró por encima de su hombro. Al otro extremo de la calle se oía el tableteo de unos cascos de caballo. El barberillo-comisario se plantó en medio de la carretera e hizo de una mano visera de sus ojos.

-¡Pardiez! ¡Es él! -gritó alegremente-. Bien, pues ya que he esperado todo este tiempo, supongo que podré esperar unos segundos más.

El chocar de cascos se oía cada vez más cerca. Un jinete sobre magnífico caballo alazán embocaba la calle principal hacia el sitio donde sonaban los disparos. El animal avanzaba como un conejo asustado.

El pañuelo del cuello del jinete flameaba como una bandera al viento.

Pero Hicks «Miserias» se sentía francamente preocupado. La pila de leña que cobijaba a los hombres apostados al otro lado de la calle estaba ya reducida a casi nada. Y Bristow « el Halcón» avanzaba a través de la carretera llevando el barril de whisky como escudo.

Era una excelente protección. Las balas de sus contrarios iban a estrellarse contra las anchas arandelas de metal del barril.

Bristow reía cruelmente. Unos cuantos pasos más, y estaría en condiciones de cazar a sus enemigos desde un ángulo en que la pila de leña ya no les protegería. Y, entre tanto, los

dos compinches de Bristow, uno con un rifle y el otro con un 45, vomitaban plomo sin dar paz a los dos.

El hombre del caballo alazán estaba cada vez más cerca. Alguien le gritó desde la puerta de una tienda. La calle estaba completamente desierta un momento antes.

Pero ahora, los ciudadanos se asomaban en tropel para ver lo que iba a ocurrir.

El gallardo jinete parecía destilar confianza con su sola presencia, aunque costaba trabajo imaginársele como representante de una dignidad oficial.

Esta, no tenía otro símbolo exterior que una estrella de sheriff prendida en la solapa izquierda de su astrosa chaqueta.

Sus angulosas mandíbulas trabajaban sin cesar, como masticando goma.

No podría haberle llamado guapo, ni aún su propia madre. Era larguirucho y cuellilargo, y unas profundas arrugas, tostadas por el sol, rodeaban sus grises ojos.

Sus cabellos eran castaños; ni demasiado claros para ser amarillentos, ni lo suficientemente oscuros para recordar el color de la melaza.

Era estirado como una cuerda, y un mechón de pelo rebelde le caía sobre la frente, bajo las anchas alas de su sombrero Stetson.

Refrenó el caballo para escuchar al tendero que, al fin, se atrevió a cruzar la calle.

-¡Es preciso que ceses esta lucha! -exclamó el hombre-. Los malditos me han agujereado la tienda, y...

-¡Espere! -gritó el recién llegado. Sus grises ojos mostraban unas amenazadoras lucecitas en el fondo. Su mirada se posó en el sitio por donde Bristow intentaba cruzar la calle tras el barril de whisky-. Creo que si quitamos de en medio a ese camorrista, habrá terminado todo. Bien...

Se encontraba a unos cuarenta pasos del hombre que se escudaba tras el barril.

Su manaza derecha se dirigió al lazo colgado del cuerno de la silla. Un instante después la cuerda estaba en su mano, y el lazo, describía círculos sobre su cabeza.

Salió disparado como la lengua de una culebra; silbó como si cortase el aire.

El lazo cayó sobre el pistolero y su barril de whisky, uniéndoles estrechamente.

El alazán se afianzó sobre sus patas como el pony de un vaquero. El jinete tiró enérgicamente de la cuerda y, haciendo girar al caballo, se lanzó carretera arriba. Barril de whisky y pistolero le siguieron dando tumbos.

Entonces el jinete refrenó el caballo y, sin soltar el lazo, saltó instantáneamente a tierra para enfrentarse con el humillado Bristow. Podría haberle descerrajado un tiro. Podría también haberle arrancado la pistola antes de que el jugador se desenredase de la cuerda y se pusiera en pie. Pero no lo hizo.

-Tú tienes, generalmente, la culpa de todas las peleas que se producen en este pueblo, Bristow- le dijo, tranquilamente-. ¿Eres también culpable esta vez? Necesito saberlo.

Bristow espumarajeaba de rabia. Su mano derecha estaba a una pulgada de su revólver, en la pistolera.

-Yo no he sido el causante de esto -contestó-. Fueron ellos los que me atacaron y...

-Basta ya, Bristow. He observado que en cuanto tú quedaste fuera de combate, cesó el tiroteo.

Los demás contendientes habían dejado, en efecto, de disparar.

Los espectadores no se preocupaban de ellos ahora; iban arremolinándose alrededor del sheriff y de Bristow. Pero no demasiado cerca.

Bristow no cesaba de vomitar amenazas. Y su mano derecha se hallaba cada vez más cerca de la pistolera...

Pero el sheriff se limitó a sonreír.

-Escucha, Bristow -le dijo-. Antes de que saques esa arma detente a considerar lo que la ira hace de un hombre. La ira es como un hierro al rojo; el extremo por donde lo agarramos quema lo mismo que por el que se golpea.

Y tú puedes quemarte... a menos que te avengas a razones.

Bristow decidió avenirse a razones. Posiblemente un cierto brillo de los grises ojos del sheriff influyó en su decisión.

-Bien, no hay que tratarme de ese modo -murmuró-. Yo no soy más culpable que los demás.

-Quizá no, y quizá sí -contestó el sheriff-. Ahora me enteraré de los hechos.

Y sin apartar la vista del rostro de Bristow, gritó:

-¡Eh, vosotros, los de las pistolas, venid aquí!

La voz rebosaba autoridad. Los compinches de Bristow y los hombres resguardados tras la pila de leña, salieron de sus barricadas y se aproximaron como corderos.

La multitud se acercó más. El peligro de un balazo parecía haber desaparecido. Mezclado con ella estaba «Miserias», y también el hombre que había empezado a afeitar antes de iniciarse la lucha.

Este último, con el rostro todavía enjabonado, parecía haber olvidado la deserción de su barbero. Sus ojos se dilataban de admiración contemplando al joven sheriff.

-Oiga -murmuró al oído de Hicks-, ¿quién es ese sheriff? ¡Parece un hombre de cuerpo entero!

La rubicunda faz de «Miserias» dibujó la más cómica de las muecas.

-¡Ha acertado usted, forastero! Es el hombre más valiente, y el mejor tirador de todo Arizona. Puede montar todo lo que tenga pelo, y maneja la cuerda como la aguja de crochet un presidiario.

-Me lo figuro, me lo figuro. ¿Pero, quién es?

Los azules ojos de «Miserias» expresaron la mayor sorpresa.

-¿No sabe usted quién es? Ya veo que no ha andado usted nunca por estos andurriales. Es Pete Rice. Por lo menos, su madre le llamaba de este modo, y él se firma así. Pero el nombre con que es conocido en toda Arizona es «Pistol Pete»... y créame que, se merece el apodo. Volvamos a mi establecimiento. Le acabaré de afeitar, a menos que haya otro jaleo... cosa que no es de esperar. ¡Está Pete en faena!

CAPÍTULO 2
PETE CELEBRA AUDIENCIA

El sheriff Pete Rice condujo a los cinco pistoleros a la barbería de Hicks «Miserias». El despacho oficial de Pete estaba en la trasera de la tienda.

Se sentó en una silla desfondada, tras una mesa de pino desvencijada, y se enfrentó con sus prisioneros. Su persona seguía expeliendo la mínima dignidad oficial.

Se ajustó el amplio sombrero sobre la maraña de su pelo, y se echó a un lado el mechón rebelde que le tapaba los ojos. Sus blancos dientes seguían agitándose como si masticasen goma.

-Ahora vamos a aclarar lo ocurrido -dijo, tranquilamente-. Me propongo acabar con las pendencias en las calles de la «Quebrada». Ya he tolerado bastante. ¿Quién fue el primero que disparó?

Uno de los prisioneros, hombrecillo de rostro pálido, y cuello almidonado, se levantó para hablar.

-Fue éste -dijo, señalando a Bristow-. Yo lo vi todo desde la acera del Hotel Arizona. Soy forastero... vengo del Este... y estaba curioseando por la población cuando observé que este hombre -otra vez volvió a señalar a Bristow- disparaba a través de la calle sobre el individuo. Y señaló a un ranchero de mediana edad, llamado Frith.

Los grises ojos de Pistol Pete miraron penetrantes al pequeño forastero.

-¿Y cómo es que se metió usted en la trifulca? -le preguntó.

El forastero se echó a reír.

-¡Oh!, Es que vi a este hombre apuntando al ranchero y este llevaba las de perder. Además, otros dos individuos empezaron a dispararle también. Y yo pensé que debía ayudar al que se encontraba solo. Dio la casualidad de que tenía una pistola sobre mí... ésta...

Sacó una pistola de pequeño calibre con culata de nácar, de modelo francés.

Pete Rice contempló la diminuta arma bailándole en los ojos la risa.

-Esa era la que ladraba como un cachorrillo -dijo-. ¿De manera que usted llama a eso una pistola? -Pete rió con toda su alma-. No estaría mal como dije, para una cadena de reloj. Bien; de todos modos, forastero, yo admiro su coraje y su nobleza, pero no puedo hacer lo mismo con su prudencia. Puede marcharse; no tengo nada que censurarle. Lárguese... y no vuelva a meterse en más líos.

El forastero salió del despacho del sheriff y Pete centró su atención en el ranchero, a quien conocía como Jake Frith, dueño de la hacienda de «Circle Dot», situada al norte de la ciudad.

-¿Abrió Bristow el fuego contra usted, Frith? -le preguntó.

Frith era un hombre honrado, pero algo inclinado a mostrarse agresivo.

-Bien -contestó-, ¿y qué, si lo hizo?

Pete notó que Bristow clavaba la mirada en el ranchero, como tratando de intimidarle.

-Yo le pregunto a usted si lo hizo, Frith -dijo Pete, con severidad-. Le hago una pregunta directa. Contéstela.

-Sí, Bristow me disparó el primero. Pero opino que estaba borracho. Ambos nos tiroteamos de lo lindo, pero yo no tengo nada contra Bristow, ni creo que él tenga nada contra mí. Estoy dispuesto a hacer las paces, si él lo desea.

-¿No conoce ninguna otra razón de por qué Bristow disparó contra usted? -insistió Pete, mirándole de soslayo.

-No, no la conozco.

-Perfectamente. Puede usted retirarse, Frith.

Frith abandonó la habitación. Llevaba el aire de un hombre que pudiera haber dicho más, si hubiera querido.

Pete Rice interrogó a los dos hombres que habían tomado partido por Bristow. Eran dos individuos de carácter levantisco, que habían estado más de una vez en la cárcel por delitos poco graves.

Se mostraron huraños y evasivos, y consultaron a Bristow con la mirada antes de formular sus respuestas. Pero Pete les dejó finalmente marchar con una advertencia.

Bristow «el Halcón» fue el último que sufrió el interrogatorio.

El jugador se mantenía hosco y sombrío ante la rústica mesa del sheriff.

-Esto parece que está lo suficientemente claro, Bristow -le acusó Pete-. Tú eres el que iniciaste la riña, será mejor que digas la verdad.

-Así fue -contestó Bristow-, pero...

-El asunto no admite peros. Lo hiciste o no lo hiciste. Afortunadamente ahora no se ha perdido ninguna vida. Ha sido una suerte para ti. Pero han resultado vidrios rotos y mercancías averiadas. Y tú eres el responsable.- Pete Rice echó hacia atrás su silla, y habló por encima del hombro al individuo del sombrero descomunal, que había penetrado tras los prisioneros en el despacho del sheriff.

-¿Cuánto costarán sus cristales rotos, Sam? -preguntó Pete.

-Pagué por ellos cincuenta dólares, anteayer.

Pete volvió la silla a su posición normal.

-Ya lo oyes, Bristow. Supongo que traerás dinero encima. Paga a Sam cincuenta dólares por los daños.

Bristow, cosa extraña, no tuvo nada que objetar. Se metió la mano en el bolsillo, sacó algunas monedas de oro y billetes, y los depositó sobre la mesa.

-All right, Bristow -exclamó Pete-. Lárgate de aquí. Si provocas una nueva pendencia, te costará bastante más de cincuenta dólares.

Y así fue como Pete Rice, que no tenía nada de juez, formó tribunal y dictó sentencia a su modo. A veces sus ideas de la Ley eran un poco extrañas.

Pero sus ideas de la justicia eran siempre acertadas.

Pete cruzó la barbería y salió a la calle. La multitud congregada por el ruido de los disparos se había dispersado, pero Pistol Pete pudo ver que Bristow y Frith el ranchero se alejaban cogidos del brazo.

Les estuvo observando hasta que penetraron juntos en el salón «El Descanso del Vaquero».

-Tiene gracia -murmuró Pete, para sí-. Hace un momento se tiroteaban, y ahora parece que se van a mojar los bigotes en el mismo vaso.

Aquello no hubiera sido tan difícil de comprender si uno de los interesados no hubiera sido Bristow. Bristow era ladino, rencoroso, cruel...

Pete Rice tenía todavía que bucear mucho en la vida de aquel jugador, que se había presentado un mes antes en la «Quebrada del Buitre»..., probablemente huyendo de la Ley por alguna fechoría cometida en otro Estado.

Pero hasta ahora nadie tenía que acusarle de nada que obligase a encerrarle en el calabozo del pueblo.

Darle cuerda bastante, era el plan de Pete. Probablemente se ahorcaría él mismo... y quizás algunos de sus compinches, también. Los pensamientos del sheriff quedaron interrumpidos por un vozarrón lejano, cargado de alegría.

-¡Hi, Pete!

Pete Rice se volvió y miró calle abajo. Un gigante se dirigía hacia él cabalgando en un enorme semental.

-¡Hi, Teeny! -contestó Pete, y río entre dientes mientras aquella montaña de hombre vestida de cow-puncher, avanzaba lentamente.

Era Teeny Butler, uno de los comisarios de Pete. Teeny había sido «segundo» en un rancho del sur de Arizona hasta que Pete descubrió la cantidad de valor que había en aquel cuerpo de mamut y le propuso ayudarle a mantener la Ley en el distrito de Trinchera, del que la «Quebrada del Buitre» era cabeza de partido.

Teeny era conocido en toda Arizona y parte de Texas, donde fue bautizado con el nombre de William Alamo Butler, veinticinco años antes.

Descendiente de uno de los defensores del famoso Alamo, Teeny Butler desconocía en absoluto lo que era temor.

Pesaba cerca de trescientas libras, pero no lo aparentaba, debido a su gran estatura -seis pies, cuatro pulgadas y una fracción metidos en aquellas botazas de cow-boy.

Refrenó el caballo ante la barbería de Hicks y sonrió a Pete desde lo alto de su cabalgadura.

-Parece que todo marcha bien y en calma, patrón -le dijo, en su jerga de Texas.

-Sí contestó Pete, secamente-. ¿Cogiste al cuatrero que saliste a buscar, Teeny?

-No faltaba más, patrón -contestó el gigantesco tejano-. Le alcancé junto al cañón de Gila. Le eché el lazo, le declaré preso, y me lo llevé rodeando la población para meterle en la

cárcel. Es mucho el odio que tienen allí a aquel hombre. Si lo llego a meter en la ciudad, podían haberle linchado.

Pete hizo un gesto de aprobación.

-Teeny -dijo bajando la voz-. Por aquí están ocurriendo cosas un tanto extrañas. ¿Qué opinas de Bristow «el Halcón»?

-Opino que es de mucho cuidado -contestó Teeny, decisivo-. Es un camorrista, matón. Quizá no exista la ley que pueda meterle en presidio, pero lo merece. Es nuevo aquí, pero apuesto que en alguna otra parte tiene cuentas pendientes con la justicia,

Pete continuaba masticando su goma, pensativo.

-Creo que tienes razón -convino-. No me gusta ese hombre.

Y hablando todavía en voz baja, contó a Teeny lo sucedido.

-Lo más chocante -explicó-, es que hace un momento entraron juntos en «El Descanso del Vaquero» como dos tortolitos.

-Pues ese imbécil de Jake Frith tiene que andarse con cuidado con esa amistad de Bristow -fue la opinión de Teeny-. Ese Bristow es como una culebra de cascabel; por donde pasa deja veneno.

-Tienes razón -convino Pete-. Frith está jugando con fuego. La vida es bastante corta... pero algunos hombres se las arreglan para hacerla más corta todavía.

Teeny Butler desmontó y ató su gigantesco caballo a una argolla. Puesto en pie, descollaba por encima de Pete Rice, que parecía más alto de lo que era, debido a su constitución larguirucha.

-Ha sido un día de mucho calor -observó Teeny,- y las moscas no han cesado de martirizar a mi pobre caballo...

Su manaza salió disparada como la lengua de un camaleón y se cerró sobre una mosca que estaba a punto de posarse sobre la cabeza del penco.

Aún tratándose de un hombre pequeño y delgado, la acción podría haberse considerado como extremadamente rápida. Para un hombre de la corpulencia de Butler había que calificarla de asombrosa.

Pero Pete Rice, al parecer, no vio nada de extraordinario en ella, y es que ya había presenciado muchas veces demostraciones de la velocidad con que el gigante Teeny manejaba puños y pistola.

Teeny aplastó la mosca, cogió otras dos más al vuelo, y les aplicó el mismo tratamiento. Las moscas y los reptiles eran las únicas criaturas a quienes mataba sin compasión... y a los hombres cuando no había otro remedio y eran una amenaza para la seguridad y el bienestar del país.

-¡Dios, qué calor! -volvió a suspirar, y, sacando un pañuelo de hierbas, se enjugó el rostro-. Creo que necesito algo para refrescarme. El hombre bebe en invierno para calentarse, y en verano para refrescarse.

Sus botazas conmovieron la acera de tablones camino de la barbería. El piso de la pequeña tienda retembló bajo sus pies cuando la cruzó para dirigirse a la habitación interior, no sin antes haber cogido de una estantería un frasco con la etiqueta «Bay Rum».

Pero la botella no contenía « Bay Rum»; estaba medio llena de excelente whisky de Kentucky. Teeny cogió un vaso y se echó entre pecho y espalda una dosis terrorífica.

-Veo que sigues tan aficionado a tu calmante -dijo Pete, con sorna.

-Sí, pero nunca tomo más de un vaso de una sola vez -contestó Teeny.

Salió al patio, se acercó al pozo, y llenó una jarra de agua. Después volvió a la habitación y llenó el vaso hasta los bordes del cristalino líquido.

-Si no bebo esto, me parecería tener aún polvo en los ojos -dijo, levantando el vaso. Acto seguido lo vació de dos a tres tragos-. Moderación en todo es mi lema, Pete.

-Sí, reconozco que eres templado -convino Pete, guiñando los grises ojos-, porque bebes más agua con tu whisky, que ninguno de los hombres que he conocido... Desearía que hicieses una cosa, Teeny. Déjate caer, como por casualidad, en « El Descanso del Vaquero» a ver si puedes pescar algo de lo que hablan Bristow y Frith. Si yo fuera, podría extrañar; la gente sabe que yo nunca piso aquel antro.

Teeny dejó el vaso, y una lucecita de entusiasmo brilló en sus negros ojos.- Ya lo creo que lo haré, patrón. Yo soy tu hombre. Ahora mismo me voy al «Descanso del Vaquero» y seré todo orejas. Y de paso me atizaré otra ración de whisky para afinar los sentidos...

Pete Rice se dejó caer en la silla, y puso los pies sobre la desvencijada mesa que le servía de escritorio. Pareció quedarse dormido, pero estaba completamente despierto.

La vocecita de Hicks «Miserias» llegaba hasta él desde la barbería.

El hombre que se estaba afeitando era, al parecer, un individuo de salud delicada, que había venido a Arizona buscando alivio, y «Miserias» le estaba dando un montón de buenos consejos.

-Quédese en esta parte del país -le decía «Miserias»,- y se sentirá un cien por ciento mejor. Le desaparecerá su reumatismo, si toma la medicina de que le he hablado.

»Conozco un individuo que tenía una miseria» en el brazo. Bebió este jarabe tres mañanas sí, y tres mañanas no, y hoy es el hombre más sano del mundo. A usted le pasará lo mismo... si ensaya mi remedio.

Pete sonrió para sí. Hicks siempre estaba hablando de alguien que tenía «miserias». De ahí le venía su apodo. Y el hablador barberillo-comisario pretendía conocer remedios infalibles, como tantos otros barberos, para todas las enfermedades existentes bajo el sol.

«Miserias» acabó de afeitar a su cliente, bañó de « Bay rum» el rostro del forastero, tomó su dinero y lo echó en un viejo cajón. No había cuidado.

¡Nadie en la «Quebrada del Buitre» se atrevería a robar nada de la tienda, teniendo allí Pistol Pete Rice su despacho oficial!

Cuando el cliente se marchó, el barberillo penetró en la trastienda y se sentó en el lado opuesto de la mesa, frente a Pete Rice. Sus ojillos azules brillaban de malicia.

-Oye, patrón, ¿has visto al individuo que acaba de salir?

-Sí, y también te he oído recomendarle uno de tus famosos remedios.

-Era para hacerle creer que no daba mucha importancia a lo que me estaba contando, Pete. Y he conseguido algunos informes que pueden ser muy valiosos para nosotros.

-Cuenta...

-Bien, pues el caso es que, ese sietemesino que estaba en el sillón, para en el Hotel Arizona. Y me ha dicho que anoche se tropezó inesperadamente con dos individuos que estaban hablando, como en secreto, detrás del edificio.

Esos dos individuos acaban de estar aquí después del tiroteo. ¿Sabes quiénes son?

-No soy adivino, «Miserias» -contestó Pete-, pero bien podrían ser Bristow y Jake Frith.

-Los mismos. Parece que se traen algún misterio. Dijo mi cliente que anoche parecían dos ladrones planeando. Y hoy Bristow se tirotea con Frith. No lo comprendo.

-Igual me sucede a mí. Sé que Brístow es un perdido. Pero Fríth... Frith siempre me ha parecido un hombre honrado.

Los dos camaradas hablaron de la situación durante algún tiempo... hasta que Teeny Butler hizo retemblar una vez más con sus pasos la tablazón de la barbería.

-¿Descubriste algo? ¿Les oíste? -preguntó Pete con ansiedad.

-No. Hablaban muy bajo -contestó Teeny-. Aproximaron las cabezas como búhos en cuanto yo entré en la taberna. Pero he hecho algunas averiguaciones por mi propia cuenta.

«Jake Frith compró algunas tierras en el distrito de Mesa el mes pasado. Y las pagó al contado... en pepitas y oro en polvo. Ahora bien. Frith no es hombre rico. Es un ganadero, no un minero. ¿De dónde habrá sacado ese oro?

Pete Rice masticó ahincadamente su goma durante algunos minutos.

-Eso es lo que tenemos que descubrir -dijo finalmente-. Hay algún misterio en todo esto, muchacho, y tenemos que resolverlo.

-Quizás esto explique por qué Brístow y Jake Frith eran anoche como uña y carne -fue la opinión de «Miserias»-. El oro hace enemigos de los hermanos, y quizás él sea la causa del tiroteo de hoy. Que en todo esto hay algo extraño, es indudable.

-Lo mismo opino yo -dijo Teeny-. Bristow es un animal de presa... y Jake Frith una cándida ovejita.

Pete Rice se mostró de acuerdo con enfáticos movimientos de cabeza.

-Estáis en lo cierto, compañeros. Pero día llegará en que el león y la oveja duerman juntos... y el león se coma a la oveja. Voy a charlar un poco con Jake Frith.

CAPÍTULO 3
BALAS EN "CIRCLE DOT"

El agua caía a caños de las amplias alas del sombrero de Pete Rice, mientras espoleaba su caballo a través de la noche. Los relámpagos cruzaban el cielo como culebrinas, iluminando el paisaje, y mostrando un momento los álamos violentamente agitados por la fuerza de la lluvia y el viento. En la región de la «Quebrada del Buitre» se conocían pocas tormentas, pero las que se presentaban tenían casi el carácter de tornados. Aquella venía del Norte, en cuya dirección cabalgaba Pete Rice.

Pete se dirigía al rancho de « Circle Dot», propiedad de Jake Frith. Aquella tarde había buscado a Frith por toda la población; había visitado todos los salones, todos los garitos y demás lugares donde los rancheros acostumbran matar sus ocios.

Pero Frith, por lo que pudo averiguar Pete, había salido del «Descanso del Vaquero» a primera hora de la tarde, para regresar apresuradamente a su rancho.

Y una sensibilidad especial para olfatear dónde se incubaba el delito había decidido a Pete a interrogar en seguida al ranchero. La mejor ocasión para intervenir en un crimen es antes de que se cometa.

No había tormenta que detuviera a Pete Rice. Nada había capaz de contenerle cuando trabajaba en interés de la Ley.

Salvó un montículo, vadeó un arroyo, y salió al camino que conducía directamente a «Circle Dot». La tormenta era más violenta que nunca.

Retumbaba el trueno ensordecedor, y los relámpagos eran casi continuos.

Pero Pete espoleaba a su caballo sin cesar, y seguía avanzando.

No iba pensando en la posibilidad del peligro; su imaginación no caminaba por esos derroteros. Iba pensando en Jake Frith, el ranchero, que había comprado tierras en el próximo distrito, y las había pagado en pepitas y polvo de oro.

¿Dónde habría encontrado Jake Frith aquel oro? ¿Lo habría robado?

Pete Rice se resistía a aceptar esta última hipótesis. Frith podría ser un necio, y sin duda alguna se había equivocado al elegir a Bristow, jugador y fullero, como amigo. Pero Frith, en opinión de Pete, era fundamentalmente honrado.

Un repentino pensamiento estalló como un cohete en el cerebro de Pistol Pete Rice. Pete conocía bien la historia del distrito de Trinchera, y sabía que la antigua senda Kiowa, que

rodeaba el rancho de Jake Frith, había sido utilizada por los exploradores del 49 para transportar oro desde California al Este.

Pete recordaba, en particular, el episodio de una caravana de carromatos que se dirigía desde la «Tierra del Oro» a un puerto del golfo de Tejas.

La caravana, eso al menos decía la tradición, había sido atacada por una partida de indios y blancos renegados, y el cargamento, colocado bajo la vigilancia de un delegado del gobierno, desapareció por completo.

No quedó ningún superviviente para decir exactamente lo que había ocurrido. La gente no estaba de acuerdo en si los pieles rojas y renegados huyeron o no con el oro. Algunos lo afirmaban así; otros sostenían que el delegado del gobierno había dicho, antes de salir de California, que si se veía amenazado por un serio ataque por parte de los indios, enterraría el cargamento de oro con anticipación.

Pete continuó registrando su memoria en busca de detalles, mientras seguía cabalgando y el trueno estallaba sobre su cabeza.

¡Aquel ataque a la caravana de carromatos había tenido lugar en la vieja senda Kiowa... y precisamente en un sitio que formaba ahora parte del rancho de Jake Frith!

¡Supongamos que Jake Frith hubiese dado, por casualidad, con el oro enterrado! Esto proporcionaría una lógica explicación de la existencia de pepitas de oro en poder de Frith.

La senda que Pete iba siguiendo serpenteaba a través de un bosque de álamos. De vez en cuando se oía el chasquido de la madera húmeda al ser hendido el árbol por un rayo, y Sonny, el alazán de Pete, rompía entonces en frenética explosión de velocidad. Pero su dueño se conservaba tan tranquilo como si estuviera sentado ante la desvencijada mesa de su despacho oficial en la «Quebrada del Buitre».

Pero, no era partidario de correr riesgos innecesarios y, una vez que hubo atravesado el bosque, desvió su cabalgadura y salió a los eriales. Se alargaba así el camino hasta « Circle Dot» algo más de una milla, pero era más seguro.

«No me gusta correr riesgos inútiles», acostumbraba Pete a decir. «Si me llaman para llorar sobre una mula muerta, me pondré junto a la cabeza para evitar que me coceé.»

Sonny se tranquilizó bastante al verse a campo raso, y reanudó su trote elástico y uniforme. Llovía todavía a torrentes y no se calmaba el viento, pero los truenos eran más débiles, y los relámpagos se presentaban por series distantes, en lugar de continuos.

Al doblar un recodo de la senda brilló otro relámpago, y Pete pudo ver el rancho de Jake Frith a una media milla de distancia.

Creyó ver también dos hombres que entraban por la trasera de la casa, pero el resplandor le cegó y no pudo asegurarse bien. Al producirse otra exhalación ya no había nadie visible junto a la casa.

Un nuevo relámpago le permitió ver tres caballos ensillados, atados a la baranda del porche o galería.

Frunció el ceño ante la idea de aquellos animales abandonados bajo la tormenta, cuando habría podido alojárseles en el pajar situado al otro extremo de la senda.

Jake Frith debía tener visitantes, y Pete se preguntó si su presencia en el rancho aquella noche tendría algo que ver con las pepitas de oro de Jake Frith.

El sheriff se apartó del camino para entrar en el sendero del rancho, y puso su caballo al paso. Iba ya a guiar el alazán hacia el pajar, cuando salió un fogonazo del porche, y la bala de un rifle le pasó silbando a una pulgada de la oreja.

Pete se encontró instantáneamente fuera de la silla, y ahuyentó a Sonny, para evitar que el caballo fuese muerto o herido. Después se echó a un lado y desenfundó su par de revólveres del 45.

¡Buuum!

Otro fogonazo y otra detonación surgieron del porche, y otra bala se clavó en tierra, a uno o dos pasos a la derecha de Pete.

Pete disparó en dirección al fogonazo, y después saltó de costado buscando el refugio de un grueso roble, al otro lado de la senda.

¡Buuum!

La tercera bala del rifle ladeó el sombrero de Pete Rice sobre su cabeza.

Pero ya había llegado ahora al refugio del roble, y sus pistolas empezaron a vomitar fuego. Luchaba con desventaja, ya que utilizaba unos 45 contra lo que evidentemente era un rifle Winchester, pero el luchar con desventaja no era nada nuevo para Pistol Pete.

Empuñó las culatas de cedro de sus 45 y esperó el próximo fogonazo del porche. Cuando llegó, otra bala de rifle arrancó una astilla del grueso roble que resguardaba a Pete.

Las detonaciones procedían también del interior del rancho, y un instante después Pete pudo descubrir dos sombras que escapaban rápidamente por la cocina de la casa.

Mientras desataban sus caballos de la baranda del porche, iluminó el paisaje otro relámpago, y Pete observó que por la ventana de la cocina empezaba a salir una columna de humo.

¡Estaba ardiendo la casa! ¿Habrían matado aquellos hombres a Jake Frith, prendiendo luego fuego al edificio para borrar toda huella de su crimen?

Pete escuchó atentamente. Luego abandonó el refugio del árbol y disparó de pronto sus dos pistolas. Se oyó un grito. Una de sus balas debió dar en un blanco humano.

Relampagueó de nuevo, mostrando a uno de los hombres disparando otra vez contra Pete, mientras el otro -el hombre del rifle-apoyaba el cañón de su arma en la sien del hombre herido, que había caído junto a la bomba de cadena, a unos cuantos pasos de la puerta de la cocina... Arreció el tiroteo.

Luego, mientras Pete avanzaba deslizándose hacia la bomba, se oyó el tableteo de unos cascos de caballo. Estaba claro lo sucedido: tres hombres habían visitado a Jake Frith, indudablemente para robarle. Dos de ellos habían penetrado en la casa. El tercero -el hombre del rifle- quedó afuera, montando la guardia. AL caer uno de los hombres herido por Pete, el del rifle le remató de un tiro, para no correr el riesgo de una confesión que habría comprometido a los otros.

Pete se escudó tras la bomba y vació sus revólveres en dirección a los jinetes que huían. Un último disparo vino a chocar contra la cadena del aparato. Después el ruido de los cascos fue amortiguándose en la oscuridad.

De la ventana de la cocina, seguía saliendo humo. Pete no se decidió a perseguir a los fugitivos. Jake Frith, dentro de la casa, podía estar solamente herido y expuesto a morir achicharrado, a menos que Pete le prestase ayuda.

El sheriff de la «Quebrada del Buitre» saltó por encima del cadáver, y penetró corriendo en la cocina del rancho. El espectáculo le hizo apretar las mandíbulas.

Jake Frith, atado de pies y manos, yacía boca arriba sobre el sucio suelo.

Le manaba la sangre de una herida en la parte izquierda del cuello. No estaba muerto, sin embargo, pues su callosa mano se levantó señalando hacia la estancia inmediata a la cocina.

Pete hizo un gesto de comprensión, y corrió hacia aquel sitio. En medio de las tinieblas se elevaba una delgada lengua de fuego que lamía el tablero de la mesa.

La llama iluminaba un pequeño círculo, mostrando la lámpara rota y unas manchas de petróleo sobre el sucio tapete. La escena dijo a Pete lo que había sucedido.

Uno de los fugitivos había hecho un disparo sobre la lámpara encendida de la habitación; probablemente se propuso pegar fuego a la casa, pero tuvo que huir apresuradamente al oír las detonaciones del rifle en el porche.

Pete barrió de la mesa los pedazos de la lámpara, y apagó las llamas que se iban corriendo por los charcos de petróleo derramado. Después entró en la cocina para coger otra lámpara y llevarla junto al herido.

Un solo vistazo le bastó para comprender que Jake Frith estaba terminando.

La muerte sería un alivio para él, pues se veía que estaba sufriendo intensos dolores -no por la herida de bala en el cuello- sino por una espantosa quemadura que tenía en la pierna izquierda.

Le habían desgarrado los pantalones desde la cadera hasta los tobillos, y le habían aplicado un hierro candente a la carne.

-¿Qué coyote te hizo eso, Jake? -preguntó Pete Rice-. Tienes que contestarme pronto, Jake. Siento decírtelo, pero vas a morir dentro de pocos minutos.

-Lo sé, Pete -gimió Frith-. Me parecerá muy tarde por pronto que sea. Este dolor es terrible. Necesito un trago de whisky. Abre la puerta de aquella alacena, Pete...

Pete revolvió el armario y encontró la bebida. Se arrodilló junto al moribundo y le aplicó la botella a los labios.

-¡Gracias! -murmuró Frith-. Esto me alivia un poco. El whisky corre dentro de mí como fuego, y si llegara a faltarme... entonces...

Se veía que empezaba a desvariar, y Pete se apresuró a poner en claro los hechos.

-Vamos a ver, Jake -le apremió-, ¿quién fue el que te torturó y te pegó el tiro? ¿Reconociste a alguno?

-Fue Lance Lysander el que me disparó -contestó Frith.

Pete quedó pensativo. Sabía algo de aquel Lance Lysander. Lysander vivía en Mesa Ridge, casi en los límites de Mesa County.

Se le suponía uno de los más rápidos tiradores del Sudoeste, y tenía completamente aterrada a la población de Mesa Ridge.

-¿Estás seguro de que fue Lysander, Jake? -insistió Pete-.

-Tan seguro como que me estoy muriendo -contestó Jake. Su voz iba debilitándose.

Pete le dio otro trago del fuerte licor.

-¿Reconociste al otro individuo? -preguntó Pete.

Jake no contestó; se limitó a mover la cabeza de uno a otro lado.

-¿Estás seguro de que Bristow «el Halcón> no intervino en esto, Jake?

Los nublados ojos de Jake Frith reavivaron su brillo y apareció una expresión de rabia en ellos.

-No estoy completamente seguro. Todo lo que puedo decir es que no le vi dentro de la casa. Los únicos que estuvieron aquí fueron Lysander y un hombre que no conozco.

-Había tres -dijo Pete-. El tercero se quedó vigilando ahí afuera. Yo le atiné con mi 45, y uno de sus compinches le remató de un tiro. Le examinaré más tarde. Ese tercer individuo bien pudiera ser Bristow «el Halcón». ¿Tienes pluma, tinta y papel por aquí, Jake?

Jake movió la cabeza de un lado a otro. No. ¿Para qué iba a necesitarlos?

-Yo tengo un lápiz. Tendrás que escribir con él. Comprenderás, Jake, que si estás seguro de que el coyote que te pegó el tiro fue Lance Lysander, será preciso que firmes una declaración manifestándolo así. De otro modo, yo no tendría pruebas bastantes para detener a Lysander.

Una amarga sonrisa frunció los labios del ranchero moribundo.

-Siento no poder complacerte, Pete -dijo-. Nunca lo he confesado, pero ahora que voy a morir todo me da lo mismo. No soy más que un imbécil ignorante. Nunca aprendí a escribir... ni siquiera mi nombre.

Una expresión de disgusto cruzó el enérgico rostro de Pete Rice. -Bien; es una desgracia. Pero cuéntame toda la historia desde el principio hasta el fin, Jake. Dime cómo se mezcló Bristow «el Halcón» en este asunto. No me ocultes nada.

-Dame otro trago. Si no, no podré resistir y es mucho lo que tengo que decirte.

En cuanto el líquido penetró en su cuerpo, la voz se hizo más firme de nuevo.

-¿Sabías, Pete, que encontré un montón de oro enterrado en mi propiedad?

Pete hizo un gesto. ¡Así, pues, Frith había encontrado el cargamento de oro de California enterrado por los sitiados del año 49!

-He sido un imbécil -confesó Frith-. Yo debí coger el oro y depositarlo en esta parte del país. Pero me emborraché, y el whisky me quitó toda prudencia. Me sentí un potentado y me presenté en Mesa County para comprar algunas nuevas tierras. Las pagué con parte del oro desenterrado.

-¿Se enteró Bristow de esto, Jake?

-Sí, se enteró. La otra noche, a fuerza de convidarme a beber, me lo sacó todo. Sin darme cuenta le revelé lo del hallazgo del oro. Por eso nos liamos a tiros, Pete. Bristow me hizo prometerle que repartiría el oro con él. Me dijo que conocía una mina que podríamos denunciar, y que nos haríamos millonarios.

«Yo lo creí... hasta que me fui serenando. Después me fui a él y le dije que me sentía satisfecho con lo que ya tenía... y que no quería hacer inversión alguna en negocios mineros.

-Y a Bristow no le gustaba aquello, claro está -comentó Pete.

-Se puso furioso. Dijo que me daba lo que quedaba de noche para reflexionar, y que si no me avenía a razones me mataría a tiros en medio de la calle. Y esto es lo que trató de hacer en cuanto me vio al día siguiente. Quizá fue sólo para acobardarme y hacerme decir dónde había enterrado el oro, pero...

-Bien pudo ser eso -convino Pete. Era evidente que el viejo Jake iba a morir de un momento a otro. Su voz era cada vez más débil. Era inútil hacerle entrar en detalles de la lucha callejera, y los esenciales ya los conocía Pete.

-Escucha, Jake -le dijo como el que trata de convencer a un chiquillo-, apresúrate a decirme dónde está enterrado ese oro. Todavía pertenece a su primitivo dueño. Consultaré la Ley para ver lo que debe hacerse. ¿Dónde lo enterraste, Jake?

Pero la imaginación del viejo Jake empezaba a desvariar, y no dio una respuesta directa a la pregunta.

-Los bandidos vinieron aquí esta noche -murmuró-. Uno era Lance Lysander y al otro no le conocí. Me ataron y me preguntaron dónde estaba enterrado el oro. Yo rehusé decírselo... al principio. Pero ellos me torturaron... me quemaron la pierna con un hierro candente. No pude resistir más, y les revelé mi secreto.

-¿Pero dónde está enterrado, Jake? -apremió Pete Rice-. Dímelo pronto. ¿Dónde está enterrado el oro?

-Tuve que decírselo -seguía Jake, medio desvariando-. Tuve que decirle que lo había vuelto a enterrar en el rincón...

El brillo había desaparecido de los ojos de Jake. La vida iba apagándose como candil falto de aceite.

Pete volvió a levantar la botella de whisky. Tenía ya el nombre del asesino de Jake. Si pudiera conseguir la localización del oro, podría coger en su propia trampa a los bandidos que habían torturado al viejo Jake.

Pero ya las mandíbulas de Jake estaban espantosamente apretadas, y una especie de ronco estertor salía de su garganta.

-Quiero que cojas a mis asesinos, Pete. Recuerda. Fue Lance Lysander. No sé si Bristow «el Halcón» estaba o no en combinación con él. El oro está enterrado...

El moribundo calló de pronto, y ya no se oyó en la estancia más que el tic-tac- de un viejo reloj y el rumor de la tormenta.

Jake Frith había iniciado su viaje por el gran sendero. Su secreto le había sido arrancado por la tortura, pero la muerte intervino demasiado pronto para permitir que la Ley lo compartiese con los bandidos.

CAPÍTULO 4
EL RASTRO DEL ASESINO

La tormenta continuaba, desencadenada. El relámpago incendiaba los cielos.

El trueno retumbaba amenazador. El viento describía locos remolinos, silbando alrededor de la desolada casa.

Pete Rice se aproximó a una ventana y miró. Los árboles y los cobertizos de «Circle Dot» semejaban masas sólidas y negras, excepto cuando el relámpago venía a iluminarlos con alburas de cosa sobrenatural.

La lluvia caía a torrentes tamborileando sobre la techumbre. Pete lió un cigarrillo y lo encendió en la lámpara de la cocina.

No había que pensar en regresar a la ciudad con aquella tormenta. No corría prisa y habría sido cruel para Sonny, su fiel alazán.

Pete se aproximó a la bomba y decidió arrastrar el cadáver del bandido hasta el interior de la casa. Una vez en la cocina, lo colocó junto al cuerpo del viejo Frith. En seguida vio que el muerto no era Bristow « el Halcón», pero no por ello desechó la sospecha de que Bristow tenía algo que ver en aquel asesinato.

Bristow era astuto, suave. Como todos los jugadores de ventaja, tenía un as escondido que le permitiese ganar todas las partidas.

Y ahora le convenía pasar inadvertido sin destacar mucho después del tiroteo con Frith en la calle principal de la «Quebrada del Buitre».

Lo debió pensar bien y contrató a Lysander y a algunos de sus pistoleros para ejecutar la criminal tarea. Luego -asegurada la coartada en la noche del asesinato- se presentaría tranquilamente y exigiría su parte en el botín.

Pete Rice cogió la lámpara de la mesa y la aproximó al rostro del bandido muerto.

Nunca había visto a aquel hombre. El cadáver presentaba un balazo en la cabeza, pero el rostro no estaba desfigurado.

Era un hombre joven, cuya edad no pasaría de veintidós a veintitrés años.

Debía haber venido de fuera del distrito, pues Pistol Pete Rice, que tenía muy buena memoria para las caras, no recordó haber visto aquella antes.

-Bien -dijo Pete, contemplando el cadáver-, tus miserias terrenas ya han terminado. Todo lo que puedo desear es que seas huérfano. Seguramente que tú no tenías una pobre madre de quien cuidar.

Pete apagó la lámpara, buscó una manta y se hizo un lecho en un rincón de la cocina. Pete había visto muertos con demasiada frecuencia para que le turbasen el sueño.

Tenía ante sí un día de mucho trabajo y necesitaba descansar.

La aurora sorprendió a Pistol Pete Rice galopando hacia la « Quebrada del Buitre». A medida que se elevaba el sol, iban apareciendo chozas destechadas, resultado de la tormenta de la noche, pero el cielo parecía haber agotado ya todas sus provisiones de agua y el día prometía ser caluroso.

Pete se detuvo en los límites de la «Quebrada», donde el «médico del crimen» de Trinchera County vivía en una vieja casa desmontable.

-Vengo a darle cuenta oficial de dos muertes ocurridas ayer, doctor -le dijo-. Los cadáveres están en la casa del rancho de «Circle Dot», propiedad de Jake Frith.

El médico, que estaba a punto de sentarse a desayunar, no pareció impresionarse mucho.

-¿Asesinato? -preguntó.

-Asesinato -contestó Pete.

-¿Quién lo cometió?

-Me permito aplazar la respuesta hasta dentro de unos días -rió Pete-. Lo cierto es que hay dos hombres muertos... Jake Frith y un joven que vivía del revólver... y ha muerto por él. No puedo decir quién mató al malhechor. En cambio creo saber quién terminó con Frith... pero no me conviene hablar de esto por ahora.

El médico no hizo objeción alguna. Sabía que Pete Rice tenía ideas propias sobre la Ley y la justicia.

-No necesitas darme más explicaciones, Pete -dijo-. Engancharé el carromato después de desayunar y marcharé para traer los cadáveres a la población. Entretanto, voy a despachar un pequeño asunto que tengo pendiente con este plato de jamón y huevos. Siéntate y entretente con el tenedor y el cuchillo.

Pete aceptó la invitación. Comió con gran apetito, saboreó un cigarrillo y, tras echarse a las mandíbulas un nuevo taco de goma, continuó su viaje hacia el centro del pueblo.

Encontró a Hicks «Miserias» abriendo su barbería para empezar la jornada, y a Teeny Butler en el despacho oficial, enredado con una jarra de agua, un vaso y una botella que tenía la etiqueta « Bay Rum», pero que no contenía bay rum.

-Muy temprano estás hoy ocupado con tus mezclas detonantes -dijo Pete al gigantesco tejano.

-Pero nunca echo más de un trago de una sola vez -contestó Teeny Butler, tragándose un vasazo de whisky, lleno hasta el borde-. Moderación en todo, es mi lema, Pete.

Pete se sentó ante la desvencijada mesa que le servía de escritorio, y quedó pensativo.

-¿Descubriste algo de lo de Jake Frith, patrón? -preguntó el corpulento comisario.

-Jake Frith -contestó Pete-, ha muerto... asesinado.

Teeny dejó sobre la mesa el vaso con que estaba aguando el whisky. Hicks «Miserias», que suavizaba una navaja, la volvió a su estuche y, abriendo un cajón, sacó un Colt del 45, que se deslizó en el bolsillo posterior de los calzones.

-Esto me huele a cabalgada, Pete -dijo Hicks.

-Y a mí a pólvora -opinó Teeny.

-Probablemente a una y a otra cosa -contestó Pete Rice. Y les relató lo ocurrido en el rancho de « Circle Dot»-. Ensillad los potros, muchachos. Nos vamos a Mesa Ridge. Me propongo entrevistarme con un distinguido caballero llamado Lance Lysander.

Teeny Butler se ocupaba en ajustarse la cartuchera alrededor de su amplia cintura.

-Yo soy tu hombre, Pete -dijo-. ¿Cuándo calculas que saldremos?

-Dentro de media hora -contestó Pete-. Voy un momento a ver a mi madre, y después me reuniré con vosotros aquí.

-La barbería queda cerrada por hoy -informó Hicks «Miserias».

La madre de Pete Rice vivía en una casa, bonita pero sin pretensiones, un poco alejada del centro de la población.

Pete suavizó la dureza de su mirada cuando pisó la senda bordeada de flores y abrió la puerta. Su madre, una mujer de pelo gris, de dulce rostro y atractivos ojos, ahora un poco apagados, se encontraba friendo tocino, y se volvió al oír sus pasos.

-¡Pete! -exclamó-. ¿Dónde ha estado mi « boy»? ¿Supongo que anoche no saldrías con aquella tormenta?

Pete se acercó a la anciana, y la besó sonriente.

-No, mamá; no te preocupes de que me cojan las tormentas, ni nada por el estilo. Este almuerzo huele muy bien.

-Estará listo en seguida -contestó la señora Rice-. Apuesto a que estás desmayado, Pete. Tenemos tocino, huevos y unos bizcochos que se están cociendo en el horno. Ya casi deben estar a punto.

Y Pistol Pete Rice, cuyas pistolas habían fulgurado en el rancho de «Circle Dot» la noche antes, se dispuso a poner la mesa para el desayuno.

Tenía poco apetito después de haber comido en casa del forense, pero hizo honor a los crujientes bizcochos, y se las arregló para hacer desaparecer dos huevos y tres lonjas de tocino.

Pete Rice tenía dos amores: su madre y la Ley. Nada se habló durante el desayuno de la lucha en el rancho de «Circle Dot»; ni la menor alusión a los asesinatos y al incendio.

Pete Rice era un hombre de acción, no un hablador, y uno de sus mayores cuidados era procurar que no llegasen a oídos de su madre las noticias de sus peligrosas intervenciones.

-Ahora puedes sentarte por ahí a escribir o leer, ¿o quieres ayudarme a escardar el jardín, Pete? -preguntó mistress Rice, mientras servía una segunda taza de café a su hijo. Pete fijó la mirada en su plato. Nada de leer o de escardar el jardín hoy. Tenía que salir en persecución de un asesino... y de un asesino que era considerado como la pistola más rápida de Arizona.

-Me parece que la lectura y el jardín tendrán que esperar, madre -dijo, riendo forzadamente-. Tengo que hacer una pequeña excursión hasta Mesa Ridge.

-Pero Mesa Ridge no es tu distrito, Pete. Allí no tienes autoridad oficial.

-Para el asunto de que se trata es lo mismo, madre. Espero estar de vuelta para la cena.

Se aproximó a un armario situado a un lado de la habitación y sacó una papalina ya muy deslucida por el sol. Era el sombrero que acostumbraba ponerse su madre cuando le tocaba escardar el jardín.

Pete Rice sacó tres monedas de oro de su bolsillo y las deslizó, sin hacer ruido, en la papalina. El pequeño regalo sería una sorpresa para su madre cuando se pusiera el sombrero.

Era, por otra parte, todo el dinero que Pete Rice llevaba encima. Durante aquel día no necesitaría oro. Plomo sería probablemente el metal indispensable cuando llegasen a Mesa Ridge.

Lance Lysander era peligroso como una serpiente, sólo que nunca avisaba antes de atacar.

Pete cogió su sombrero, pero lo retuvo en la mano hasta que salió por la puerta, fuera del alcance de la vista de su madre. No quería que la anciana le hiciese embarazosas preguntas acerca del agujero que se observaba en su copa.

Besó a su madre.

-Adiós, madre. Me propongo estar de vuelta para la hora de la cena -repitió.

Pero nadie sabía mejor que Pistol Pete Rice que quizá no volviera nunca.

Tenía que habérselas con Lance Lysander. Y todo el que tuvo que habérselas con Lance Lysander descansaba ya en Boot Hill, el cementerio de Mesa Ridge.

CAPÍTULO 5
LUGAR DE MUERTE

Pistol Pete Rice y sus dos comisarios galopaban por el viejo sendero de Kiowa, que conduce a la ciudad de Mesa Ridge. Donde el sendero era lo suficientemente ancho, cabalgaban los tres en fondo; Pete Rice en medio, sobre un magnífico alazán; Hicks «Miserias» a la izquierda, sobre un flaco caballejo ruano; y Teeny Butler a la derecha, sobre

Jumbo, el caballo más grande del distrito de Trinchera, del que también Teeny Butler era el hombre más corpulento.

Pete Rice guardaba silencio durante largos períodos. Rara vez hablaba a menos que tuviera algo importante que decir.

Teeny Butler se sentía de un humor muy parecido al de su jefe. Cabalgaba incansable. Su gigantesco caballo no parecía fatigarse tampoco, a pesar de las trescientas libras de hombre que llevaba a lomos. Más de una vez, Jumbo, el corpulento garañón, había recorrido sesenta millas en un día.

Estaba hecho para resistir, como su amo.

Hicks «Miserias», en cambio, se sentía con ganas de conversación.

Transcurrida tras un sillón de barbero una gran parte de su vida, «Miserias» había adquirido la costumbre de charlar, hubiera o no ocasión.

-«Patrón» -exclamó-, supongo que ese Lance Lysander nos presentará batalla No deseo otra cosa que curar la «miseria» de ese coyote con una ración de plomo.

Tenny Butler hizo un gesto aprobador.

-Debes haber comido carne roja, «Miserias» -dijo-. O quizá te hayas bebido el «bay rum» que empleas para el pelo de tus clientes.

-Tienes que tomarlo con más calma, «Miserias» -aconsejó Pete Rice-. Además, puede suceder que Lysander no sea el hombre jaquetón que suponemos. De todos modos, no debéis echar mano a la pistola hasta que yo os avise.

No tenía intención de que el pequeño «Miserias» se enzarzase con Lance Lysander. «Miserias» tenía valor, pero no podía compararse con Lysander en velocidad para manejar las armas.

Teeny Butler, más rápido, ya podía enfrentársele, pero Pete no podía consentir que arriesgase su vida tampoco. Aquella excursión a Mesa Ridge se salia un tanto de la letra de la Ley.

De haber algún riesgo, Pistol Pete Rice era el que debía cargar con él.

-Lo que no comprendo, «patrón» -observó Teeny-, es, cómo vamos a entendérnosla con ese Lance Lysander. No tenemos pruebas legales, y Lysander no reside en nuestro distrito...

Avanzaba una carreta por el camino, procedente de Mesa Ridge, y Teeny contuvo a su garañón para que Pete y «Miserias» pasaran delante.

El hombre que guiaba la carreta era un ranchero, y sentados junto a él iban dos chiquillos y una mujer de mediana edad. El ranchero paró el vehículo al cruzarse con los tres jinetes.

-¿Vais a Mesa Ridge? -preguntó.

-Para allá vamos -contestó Pete.

-Pues no sabéis en el lío que os vais a meter. Yo traje a la mujer y los chiquillos para vender algunas cosillas, pero en cuanto me enteré de la que se está armando, enganché el caballo y me volví a la ciudad. Es demasiado peligroso dejar a los chiquillos por allí.

-¿Pues qué sucede? -preguntó Pete.

-Se va a armar una buena. El comisario metió a un joven vaquero en la cárcel, y la gente trata de apoderarse del preso. En Mesa Ridge no quieren asesinos.

-¿Quién es el asesino?

-Un joven llamado Curly Fenton.

-¡Curly Fenton! -exclamó Hicks «Miserias»-. ¡Eso no puede ser! Conozco a Curly Fenton desde hace tres años. Es un muchacho incapaz de hacer daño a una mosca.

-¿Y a quién dicen que mató Fenton? -preguntó Pete.

-A un ranchero de los límites del distrito... un tal Jake Frith. Fenton se emborrachó anoche y no pudo probar dónde había estado. Y un individuo de la población, llamado Lance

Lysander, encontró un reloj con las iniciales de Frith en el bolsillo de Fenton. Más tarde se supo que Frith había aparecido muerto. Dicen que el forense se presentó en el rancho y se llevó el cadáver a la «Quebrada del Buitre».

-Gracias por la noticia -dijo Pete Rice, sin dejar traslucir su emoción. El ranchero fustigó a su caballo y siguió adelante.

El rostro de Pete Rice tenía una expresión sombría. Nunca fue más dura la mirada de sus ojos.

-¿Comprendéis lo que trama ese miserable? -preguntó a sus compañeros-.

Lance Lysander es un hombre muy astuto, y no quiere correr ningún riesgo. Sabe que si puede cargar a alguien el asesinato de Frith, él y sus cómplices se encontrarán a cubierto de toda sospecha. Claro está que hasta un niño puede ver que Lysander emborrachó a Fenton, y que le deslizó el reloj de Frith en el bolsillo. Es preciso que nos presentemos en Mesa Ridge cuanto antes.

Espoleó a su alazán, que salió como una flecha. El jamelgo de «Miserias» y el garañón de Teeny Butler, hicieron cuanto les fue posible para no quedar rezagados.

La calle principal de Mesa Ridge estaba casi desierta, y Pete Rice creyó saber por qué la mayor parte de los ciudadanos se habían amotinado alrededor de la cárcel, tratando de apoderarse de un hombre indefenso que creían un miserable asesino.

Pete cruzó al galope la calle, seguido a pocos pasos de Teeny Butler, y a mayor distancia por el caballejo de «Miserias». Un minero borracho se asomó a la puerta de una taberna.

-Daos prisa, muchachos, si queréis presencial la fiesta -les gritó-. Ya han sacado al coyote de la cárcel, y se disponen a echarle la cuerda en la plaza...

Pete ya había oído bastante. Tenía refrenado a su caballo para escuchar el mensaje del minero, pero en aquellos momentos unos segundos podían significar la vida de un pobre inocente.

Rara vez clavaba las espuelas en los ijares de Sonny, pero entonces las ruedecitas de acero rasgaron la piel del noble bruto.

Sonny puso toda su voluntad en servir a su amo, y llegaron a la plaza a los pocos minutos.

Era una pequeña plaza soleada, rodeada de árboles, y estaba invadida por una multitud vociferante. Los ciudadanos de Mesa Ridge se disponían a tomarse la justicia por su mano.

Mineros de camisas rojas, trabajadores de la fundición, cowboys, tenderos y hasta algunas mujeres, clamaban sedientos de sangre.

Ninguna mano se levantaba para contenerlos. No había amenaza de castigo que pudiera detener su locura.

Vivo, el viejo Jake Frith no había gozado de gran popularidad. Pero muerto, y víctima de un asesino, no había voz que no enronqueciese pidiendo venganza.

Pete Rice estaba acostumbrado a ver multitudes enfurecidas. Una manada de lobos hambrientos aullando alrededor de un ciervo herido era un espectáculo más humano.

Pete detuvo su caballo al borde de la multitud, y se puso a observar lo que estaba sucediendo.

Un hombre con una insignia sobre su camisa verde braceaba en medio de un corro de vaqueros enfurecidos. Pete comprendió que era uno de los comisarios del sheriff de Mesa County.

Mesa Ridge no era cabeza de distrito, y el sheriff vivía en una población situada a unas dieciocho millas de distancia.

-Todo lo que os pido -gritaba el comisario-, es que esperéis hasta que llegue el sheriff. Si esto sucede mientras yo estoy actuando, perderé mi empleo.

Un griterío de la multitud acogió esta declaración. El rostro de Pete Rice se ensombreció aún más, y los ojos de «Miserias» y Teeny relampaguearon de indignación.

A aquel comisario sólo le interesaba su empleo... y la vida de un inocente estaba puesta en la balanza.

«Miserias» manejó su jamelgo hasta colocarlo junto al alazán de Pete.

-¿Estás dispuesto, patrón? -le preguntó en voz baja- Supongo que meteremos mano a esta partida de verdugos...

Dio por recibida la conformidad, y ya iba a espolear a su caballejo cuando Pete le agarró por las riendas. En Mesa Ridge su estrella de sheriff no podía ser un escudo que le librase de recibir una bala en el corazón. No tenía autoridad oficial allí, y él lo sabía.

La multitud se reiría de las protestas que pudiera hacer. Jake Frith había sido asesinado. Y, para ellos, Curly Fenton era el culpable.

Pete Rice tenía que imponerse a aquella multitud por otros medios que la razón. Su mirada se paseó de uno a otro extremo de la soleada plaza. En el centro había una bomba de palanca, y junto a ella un viejo abrevadero de piedra tapizada de verde musgo. Bordeaban la plaza unos árboles... graciosos y bellos árboles, cuyas ramas iban a ser utilizadas para cometer un horrendo crimen.

De una rama baja pendía una cuerda con un nudo corredizo. Este nudo se ajustaba alrededor del cuello de un joven de cabellos rizados, sentado, con expresión de gran abatimiento, sobre un caballo.

La palidez de su rostro tenía un matiz casi oliváceo. Se humedecía repetidamente los labios requemados por el fuego del espanto. Pero de su garganta no salía ni un lamento.

Era inútil humillarse con fútiles súplicas. Curly Fenton sabía demasiado bien que una sola sílaba de sus labios no haría otra cosa que acelerar su muerte.

Tenía las muñecas atadas a la espalda, y sus enfurecidos conciudadanos le habían arrancado el pañuelo del cuello para tenerle preparado para la ejecución. Se movían sus labios como en silenciosa plegaria.

-¿Qué estamos esperando? ¿Por qué no acabamos ya? -gritó alguien.

-¡Esto es¡ Colguémosle en seguida -gritó otro-. Será hermoso verle dar zapatetas en el aire.

Pero un hombretón con sombrero cuya copa parecía un pilón de azúcar, esperaba evidentemente que apareciese el maestro de ceremonias, y recomendó un poco de calma.

-No es tan fácil apretar el lazo a un coyote como ése -dijo.

La multitud empezó a agitarse. «Miserias» miró a su patrón. Teeny Butler se irguió sobre la silla y contempló la escena mordiéndose los labios.

Ambos eran leales a Pistol Pete Rice. Más de una vez habían arriesgado sus vidas a una orden suya. ¿Por qué no la daba ahora?

Ver morir a un hombre inocente, sin intentar salvarle... no era cosa acostumbrada en Pistol Pete Rice.

De pronto, Pete se enderezó en su silla. Dos hombres atravesaban la plaza.

Pete se fijó en uno de ellos, y se acentuó la dura expresión de su rostro.

El hombre que atraía su atención llevaba lujosas ropas, pañuelo negro, y un sombrero de puntiaguda copa y anchas alas, de fieltro del mismo color.

Se iba retorciendo el engomado mostacho de un modo tan fanfarrón, que arrancó un gruñido de Pete Rice. El individuo no era otro que Lance Lysander, el asesino de Jake Frith.

Pistol Pete Rice se volvió a sus comisarios. Sus ojos eran como pedazos de pedernal, y su mandíbula inferior sobresalía más que de costumbre.

Les habló bajando la voz, por la comisura de la boca.

-Voy a trabajar, compañeros. Quizá salga de ésta en condiciones de que me metáis en la caja de pino. Pero no podemos consentir que estas fieras cuelguen a ese joven inocente.

Estad preparados para dejarle las manos libres, y cuidad de que nadie le persiga cuando huya. Y ahora no os metáis en mi juego, muchachos.Voy a ver si despacho a Lysander un billete para Boot Hill. ¡Pero espero que, en cuanto abra la boca, Lysander querrá contestarme al cumplido!

No había otro remedio... Pete tenía que jugarse la vida con aquel asesino.

Hacía tiempo que sabía que Lance Lysander era un hábil pistolero, que tenía acobardados a los ciudadanos de Mesa Ridge.

Pete Rice sabía también que Lysander traficaba en ganado robado. Así como igualmente era un hecho que Lysander cambiaba de cocineros chinos con asombrosa rapidez.

Y es que los metía de contrabando a través de la frontera mejicana, y cada nuevo rostro amarillo significaba un buen beneficio para él.

Lysander era un puma de dos patas y, sin embargo, el jurado nunca le había condenado, porque sus secuaces sabían comprar las conciencias de algunos hombres y amenazar a las familias de los restantes.

Las pruebas que Pete tenía ahora contra Lysander eran débiles. Y, sin embargo, Pete sabía que Lysander era culpable.

El viejo Jake nunca había tenido fama de mentiroso, y no era creíble que fuera a mentir a las puertas de la muerte.

¡No había otra manera de someter a Lysander que por la ley del revólver!

Pete espoleó a su caballo, y el magnífico alazán penetró en la rugiente multitud, reculando y dando corbetas, abriéndose instantáneamente paso con la amenaza de sus inquietos cascos.

Un ciudadano enfurecido se agarró a las polainas del sheriff . No había tiempo para andarse con gentilezas ni razones.

Pete libertó sus talones del ciudadano de un puñetazo aplicado a la mandíbula. Un griterío ensordecedor surgió de la multitud.

-¡Atrás, rebaño de carneros! -gritó Pete-. ¡Todos oléis a coyote! ¡Tratáis de ahorcar a un inocente Ese Curly Fenton es demasiado blando de corazón para hacer daño a un ternero A nadie ofendió en toda su vida. ¡Habéis dado oídos al verdadero asesino de Jake Frith! ¡Ese, ése es el asesino!

Y Pete señaló directamente a Lance Lysander.

CAPÍTULO 6
HABLAN LAS PISTOLAS

El sheriff de la <Quebrada del Buitre> esperaba que Lysander echase mano a su revólver inmediatamente. Pero el malvado era un buen actor, y su fingida sorpresa no pudo parecer más verdadera.

Sus crueles ojos expresaron el más absoluto asombro, mientras levantaba las manos en protesta.

-¿Qué quieres decir con eso, Pistol Pete? -preguntó-. Lárgate de aquí. Estás estorbando el curso de la Justicia. Los bandidos como Curly Fenton deben llevar su merecido. Este país no podría vivir tranquilo si perdonásemos a los asesinos. Me acusas de ser el culpable. Lo que tú quieres es que ese miserable vuelva a la prisión para amañar un largo proceso. Pero nosotros sabemos hacer más rápida justicia. ¡A por él, muchachos!

Hubo un movimiento de oleaje hacia la maniatada figura del desgraciado Curly Fenton.

-¡Atrás! -rugió Pete Rice, y su voz habría detenido a un rebaño de bisontes.

Hicks <Miserias> y Teeny Butler habían desmontado, y pugnaban por abrirse paso entre la multitud. Estaban ya cerca de Curly Fenton, en cuyo rostro brillaba ahora la esperanza.

-¡Ciudadanos! -gritó Pistol Pete-. ¡Colgad a ese pobre muchacho y seréis tan miserables como el más cobarde de los asesinos! Yo supe la verdad de labios de Jake Frith, momentos antes de que la muerte cerrase su garganta. ¡El acusó a Lance Lysander como el malvado que aplicó a sus carnes un hierro candente!

Los ojos de Pistol Pete Rice brillaban como los de un animal salvaje en la noche. Sus palabras restallaban como latigazos.

La multitud quedó silenciosa, atemorizada, perpleja...

Pero Pete sabía que sólo podía contenerla con sus palabras unos momentos.

La acusación contra Curly Fenton estaba aún demasiado viva en sus imaginaciones. Y Lance Lysander había acertado a señalar lo que ellos creían ser lo cierto: que la acusación de Pete Rice era una artimaña para poner a Curly Fenton en las manos de la Ley.

Aquello significaba justicia lenta. Y ellos la querían rápida.

-¡Tú no eres el sheriff de Mesa County! -gritó alguien de la multitud-. ¡Tú perteneces al distrito de Trinchera! No tienes autoridad aquí!

-¡Vosotros queréis tomaros la justicia por vuestra mano! -gritó Pete-. ¡Y a mí también me ha llegado la vez! ¡Yo no busco otra cosa que la justicia... y voy a tomármela ahora mismo! El Juez Lynch puede retirarse del banco. ¡La sesión va a celebrarse bajo la presidencia del juez Colt!

Sus ojos se clavaron en la multitud. Nadie se atrevió a sostener el brillo acerado de aquella mirada. Lance Lysander retrocedió un paso a la mención del juez Colt. Sus manos se convirtieron en dos garras que fueron avanzando hacia las negras culatas de sus revólveres del 45. Pero algo que percibió en la voz de Rice le aconsejó tranquilizarse y tratar de utilizar una estratagema.

-¡Yo no me someto a ese proceso! -gritó-. ¡Tú no tienes autoridad en Mesa County!

-Sí, yo voy a juzgarte, Lysander -le interrumpió Pete Rice-.Te acuso de asesinato. Sé que eres el culpable... y tú lo sabes también. En Arizona al asesino se le castiga con la muerte. Tienes dos pistolas para defenderte, y aquí está el abogado fiscal.

Pete señaló el arma que colgaba de su cinturón, y sus grises ojos parecieron achicarse hasta reducirse a puntos luminosos.

-Esta plaza será la sala de audiencia. La sesión va a comenzar. ¡Ya puedes sacar tus pistolas!

Nadie hasta entonces se había atrevido a desafiar a Lance Lysander, el terror de Mesa County. El malvado retrocedió inconscientemente uno o dos pasos.

Su rostro tenía casi el color de la pizarra.

Su boca temblaba nerviosamente. Pistol Pete sonrió burlón. Lysander no había pensado en semejante escena cuando disparó sobre el indefenso Jake Frith.

-¡Escucha, Pete Rice! -dijo Lysander, con voz ronca-. Terminemos este asunto. Aquí hay alguna equivocación. Quizás estemos todos ofuscados. Cualquiera puede cometer un error. Vamos a entregarte ese hombre y a permitir que se le juzgue con arreglo a la Ley. Es culpable; tenía un reloj con las iniciales de Jake Frith en su bolsillo...

-¡Porque tú lo pusiste allí! -acusó Pete Rice.

-¡No es cierto! -protestó Lysander, con el espanto de un colegial-. Yo no quiero otra cosa que la justicia. Vuelvo a decirte que te entregaremos al joven Fenton, y le concederemos el beneficio de la duda.

La multitud había ido retrocediendo. Los ciudadanos se iban calmando ante el peligro que corrían sus propias vidas. Había suficiente espacio alrededor de Lysander y Pistol Pete.

Y el espacio aumentaba a medida que se agriaba la discusión.

Pete se deslizó de su caballo, sin apartar la mirada de Lysander.

-¡Y yo te digo que el tribunal ha abierto la sesión¡ ¿Qué tienes que alegar? ¿Tienes miedo? ¿Temes comparecer ante tu Hacedor con el alma manchada con el asesinato del pobre Jake Frith?

-No hablemos más de eso, Pistol -balbuceó Lysander-. No hay ley que pueda...

-La ley dice que el asesinato se castiga con la muerte. ¡Voy a contarte tres para que saques las pistolas!

-Pero yo te digo que...

-¡Una! -interrumpió Pete. Lysander lanzó una mirada suplicante a los ciudadanos de Mesa Ridge, pero éstos parecían hipnotizados por la energía y el valor de Pistol Pete Rice.

El criminal empezó otra vez a hablar, pero reaccionó repentinamente ante la implacable expresión de Pete Rice.

-¡Dos!

El rostro de Lysander se cubrió de una máscara de odio. Sus delgados labios se replegaron, dejando ver en cruel sonrisa sus colmillos de animal de presa.

Un salto y se encontró al otro lado del abrevadero con las pistolas en la mano. Por encima de la piedra no asomaba otra cosa que la copa de su negro sombrero.

¡Bang! ¡Bang! ¡Ba-ra-ram!

Los 45 del asesino vomitaban llamas y plomo. La multitud se dispersó en todas direcciones, como huyendo de una tormenta.

Y era una tormenta, en efecto... una tormenta de balas.

Pistol Pete Rice apoyó una rodilla en tierra. Un proyectil le atravesó el ala del sombrero. Otro vino a estrellarse contra un cartucho de su cinturón.

Después Pete se deslizó como un puma, yendo a colocarse al otro lado del abrevadero.

-¡Tres! -gritó.

Salieron dos fogonazos más de las pistolas de Lysander, y Pete sintió como si le hubiese picado el brazo izquierdo una avispa.

Una bala le pasó silbando junto al oído. Pero como un hábil boxeador había adivinado de qué lado torcer la cabeza.

Y Pete disparó a su vez.

La bala dio a Lance Lysander en pleno pecho. Una mancha roja fue extendiéndose por el chaleco color malva del malhechor.

Su boca dibujó una mueca. Una expresión de asombro, más que de dolor, apareció en su rostro cruel.

El homicida trató desesperadamente de disparar otra vez, pero su voluntad no halló respuesta en la nerviosidad de sus dedos. Las humeantes pistolas cayeron de sus temblorosas manos.

Los párpados se cerraron sobre los desorbitados ojos. Los labios quisieron modular un juramento, pero sólo salió un sonido gutural de su garganta.

Era el final. Su poderoso cuerpo se retorció en un espasmo de dolor. Se desplomó agitando las manos en el aire.

Después, inconscientemente, se arañó las duras líneas de su rostro brutal, y cayó de bruces sobre el abrevadero.

Los ciudadanos de Mesa Ridge presenciaron la escena como petrificados.

La lucha se había desarrollado con pasmosa rapidez. Los hombres permanecían inmóviles, incapaces de toda acción y pensamiento. Pero Hicks «Miserias» y Teeny Butler no habían estado ociosos. Se habían dedicado a cumplir su misión, bien seguros de que mientras rugiesen los 45 pocos hombres podrían cuidarse mejor de sí mismos que su patrón, Pistol Pete Rice.

El redoblar de unos cascos sacó a los ciudadanos de su asombro. Un caballo cruzaba a todo galope la plaza hacia una calle lateral. Su jinete era Curly Fenton.

Mientras Pete Rice se ocupaba del verdadero asesino, Hicks « Miserias» había cortado las ligaduras del joven vaquero.

Y ahora el barberillo-comisario corría en su caballejo tras el fugitivo, cubriéndole la retirada.

Teeny Butler tampoco descansó un momento. Había en la plaza como una docena de caballos atados, y Teeny se cuidó de visitarles uno por uno.

-No dejéis escapar a ese maldito Fenton -gritó un hombre-. Puede ser inocente y puede no serlo. ¡Corramos tras él! Si no es culpable, ¿por qué huye?

-Tienes razón -gritó otra voz-. ¡Todos a los caballos!

Sonaron unos disparos en dirección al fugitivo y su menguada escolta. Pete Rice tuvo un momento de intenso temor por su pequeño comisario.

«Miserias» era valeroso, pero a veces se dejaba llevar de la audacia, exponiéndose demasiado.

Pero en aquella ocasión su audacia dio buen resultado. Los dos jinetes desaparecieron de la plaza, y las balas fueron a clavarse en las morenas paredes de los edificios de adobes.

La multitud se precipitó hacia los caballos. Los hombres saltaron a sus monturas.

Otras sorpresas les esperaba. La soleada plaza no retembló con el estruendo de los cascos. Los hombres iban cayendo a tierra bajo sus propias cabalgaduras.

Los jinetes más veteranos se desplomaban de sus caballos, arrastrando tras ellos las sillas, en medio de gritos y maldiciones.

Algunos animales, libres de sus arreos, se revolcaban por el polvo o corbeteaban de acá para allá como si estuvieran en un cercado.

La tensión del ambiente fue amortiguándose. Los hombres olvidaron el cruel propósito que les había reunido allí, y se dedicaron a auxiliar a los que habían sido víctimas de la artimaña de Teeny Butler.

Había sido, en efecto, aquel mastodonte de comisario quien había cortado los cinchas de las sillas.

Con ayuda de Teeny Butler, Pete Rice llevó al moribundo a la comisaría de Mesa Ridge. Los linchadores se habían dispersado. Los hombres volvían a ser individualidades sanas y razonables. Algunos se sentían arrepentidos y disgustados por haber permitido que la ira les ofuscase. Otros daban gracias por no haber intervenido en el proyectado linchamiento.

Mucha gente se había agolpado ante la ventana de la oficina, pero Pistol Pete no se preocupó lo más mínimo, ya que no podían escuchar nada.

Sin embargo, un individuo habría interesado profundamente a Pete. Era un hombre de rostro caballuno, ojos diminutos y facciones brutales, que miraba por encima de las cabezas de los demás.

Pero su mirada no se fijaba en Pete Rice, sino en Lysander, tendido sobre la mesa.

El moribundo se estremeció y abrió los ojos, clavándolos en Pete Rice. Pete continuó bañando la frente del homicida. Era inútil intentar vendar la herida, pues la vida de Lysander se iba extinguiendo rápidamente.

Pete trataba únicamente de endulzar sus últimos momentos, evitándole todo dolor posible.

En presencia de la muerte, se suavizaba la mirada del sheriff y su voz adquiría tonos más humanos. Él había quitado la vida a aquel hombre; pero fue por salvar la vida de otro hombre mejor...; de un inocente.

No había habido otro remedio.

El malhechor no reconoció a Pete. Empezó a balbucear, pero sus palabras iban dirigidas al hombre por quien tomaba a Pete Rice.

-Ten... mucho cuidado... con Finch -murmuraba Lysander-. Deacon puede hacernos traición... si...

Y eso fue todo. El cuerpo de Lance Lysander se estremeció violentamente y quedó inmóvil.

Pete se apartó de la mesa.

Un asesino había sido ejecutado. Se había escapado de las mallas de la Ley.

Pero las mallas de la justicia de Pete Rice eran más densas y fuertes que las de la Ley misma.

CAPÍTULO 7
LA SILLA VACÍA

Vuelto a la desvencijada mesa de su despacho, el sheriff de la «Quebrada del Buitre», Pistol Pete se ocupó en revisar los boletines de «captura» que allí habían ido acumulándose.

Obraba con toda naturalidad, y nadie habría sospechado que unas horas antes había reñido una lucha a muerte con uno de los más temibles pistoleros del Oeste. La herida de bala de su brazo izquierdo fue un rasguño; apenas había rozado la piel. Teeny Butler vertió sobre ella una chorretada de su precioso whisky para evitar la infección.

-Eso te hará bien -había sentenciado el corpulento comisario-. El buen licor es saludable para el hombre, tanto por dentro como por fuera.

-Sí, por aquello de que veneno mata a veneno -rió Pete.

Aunque había sillas en el despacho, Teeny Butler se había sentado en cuclillas en un rincón. Para el voluminoso ayudante había gran diferencia entre comodidades y comodidad, y rara vez utilizaba una silla si podía evitarlo.

Las trescientas libras de recia hombría de Teeny exigían mucho combustible, y la golosina más delicada era para él el pastel de gayuba.

Y el mejor confeccionador en el mundo de estos pasteles, era, a juicio de Teeny, un cocinero chino del Arizona Hotel..

En cierta ocasión Teeny había salvado la vida de Wu Hu de manos de unos bandidos. Desde entonces Teeny no tenía más que rondar por los alrededores de la cocina del Arizona Hotel y una mano agradecida depositaba medio pastel entre sus enormes zarpas.

-¿Qué es lo que te propones hacer ahora, patrón? -preguntó Teeny, no muy distintamente, pues tenía la boca llena del exquisito manjar.

Pete Rice miró a su comisario-montaña y sonrió. Costaba trabajo, aún al sheriff, imaginarse a aquel infantil gigante como un hombre de lucha.

Sin embargo, el valor de Teeny Butler era indiscutible. Tenía la misma orgullosa gallardía de aquel su antepasado del Alamo que se había burlado de sus verdugos cuando fueron a degollarle.

La rapidez del rayo y la mortífera puntería de Teeny Butler habían contribuido grandemente a aumentar la población del cementerio de Boot Hill.

Muchos bandidos, en lucha mano a mano, creyeron poder acorralarle como lobos a un ciervo, pero habían aprendido a su costa que Teeny sabía moverse con la rapidez de un oso enfurecido.

-Mira, compañero -dijo Pete, en respuesta a la pregunta de su comisario-, la caza del hombre es como el ajedrez. Hay que descubrir lo que el contrario se propone hacer antes de ejecutar la propia jugada. Y después hay que calcular las consecuencias de esta jugada con vistas a la próxima de tu oponente.

-Comprendo, patrón -contestó Teeny, introduciéndose el último bocado de pastel, y poniendo un gesto de melancolía al ver que ya no le quedaba más-. Tenemos que comprobar lo que ya sabemos, y después averiguar lo que desconocemos.

-Eso mismo -asintió Pete-. Hay oro escondido en el rancho de <Circle Dot> y él seguramente atraerá a algún coyote asesino. Jake Frith dijo que cuatro, por lo menos, rondaban su tesoro.

-¡Y nosotros vamos a coger en la trampa a los que aún quedan! -dijo Teeny orgulloso, sacudiéndose de las manazas las migas de pastel.

-Pero tenemos que ir despacio -observó Pete Rice-. Comprenderás, Teeny, que trepar por una escalera no requiere mucha inteligencia; pero descender por ella ya exige alguna. Tenemos que mostrarnos un poco tontos a los ojos de los miserables que tratamos de llevar a la justicia.

-Sabemos por las últimas palabras de Lance Lysander que hay ya rencillas y pensamientos de traición entre los que intervinieron en el asunto. Probablemente ha habido ya discusiones entre unos y otros. ¿Por qué esas discusiones?

-Ah, no lo sé -confesó Teeny-. Eso es demasiado complicado para mí.

-¡Pues por la codicia! -exclamó-. La codicia es un perro de mala ralea que muerde la mano del que le alimenta. Las fieras humanas que mataron a Jake Frith son demasiado egoístas para hacer una honrada partición del botín.

-¡Hum! -rezongó Teeny, maniobrando un largo mondadientes-. Quizá no todos esos coyotes sepan dónde está enterrado el oro.

Los grises ojos de Pete Rice resplandecieron. Era una gran idea la que acababa de insinuar su glotón comisario.

Pete había estado ya pensando en lo mismo. Era razonable presumir que los bandidos que conociesen el escondrijo del oro estuviesen dispuestos a traicionar a los cómplices que no lo conocían.

-Apuesto una chuleta contra una patata a que tienes razón, Teeny -dijo Pete Rice.

-Y esto es lo que nos va a servir de anzuelo para pescar a los asesinos. No se decidirán a sacar el oro sin encontrar despejado el campo. Para llevarse los sacos de pepitas necesitarán una calesa o un carromato. Y para realizar estos preparativos tendrán que quitar antes de en medio a sus cómplices... ¡y a nosotros también!

-Y tendrán que contar con Bristow <el Halcón> -añadió Teeny.

-¡Y tendrán que contar con Bristow <el Halcón> -repitió Pete, sombrío-. Bristow se ha quedado en la sombra para conseguir un buen bocado sin necesidad de comprometerse. Es su manera de trabajar. Desde ahora puedes asegurar, Teeny, que traicionará a los que consigan el oro... si es que lo consiguen.

-Y después apareceremos nosotros en escena -dijo Teeny, que empezaba a fatigarse de tanto pensar-. Utilizaremos el oro como cebo para los bandidos. Si lo que tú dices es cierto, los hombres que conozcan el escondrijo tratarán de llevárselo todo. Los otros caerán sobre ellos y no dejarán uno para contarlo. Luego aparecerá Bristow con el argumento de su pistola, y nosotros, que estaremos por allí, le rompemos la cabeza y nos le llevamos al calabozo.

Pete Rice rió.

-Si todo fuese tan sencillo como tú lo pintas -dijo-, la vida sería inaguantablemente fácil. Pero has acertado en gran parte, Teeny. Nuestra misión será atrapar a todos los que intervinieron en el asesinato del pobre Jake Frith. Después pondremos el oro en manos de la Ley, para que sea devuelto a sus primitivos dueños. Aquí hay algo para que recrees los ojos.

Pete entregó a su gigantesco comisario un anuncio de recompensas. El hombre que se deseaba capturar, acusado de asesinato, era un individuo de sombrío aspecto. Y se llamaba Deacon Finch.

-¡Deacon Finch! -exclamó Teeny-. ¡Pero si es el individuo que Lance Lysander mencionó cuando daba las boqueadas!

-¡El mismo! -convino Pete Rice-. Y ahora echa un vistazo a sus antecedentes: hombre audaz, salteador de caminos, ladrón de Bancos, asesino. Se le busca en Arizona. New Mexico, Texas, Wyoming y Colorado. Es una buena ficha, ¿verdad, Teeny? Tenemos que andar con cuidado. Pero al final creo que no tendrá ganas de añadir nuevas páginas a su novela, cuando huela el humo de nuestras pistolas.

Deacon Finch tenía una cara larga y solemne, de empresario de pompas fúnebres. Pero, aún en la fotografía, Pete Rice pudo observar la diabólica astucia que brillaba en los ojos del asesino.

Los labios finos y apretados indicaban crueldad. Y la amplia frente revelaba que Deacon no dependía por completo de la fuerza bruta, de su cuchillo y de sus pistolas.

El bandido tenía un cerebro, y el hecho de haberse escapado de dos prisiones del Estado probaba que lo sabía utilizar.

-Aquí abajo dice que le acompaña un individuo llamado <Snake Trampas> -observó Teeny, fijando la vista en las líneas impresas bajo el retrato del criminal-. ¿Andará también por estos andurriales?

-Aquí tienes la cara de «Snake Trampas» -dijo Pete, entregándole otra circular-. Este «Snake Trampas» tampoco parece estar en muy buenas relaciones con la Ley. Dos distritos, por lo menos, se disputan el honor de hospedarle en sus calabozos.

-¡Muy buen mozo! -exclamó Teeny-. Su frente no es lo bastante abultada para llevar derecho el sombrero. ¡Y fíjate qué colmillos! Apuesto que no puede comer granos de maíz el pobrecito. ¿Y se llama Snake? Le está bien puesto el apodo.

-Pues ahí tienes las dos buenas piezas que van a ser nuestros compañeros de juego -dijo Pete-. Tan pronto como llegue <Miserias> nos iremos a dar un paseo por Circle Dot a ver cómo van por allí las cosas. ¡Escucha! Ese caballo que se oye debe indicar que «Miserias» está llegando.

Seguido de Teeny, el sheriff corrió a la puerta y se asomó a la calle. El ruido de cascos que había oído procedía de un caballo que se aproximaba en loco galope, como si estuviera disputando una carrera contra el tiempo.

-No es el jaco de «Miserias» -dijo Pete-. ¿Le habrá ocurrido algo?

El caballo, un bayo de finas extremidades, se detuvo frente a la barbería de Hicks «Miserias». Estaba cubierto de espuma y sudor, y le jadeaban tumultuosamente los ijares.

Su jinete apenas podía sostenerse en la silla. Venía sin sombrero, con las ropas desgarradas y ensangrentado de pies a cabeza.

-¡Curly Fenton! -gritó Pete, y corrió a recibir en sus brazos al joven, mientras gritaba a Teeny que volase a avisar al doctor.

El corpulento comisario no necesitó más que una palabra. Se lanzó a la calle como un rayo, y un momento después alcanzaba una velocidad que hubiera sido envidiada hasta por un hombre de la mitad de su peso.

Pistol Pete Rice sintió que un sudor frío le bañaba la frente. Había visto a «Miserias» salir al galope de la plaza de Mesa Ridge, cubriendo la retirada de Curly Fenton.

Y ahora Fenton... solo y herido... entraba desolado en la «Quebrada».

¿Quería esto decir que el barberillo había quedado en alguna sima, con los buharros describiendo círculos por encima de su cabeza?

La angular mandíbula de Pete Rice se tensó de sólo pensarlo.

Curly Fenton se desplomó de la silla en los brazos de Pete. El joven vaquero tenía una herida en la cabeza, y sus ensangrentadas ropas hablaban de más de una bala alojada en su cuerpo.

Pero el muchacho era fuerte y consiguió dominar su desmayo.

-¡Hicks «Miserias»! -balbuceó-. ¡Quedó allí! Nos prepararon una emboscada. Dos pistoleros. Me dispararon a mí primero. No sé qué sería de «Miserias». Cuando me di cuenta ya no venía detrás de mí. ¡Su caballo... había desaparecido!

Fenton acabó su mensaje con sobrehumano esfuerzo. Después se desmayó.

Pete Rice levantó el cuerpo inmóvil del joven y lo llevó a su despacho, en la trastienda de la barbería. Luego salió al salón y cogió una botella marcada «Bay Rum», pero que no contenía «bay rum», sino whisky de Teeny Butler y de lo bueno. Un gran trago de licor -casi tan grande como el que Teeny acostumbraba a regalarse- volvió los sentidos al vaquero. Las primeras palabras de Curly fueron para disculparse por haberse desmayado. Después explicó, respirando trabajosamente, que sus agresores eran salteadores de caminos, pistoleros profesionales, y no miembros de la enfurecida multitud de Mesa Ridge. Declarado esto, volvió a caer en la inconsciencia.

Teeny Butler penetró como una tromba en el despacho, trayendo un doctor a remolque. El médico, ya avisado muchas veces después de cada pendencia para atender a los heridos de bala, era hombre reservado, pero, tras un rápido examen del joven vaquero, su rostro pareció más serio todavía.

-El muchacho tiene algunas probabilidades... no muchas... de vivir -informó lacónicamente-. Tengo que llevarle a mi casa inmediatamente. Fractura del cráneo. Probablemente un pulmón perforado también.

Pete Rice se llevó las manos impulsivamente a las pistoleras, rojo el rostro de indignación.

-Puede usted llevárselo, doctor -contestó-. No perdone gastos. Dele lo mejor de todo. La factura... a mí nombre. Si necesita la ayuda de un especialista, envíe a la ciudad por uno. No repare en dinero. Yo respondo hasta del último céntimo. Este hombre es muy joven, pero vale un millón por el valor que ha demostrado.

Curly Fenton volvió a abrir los ojos. Pete puso los dos bandos oficiales ante el rostro del herido.

-¿Fueron estos miserables los que te agredieron? -preguntó.

Los apagados ojos de Curly se dilataron de sorpresa.

-¡Estos fueron! -contestó-. El del rostro funerario fue quien me disparó- añadió, señalando con tembloroso dedo el retrato de «Snake Trampas».

-No hables más -le interrumpió Pete-. ¡Teeny! ¡Tenemos que partir a caballo!

-Yo soy tu hombre, patrón -contestó Teeny.

Pero antes de que los dos camaradas saliesen a la calle, volvió a oírse batir de cascos que se aproximaban.

Pete se plantó de un salto en la puerta... y el corazón se le atravesó en la garganta. Un caballo sin jinete galopaba calle abajo. Era un caballejo insignificante... el jaco de Hicks «Miserias».

Había galopado muchas veces junto al alazán de Pete, a la caza del hombre.

¡Y ahora volvía a su cuadra... llevando sobre sus lomos una silla vacía!

El caballo se detuvo ante la barbería y relinchó. Pete acarició los temblorosos belfos del animal, y, de pronto, su mirada se fijó en un pedazo de papel prendido a la silla. La nota decía así:

« Pistol Pete Rice: Hemos cogido a tu comisario y queremos que salgas de la «Quebrada». Tú y el mastodonte de Teeny tomaréis el primer tren y no os detendréis hasta Stockdale. Estaremos vigilando vuestra partida. Si queréis volver a ver a vuestro amigo, no intentéis desobedecernos, pues haríamos de la carroña de Hicks un pequeño festín para los buitres.»

Teeny Butler, que había estado leyendo la nota por encima del hombro de Pete, levantó la mirada lleno de indignación.

-Si esos bandidos creen que van a hacernos salir de la ciudad... -empezó a decir.

-¡Espera un minuto, Teeny! -le interrumpió Pistol-. A esos miserables les importará tan poco arrancarle la vida al pobre «Miserias» como cortarle la cola a un lagarto. ¡Tú y yo vamos a tomar el primer tren que salga!

-¡Y vamos a dejar que esos coyotes campen por aquí! -protestó Teeny-. No comprendo...

-¡Escucha! -le interrumpió Pete de nuevo-. Favorece mis planes el que abandonemos la población por ahora. Y, además, salvaremos la vida de «Miserias». Quizá podamos hacerles morder el anzuelo mejor que quedándonos aquí. Ten paciencia, Teeny, que pronto tendrás ocasión de vengar eso del mastodonte.

CAPÍTULO 8
BRISTOW ASOMA LA MANO

El tren corría por sus cintas de acero alejándose de la <Quebrada del Buitre>. En el vagón de fumadores viajaban dos taciturnos agentes de la Ley en compañía de dos viajantes de comercio que roncaban en sus asientos, junto al pasillo.

El corpachón de Teeny Butler se hundía abatido en un rincón del coche.

Teeny hasta había olvidado el alimento. Se sentía demasiado alicaído para liarse con la empanada que asomaba por una cesta llena de sandwiches y frutas.

-Esta huida -comentaba Pete para sí-, le va a costar a Teeny un dolor de tripas. Pero lo mismo me habría ido a la China con tal de salvar a Miserias».

Ese Deacon Finch es capaz de matar a su hermano si de ello sacase provecho.

Era también evidente que sólo había un pensamiento en la imaginación de Teeny Butler.

-No acabo de comprender por qué aquellos individuos se apoderaron del pobre «Miserias» -dijo, mirando desmayadamente a su patrón-. «Miserias» no sabe dónde está escondido el oro.

-¡No, pero ellos sí! -contestó Pete Rice-. ¿No ves la jugada? Nos hacen abandonar la población para poder presentarse en el rancho de « Circle Dot» sin temor a que nosotros vayamos a estropearles el juego. Somos como perros guardianes atados a una cadena. ¡Pero ahora verás lo que voy a hacer!

-¡Supongo que no será nada que ponga en peligro la vida del pobre «Miserias»!

-Pierde cuidado. Ya nos hemos exhibido lo suficiente cogiendo el tren en la «Quebrada». Deacon Finch tenía probablemente alguien en la estación para vernos salir. ¡Pero ahora no creo que haya nadie que me vea apear! Tú seguirás hasta Stockdale, Teeny, y te metes en el hotel que hay allí. Yo doy por terminado el viaje en este momento.

La repentina decisión de Pete Rice se la inspiró el poderoso jadear de la máquina, que utilizaba ahora todo su vapor para remontar una cuesta.

La pendiente había hecho disminuir considerablemente la velocidad del tren. Pero Pete no tenía tiempo que perder; una vez coronada la cuesta, el tren volvería otra vez a sus cincuenta millas por hora.

Pete palmoteó las anchas espaldas de su comisario y se asomó a la ventanilla. Un salto podría ocasionarle la rotura de una pierna, y el sheriff no podía exponerse a tal riesgo, ahora que la vida de Hicks «Miserias» estaba en peligro.

Miró a lo lejos. A una milla, vía arriba, se veía un depósito de agua provisto de un tubo horizontal que se extendía hasta el medio de la vía.

El depósito estaba en lo más alto de la cuesta, y si el tren no la remontaba demasiado rápidamente, Pete podría abandonarle sin que nadie le viera.

Se izó a fuerza de músculos hasta el techo del coche, y se agazapó allí esperando. El tren remontó la cuesta resoplando, y empezó a recobrar su velocidad de correo.

Pete tenía la vista clavada en aquel tubo del depósito del agua que se tendía hacia él. Era un peligroso ejercicio el que se disponía a ensayar.

Y, además, no era de su cuerda. Su cuerda eran los caballos, los lazos y las pistolas. Un guardafrenos podría dar el salto que iba a intentar, pero un guardafreno sabía bastante más que él de estas habilidades de mono.

Pete Rice tendría que poner en juego su vista, su sangre fría y sus acerados músculos para contrarrestar su inexperiencia en tales menesteres.

Si fracasaba, se convertiría en un montón informe de carne y huesos bajo las ruedas.

Pete midió la distancia con los ojos. ¡Todavía no! Estaba demasiado distante. Pero tampoco podía aproximarse mucho...

¡Ahora! ...

Su ágil cuerpo saltó al aire con la felina gracia de un puma. Se encontraba por lo menos a ocho pies del tanque de agua cuando dio el salto; pero había calculado la velocidad del tren y la fuerza de su propio impulso, y sus manos fueron a asirse con toda precisión al tubo. Su diafragma sufrió un choque terrible pero la elasticidad de sus músculos le salvó de todo daño.

El tren siguió su camino resoplando. Pete esperó hasta verle desaparecer en una curva antes de dejarse caer a tierra.

No tardaría en venir otro tren por la otra vía, en dirección a la «Quebrada».

Pete saltaría a él para abandonarle a un par de millas de la población.

Después penetraría en la «Quebrada», oculto por el negro manto de la noche. Era preciso que nadie le viese en la ciudad. Comprendía que había puesto en peligro la vida de «Miserias» abandonando el tren.

Pero Pete Rice conocía la manera de ser de los criminales. Apostaría a que Deacon Finch no tenía la menor intención de devolver a Hicks «Miserias» vivo, aunque Pete y su comisario hubiesen cumplido sus instrucciones saliendo de la población por el primer tren.

¡Honor entre ladrones! No podía esperarse tal cosa de ellos... y menos de unos asesinos.

Pete Rice, por otra parte, tenía el presentimiento de que Hicks «Miserias» estaba todavía vivo. Los bandidos se propondrían retener al barbero como rehén hasta que hubiesen desenterrado el oro.

Después, indudablemente, proyectarían deshacerse del diminuto comisario para sellarle los labios, pues era seguro que «Miserias», cautivo en el escondrijo de los malhechores, tendría ocasión de enterarse de demasiadas cosas.

Y Hicks «Miserias», con todo su aspecto de infeliz, era un hombrecito muy inteligente, como todo el distrito sabía.

Por primera vez en su vida, Pete Rice se sintió un poco indeciso y nervioso.

Jamás había conocido el temor cuando su propia vida estaba en peligro, pero ahora bastaba una imprudencia, o un golpe de mala suerte, y el cuerpo del barberillo aparecería cosido a balazos.

La sola idea de esta catástrofe le hizo sentirse como si se hubiera tragado una caja de cartuchos del 45. Lanzó un profundo suspiro, y casi se le humedecieron los ojos. Los tres mosqueteros, esto es lo que habían sido el sheriff de la «Quebrada» y sus dos comisarios.

Desaparecido «Miserias», Teeny Butler yo no le encontraría gusto a la vida, y Pete sabía muy bien que la vida ya no tendría el mismo gusto para él tampoco.

Su cargo de sheriff exigía saber utilizar la cabeza tan bien como los músculos y las pistolas. En aquella circunstancia era preciso sólo cabeza para no cometer ninguna equivocación irreparable.

Se oyó el jadeo de otro tren. Pero la sonrisa le duró poco a Pete en los labios.

El ruido venía de la parte de la <Quebrada>. La cuesta atravesaba un terreno pelado, y no había una mata de hierba que le pudiera ocultar al espionaje de unos ojos. Pero Pete no vio razón para esconderse. Se sentó sobre el travesaño que unía los pies del depósito del agua y encendió tranquilamente su pipa.

La locomotora pasó resoplando ante él, arrastrando un largo rosario de jaulas de ganado, vagones y plataformas. Esta era precisamente la clase de tren que le habría convenido... con sólo marchar en otra dirección: hacia la «Quebrada del Buitre».

A un tren de pasajeros le hubiera dejado pasar sin intentar subir, pues serían demasiadas bocas a decir lo que habían visto los ojos.

Tenía la esperanza de que no tardaría en aparecer un tren de mercancías por la parte de Stockdale, y entonces...

¡Ba-aram! ¡Jui-ii-ii!

Una bala le pasó rozando las alas del sombrero. Otra arrancó una astilla de los travesaños del depósito.

Aquello fue tan inesperado como el estallido de un trueno en un cielo luminoso y sonriente. Pero cuando un hombre gritaba con su revólver el nombre de Pistol Pete Rice, nunca encontraba al sheriff dormitando.

Pete abandonó el travesaño de un salto, mientras se atensaban los músculos de su rostro. Un instante después tenía en la mano la culata de su 45, que parecía haber salido por sí solo de la brillante y desgastada pistolera de cuero.

Los movimientos de Pete eran tan seguros y rápidos como los de la cabeza de una culebra, y tan suaves y graciosos como los de un ciervo.

¡Bang!

Su largo índice derecho apretó el gatillo, y la bala partió silbando, a recorrer su trayectoria. Como blanco tenía un hombre medio oculto sobre el techo del tren en marcha, pero lo erró por sólo unas pocas pulgadas.

EL cruel rostro del hombre agazapado sobre el techo del coche se ocultó bajo el borde de un «camino de gato» que corría a todo lo largo del convoy, pero su sombrero Stetson de «diez galones» se levantó ligeramente de su cabeza como agitado por una brisa juguetona.

El impacto de una bala de Pete era la que había hecho el milagro.

Y Pete corrió vía abajo, como una liebre, en demanda del pescante del último furgón. Aquella cara de ojos de búho había paseado por la «Quebrada» más de lo que convenía a la tranquilidad de la población, pero Bristow -pues tal era el hombre- nunca había mostrado sus instintos criminales tan al descubierto.

Bristow era un malhechor solapado, y su astucia le había servido hasta entonces para ocultar sus crímenes. Era evidente su complicidad en el asesinato de Fríth, pero no existían pruebas para fundamentar la acusación.

¡Pero Bristow «el Halcón» era ya definitivamente un fuera de la ley»!

El sheriff se guardó su 45 en la pistolera mientras corría. Llegado al final del convoy, saltó a los topes del furgón como pudiera haberlo hecho sobre un caballo.

Fue tarea de músculos y equilibrio mantenerse allí en pie, pero Pete lo consiguió. Estaba, pues, en posición de poder disparar, caso de que Bristow se decidiera a repetir su ataque.

Pero Bristow debía tener miedo a exponerse y no lo intentó siquiera.

Las gentes de la «Quebrada» solían decir que Pistol Pete discurría con la rapidez del rayo... al menos en momentos de apuro.

¡Y Pete tomó, en efecto, una decisión con la rapidez de un parpadeo! Sería locura trepar hasta el techo del vagón, pues Bristow, agazapado en el «camino de gato», podría dispararle a mansalva antes de que él estuviera en condiciones de sacar sus pistolas.

Bristow no era hombre que diera la cara fácilmente. Había realizado su ataque al pasar por el depósito de agua en la creencia de que no podía errar la puntería, y de que él no corría el menor peligro.

Podía apostarse diez contra uno a que ya no levantaría la cabeza de su reducto.

El plan de Pete era, pues, exponerse lo menos posible hasta llegar al coche en que había visto agazapado a Bristow. La única manera de conseguirlo era deslizarse, coche tras coche, a lo largo de los costados del tren.

Sus dedos de acero se engarfiaron en el borde del techo del furgón, y Pete empezó a avanzar mano tras mano. El convoy estaba ahora en lo alto de la cuesta, ganando velocidad.

El cuerpo de Pete pendía del costado del primer vagón. El tren tomó una curva y lanzó el cuerpo de Pete hacia afuera. Necesitó de todas sus fuerzas para mantenerse agarrado.

Le corría el sudor por la cara cegándole los ojos. Le flaqueaban las manos.

Estaba a punto de soltarse cuando la máquina se enderezó, lanzándose a toda velocidad por una recta.

CAPÍTULO 9
SERENIDAD

Se agarró desesperadamente. La terrible tensión, el dolor de las uñas rotas, la probabilidad de la misma muerte, significaban poco para Pistol Pete Rice cuando se trataba de perseguir a un criminal.

Jamás se le presentaría mejor ocasión de coger a Bristow prisionero.

No tenía la menor intención de llevara Bristow a la <Quebrada del Buitre>..., al menos por entonces. Aquello levantaría muchos comentarios en la población, comentarios que Pete Rice quería evitar.

El salvar la vida de Hicks «Miserias» exigía el mayor sigilo.

Pete tenía otro plan. La montaña estaba llena de tramperos y exploradores de minas, de los cuales él era amigo, cualquiera de ellos se encargaría de custodiar a Bristow «el Halcón», mientras Pete se dedicaba al más urgente deber de buscar a Hicks «Miserias».

AL final del vagón, Pete se apoyó en el enganche y cruzó al coche siguiente.

Lo recorrió agarrado al borde sin detenerse ni a respirar.

Tenía la incansable tenacidad del lobo y la fuerza de un toro salvaje. Como el tren recorría una recta le sería fácil trepar al techo.

A lo lejos, la vía del tren convergía con la base de una montaña. El detalle favorecía los propósitos de Pete. Continuó avanzando mano tras mano.

Su penetrante mirada descubrió el vagón donde iba Bristow... era el que hacía el número catorce, a partir del tender.

Subiría por la escalerilla de hierro adosada a un extremo, y aparecería a la vista como el muñeco de una caja de sorpresa. Esperaba que Bristow se le rendiría a discreción.

A pesar de los muchos bandidos que se había visto obligado a despachar para Boot Hill, a Pete le repugnaba arrebatar la vida de un hombre, aun tratándose del asesino más depravado.

Se apoyó en el enganche, sacó su 45 de la pistolera, y empezó a trepar por la escalerilla. Se mantuvo agachado un momento; después enderezó toda la longitud de su cuerpo, dominando su pistola el techo del vagón.

Pero Bristow ya no estaba allí agazapado. Había desaparecido de la vista.

Los ojos de Pistol Pete mostraron la mayor decepción. Sin embargo, tenía la sospecha de que Bristow estaba oculto en alguna parte del tren.

La máquina había ido aumentando su velocidad durante las últimas millas.

Tirarse del tren habría sido muy arriesgado. Un jugador de ventaja como Bristow habría preferido ocultarse en alguna parte hasta que la velocidad disminuyese.

Pete avanzó por los techos de los coches. De pronto hizo un descubrimiento.

La portezuela de uno de ellos estaba abierta. Pete Rice, que tenía la facultad de hacerse cargo de todo lo que podía abarcar en una rápida ojeada, se sintió casi seguro de que aquella portezuela lateral estaba cerrada cuando el tren pasó ante el depósito.

Podía apostarse que Bristow había abierto la portezuela desde el techo del coche, y se ocultaba en su interior.

El tiempo apremiaba.

El tren avanzaba velozmente. Pete Rice se alejaba cada vez más de la «Quebrada del Buitre». Ello significaba un gran retraso para volver a la población, y un mayor peligro para Hicks «Miserias».

No era ocasión de sopesar los riesgos. Si Pete conseguía acorralar a Bristow, podría lograr del jugador nuevos detalles sobre el paradero de «Miserias».

De poder introducirse sano y salvo en el coche, no habría duda del resultado de un duelo a pistola entre Pete Rice y un montonero que no supo atinar a un hombre sentado en el travesaño de un tanque de agua.

El principal riesgo era que Bristow le agarrara al descolgarse del techo, antes de que pudiera penetrar en el coche y desenfundar las pistolas.

Pero afrontar el peligro era la misión de Pete Rice. Sin pensarlo un momento más, se aproximó al borde del vagón y empezó a descolgarse.

Quizá Bristow no estuviera en el coche; quizás errase su primer nervioso disparo, y entonces...

-¡Te cogí, Pete Rice! ¡Déjate caer, y pon las manos arriba!

Era la voz de Bristow «el Halcón». Se notaba en ella la emoción del triunfo.

El jugador era de los que, por jactancia, gustaba de baladronear con el enemigo, y martirizarle con la amenaza de la muerte próxima antes de descerrajarle un tiro.

Pete Rice experimentó la sensación que debe sentir el hombre que se hunde en la arena movediza, y temió verdaderamente por la suerte de su comisario Hicks «Miserias».

Bristow le tenía en sus garras. Bristow era dueño de la situación. No había otro remedio que penetrar en el coche, como se le ordenaba, y levantar las manos, pues sabía que la pistola de Bristow estaba ya fuera de su funda y le apuntaba.

Pete se dejó caer al suelo del vagón manteniendo las manos en alto. Pete era un tirador rapidísimo, pero es humanamente imposible desenfundar una pistola mientras el contrario tiene ya el dedo en el gatillo.

Bristow «el Halcón», estaba acurrucado en un oscuro ángulo del coche... pero no tan oscuro que Pete no pudiera ver un 45 en su mano derecha.

El cañón se apoyaba firmemente en su antebrazo izquierdo, que mantenía perpendicularmente sobre la rodilla.

Tenía a Pete Rice a su merced, y la expresión de su rostro de búho indicaba que se daba perfecta cuenta de ello.

-¡No bajes las manos! -murmuró Bristow-. ¡Ello puede suponerte un minuto más de vida! Dicen que eres el tirador más rápido del distrito... pero trata de sacar tu pistola y te tumbo hecho un guiñapo. ¿Quieres intentarlo?

Pete Rice sonrió con cierta tristeza.

-Confieso que no -contestó-. ¡Eres muy peligroso con un arma... cuando tu enemigo tiene las manos en alto!

Las siguientes palabras de Bristow « el Halcón» mostraron a Pete un rayo de esperanza. Bristow le odiaba; la expresión de sus ojos lo decía así.

Y ya que le tenía en sus garras, iba a vomitar toda su hiel sobre el odiado enemigo antes de tenderle a sus pies.

-No tengo razones para quererte bien, Pete Rice -dijo-. De no ser por ti, ahora yo sería un hombre rico. ¡Sí, señor... un hombre rico! Por eso voy a excluirte de la partida.

Pete comprendió que era inútil razonar con aquel criminal que le odiaba.

Pero si pudiera entretenerle unos momentos, quizá hubiera una probabilidad... una tenue sombra de probabilidad... de poder cambiar las circunstancias a su favor.

Me has ganado por la mano -confesó Pete-. Pero debo advertirte una cosa. Hay en este distrito trescientas libras de hombre que no descansarán hasta aplastar a mi asesino. Creo que ya le conoces...; es Teeny Butler. Teeny tiene medios de descubrir lo sucedido, y, cuando lo descubra, todo el oro del rancho de «Circle Dot» te va a servir de muy poco.

Bristow se echó a reír.

-¡Crees que me asusta esa montaña con ojos! Afortunadamente tengo una cabeza sobre los hombros, y ya está todo preparado para poner tierra por medio en cuanto tenga el tesoro. Será tan fácil como jugar con una baraja marcada contra un pipiolo, teniendo además seis ases en el borde de mi bota.

-Bien puede ser -contestó Pete-.

Buscaba sólo que pasara el tiempo. El tren seguía avanzando veloz; llegaba hasta allí el angustioso silbido de la locomotora.

Pete se decidió a excitar la curiosidad de Bristow como último recurso para ganar unos momentos.

-¡Deacon Finch tiene también sus planes! -exclamó-. Y cuando Finch ponga en práctica su truco, no quedará para ti oro suficiente para sentarte en una perrera.

El corazón de Pete parecía martillearle en las costillas. El disparo de su insinuación había dado en el blanco.

-¿Conque esas tenemos? -replicó Bristow, furioso-. Deacon Finch no es de mi clase. ¡Ni Trampas, su compañero, tampoco! Y Crimp Horseface y Torneo Salinas ya se guardarán muy bien de hacerme traición. Ahora me dirijo a entrevistarme con ellos. ¡Y cuando la partida termine, ya se verá quién es el amo del oro de «Circle Dot». Y ahora vamos a lo nuestro, Pistol Pete...

Bristow empujó hacia atrás el percusor de su pistola.

Pete Rice movió la cabeza, como en rencorosa admiración ante un cerebro superior al suyo.

-¡Debí suponerlo! -murmuró-. ¡Debí suponer que Bristow «el Halcón» siempre lleva las de ganar en cualquier juego! Tú y yo hemos sido enemigos, Bristow, pero debo hacerte justicia. Yo me he pasado la vida corriendo tras la Ley, y tú huyendo de ella. Cada uno tiene su mérito, y debo confesar que me has aventajado.

Bristow mordió el anzuelo.

-¡Ahora te das cuenta! -rió-. ¡Ahora, que te quedan unos segundos de vida!

-Alguna vez había de ser -confesó Pete Rice bajando la cabeza. La adulación iba a proporcionarle otros cuantos segundos de respiro-. Eres todo un hombre, y no me extraña que hayas conseguido burlar a la Policía de tres Estados.

La lisonja era un poco exagerada, y pudo ver una mirada de recelo en los ojos de Bristow, que seguía con el índice curvado sobre el gatillo de su 45.

-¿Te estás burlando? -preguntó el bandido-. No creas que va a salvarte tanta palabrería.

-Oh, ya sé que de ésta no me escapo -contestó Pete. Todo era ya cuestión de segundos. Si Bristow rozaba el pelo del gatillo, si hacía la más ligera presión, Pete Rice habría terminado para siempre. No había la menor probabilidad de salvarse.

El instinto homicida dominaba ya a Bristow. Sus ojos brillaban como los del gato que ha jugado bastante tiempo con su víctima.

-Ya hemos hablado bastante -murmuró-. ¡Has perdido la partida, Pete Rice. Echó el cuerpo hacia adelante; su dedo índice empezó a curvarse-. Dentro de un segundo...

El vagón se sumió de pronto en densas tinieblas. La pistola de Bristow rugió casi en el mismo instante. Pero aquella fracción de segundo fue lo suficiente para que Pete Rice pudiera tirarse al suelo. El tren atravesaba un túnel. Aquello era lo que Pete Rice había estado esperando durante los últimos segundos, bajo la amenaza de la pistola de Bristow. La estrategia de Pete para ganar tiempo había dado resultado.

Mientras estuvo colgado del costado del vagón, mirando hacia adelante, se dio cuenta de que la vía se dirigía en línea recta hacia la base de una montaña, y que se aproximaba un túnel.

Y durante toda la terrible escena había estado esperándole, anhelando su aparición con todas las potencias de su alma.

¡Bang! El llameante Colt de Pete contestó al desafío de la pistola de Bristow. El sheriff cambió de posición. Adivinaba que Bristow habría cambiado también la suya. Era pues un duelo a muerte entre ciegos.

¡Bang! ¡Ba-a-ram! ¡Spat!

Las explosiones hacían eco a los jadeos del tren dentro del túnel. Los acres gases de la pólvora se mezclaban con el humo sulfuroso del carbón que expelía la locomotora.

Sólo de vez en cuando rasgaba las tinieblas un fogonazo, mensajero del plomo mortífero que iba a incrustarse en las paredes del coche.

Pete disparó otra vez y dio un salto de costado. Del otro rincón del coche surgió un relámpago. En el mismo instante la pistola de Pete rugió de nuevo.

Sobreponiéndose al sordo chung-chung de la locomotora y al eco de la detonación se oyó un grito de rabia y dolor.

Pete había vencido con aquella última bala. Desconfiado, cambió de posición otra vez, agazapándose en un rincón.

Su pistola continuaba levantada, presta a entrar en acción al menor movimiento de su enemigo. Reinó un momento de silencio, sólo interrumpido por el chung-chung de la locomotora y el canto de las ruedas sobre los raíles de acero.

Pete conservaba su sangre fría. ¿Habría su última bala alcanzado a Bristow? ¿Le habría matado? ¿Habría únicamente resultado herido?

Esto último era lo que deseaba Pete. No había sentimientos de venganza en el corazón del sheriff. Siempre lamentaba la necesidad de arrancar la vida a algún ser humano.

Y, además, necesitaba coger a Bristow vivo para poder saber el paradero de Hicks «Miserias».

El tren salió del túnel y la luz inundó de nuevo el vagón. Los ojos de Pete parpadearon deslumbrados.

¡Pero Bristow no estaba ya en el coche!

Había unas manchas sangrientas en el coche, y un ramalazo rojo en la pared.

Pete contempló aquellas huellas con expresión sombría.

¿Habría caído el herido por la puerta del vagón, sufriendo una muerte horrible?

Pete enfundó su arma. La suerte de Bristow era cosa que no podía averiguarse de momento. Pero Pete había ganado otra batalla.

Había salvado la vida por una fracción de segundo. Sus lisonjas habían surtido su efecto, deteniendo la mano del «Halcón» el tiempo preciso.

Pete Rice se aproximó a la puerta del vagón y se asomó al exterior. Por regla general, no era muy hablador; pero aquella vez las palabras le habían resultado a buen precio.

Se hurgó en el bolsillo, sacó una barra de goma y se la introdujo en la boca toda entera.

-Sí, señor -dijo, como dirigiéndose a alguien invisible-, he visto muchos perros a los que era inútil adular; pero no me he tropezado con un hombre a quien no agradasen las lisonjas.

CAPÍTULO 10
EL JINETE GRIS

Como un jirón de niebla gris que se desgajase de las sombras, un jinete apareció al borde de una alta meseta, recortando su silueta contra el fondo iluminado por la luna.

Tres noches llevaba vagando el misterioso jinete por la inhóspita región.

Tenía el sombrero echado hacia adelante, ocultándole el rostro. Sus ropas eran completamente grises, y su cabalgadura -uno de esos caballos que los mejicanos llaman «grulla»- tenía el pelo casi del mismo color.

Caminaba por las barrancas y torrenteras, al abrigo de las rocas, eligiendo caminos extraviados que conducían a oscuros desfiladeros.

Evitaba las cumbres bañadas por la luna siempre que era posible, y sólo se mostraba a campo descubierto cuando no había otro remedio.

Atravesaba ahora un páramo, flanqueado a un lado por una alta meseta y al otro por un erial donde apenas crecían algunos cactos, mezquites y chumberas.

Los pocos arroyos que le cruzaban estaban secos la mayor parte del año.

El misterioso jinete desvió su cabalgadura de la región desértica, y se encaminó hacia el laberinto de desfiladeros, montículos y torrenteras.

Aullaban allí los lobos grises, prestos los colmillos a desjarretar las reses escapadas de sus cercados. Los coyotes lanzaban sin cesar sus gritos ululantes y, de vez en cuando, salía de las tinieblas el alarido de algún animal herido, semejante a un lamento humano. Diseminadas por aquella vasta región, cubierta de pinos y cedros, se veían las solitarias cabañas de los exploradores que recorrían incansables las tierras inmensas que se extendían hacia el Sur.

Era el país de los búhos, donde se escondían los hombres evadidos de la justicia, o se refugiaban los perseguidos por ella, esperando a veces en algún agujero a que cicatrizara el balazo recibido durante la huida.

El jinete gris hizo descender a su caballo por la loma cubierta de cedros y robles tapizados de musgo. Después lo espoleó poniéndolo al galope.

El ruido de los cascos era apenas audible, pues el terreno era blando y estaba cubierto de mantillo y arena.

Al atravesar una barranca, el «grulla» acortó el paso., pero volvió a recobrar su velocidad al desembocar en una llanura cubierta de chaparrales.

Jinete y caballo franquearon después un escarpado picacho, y el camino fue luego ensanchándose hasta convertirse en un fértil valle.

A una milla de este valle se elevaba una solitaria cabaña cercada por un grupo de esbeltos tiemblos.

No había en ella luz, ni se notaba la menor señal de que estuviese habitada.

Pero el jinete refrenó su caballo y se detuvo a escuchar.

Ladró un perro, mas calló en seguida. El jinete no creyó que le hubiese olfateado. La más exquisita cautela seguía siendo la norma de sus actividades.

¡Whoo-oo-oo! ¡Whoo-oo! ¡Whoo-oo!

Un indio no habría podido distinguir si aquellos sonidos procedían de la garganta de un hombre o de un mochuelo.

Habían sido lanzados sin esfuerzo aparente, uno largo y dos cortos, pero en la tranquilidad de la noche debieron oírse a gran distancia.

El perro de la cabaña levantó inmediatamente un ruidoso clamor de ladridos y gruñidos. El jinete esperó. Repitió dos veces más su llamada, un sonido largo y dos cortos.

Y llegó la respuesta.

¡Whoo-oo-oo! ¡Whoo-oo! ¡Whoo-oo!

El jinete fantasma aplicó las espuelas a los ijares del «grulla» y reanudó la marcha. Por lo visto, aquella no era la contestación que esperaba.

Un estrecho desfiladero le sacó del valle, y siguió avanzando trabajosamente otras cinco o seis millas, a través de una abrupta región de ingentes picachos y profundas barrancas.

Brilló a lo lejos la luz amarillenta de una lámpara de petróleo a través de la ventana abierta de otra cabaña, iluminando la figura de un anciano inclinado sobre una estufa.

El jinete fantasma detuvo su caballo al borde del bosquecillo de cedros que rodeaba la choza. Estaba a menos de un cuarto de milla de ella, oculto por los árboles.

Y de nuevo lanzó su lúgubre llamada, tan real que allá en la copa de un pino gigantesco un mochuelo se creyó obligado a contestar al que creía un hermano. El jinete rió por lo bajo.

No tuvo que repetir la señal. El anciano de la cabaña amortiguó la lámpara y salió a la puerta. Un momento después llegaba la anhelada respuesta.

¡Whoo-oo-oo! ¡Whoo-oo! ¡Whoo-oo!

Una vez más el jinete gris hizo un gesto de decepción y siguió su camino.

Una media milla más lejos volvió a divisar una luz, y repitió el canto del mochuelo. No hubo contestación y, desmontando, avanzó lentamente y se asomó a la ventana.

No había nadie en la choza. Sin embargo, su ocupante no podía estar muy lejos. Sobre la caliente estufa cercana a la ventana humeaba un pote de café y hervían unos fríjoles,

El jinete oyó detrás de él el crujido de unas ramas, mientras salía de la oscuridad una orden apremiante:

-¡Arriba las manos!- ¡Y cuidado con las pistolas!

El hombre gris obedeció la orden; no quedaba otro remedio. Un instante después un hombre de anchas espaldas, con un rifle encañonado, salía de entre un grupo de arbustos al otro lado de la cabaña.

-¡Voy a echarte un vistazo! Nada bueno podías estar haciendo aquí, rondando mi cabaña. Retrocede hasta la puerta... ¡pronto! ¡Y si bajas las manos yo te aseguro que no las volverás a levantar!

El cañón del fusil avanzó amenazador obligando al prisionero a entrar en la choza. Cuando la luz de la lámpara iluminó su rostro, el hombre de las anchas espaldas lanzó un silbido de asombro.

-¿Será posible? ¡Pero si es Pistol Pete Rice en persona! Supongo que el sheriff de la «Quebrada del Buitre> habrá venido para apresarme, ¿no es cierto? Pero se han cambiado las tornas... y el sheriff es mi prisionero.

A la luz de la lámpara de petróleo, Pete Rice reconoció en el hombre a un antiguo cliente de las tabernas de la «Quebrada», que se había visto complicado en un robo de ganado y tuvo que huir de la población.

En otras circunstancias, Pete habría considerado como una suerte el tropezar tan inesperadamente con el malhechor, pero ahora una pequeña « V» de disgusto se dibujó en su frente.

Le llevaba a aquellos parajes una misión mucho más importante que la de apresar a un cuatrero. Pero el hombre que tenía ante sí no querría creer semejante historia.

Era un criminal, tenía una conciencia culpable, y Pete Rice era el sheriff del distrito.

-Seguramente te habrás alegrado de verme, Coleman -dijo Pete, riendo.

-¡Me ha hecho muchísima gracia! -replicó el cuatrero, tomando asiento en una desvencijada silla, sin dejar de apuntar con su rifle al pecho de Pete-. Creí oír un mochuelo en la senda y me dije: vamos a ver cuál es el ave con calzones que se atreve a dar serenata por estos alrededores. Pero nunca creí que podría cazar una pieza tan grande.

La imaginación de Pete Rice funcionaba a toda marcha. Si pudiera contar la historia a aquel hombre, y convencerle de que andaba por aquellas montañas en busca del escondrijo de Hicks «Miserias» y sus capturadores, podría concertar una tregua con el criminal para que le dejase ir.

Pero Pete no creyó conveniente compartir su secreto con un fuera de la Ley.

Era mejor dejar creer a Coleman que el sheriff había venido a prenderle.

Pete creía poder derribar de un balazo a aquel hombre antes de que se decidiera a dispararle. Pero esta era también un mal asunto.

La detonación podría ser oída en la cabaña de algún otro criminal establecido en las cercanías. Y Pete tenía que alejarse lo más pronto posible de aquellos lugares, sin llamar la atención.

-Bien, Coleman -dijo, dando a su voz un tono de forzada calma-;reconozco que tienes buenas razones para desear mi muerte, y reconozco también...

Pete dio un salto y sacudió una patada sobre el travesaño de la silla que ocupaba el bandido. Coleman cayó hacia atrás, y acababa apenas de tocar el suelo cuando Pete ya estaba sobre él y le arrancaba el rifle de las zarpas.

Recibió un terrible golpe en la mandíbula mientras tenía las manos ocupadas en mantener el arma fuera del alcance del criminal, pero la luz de la victoria brillaba ahora en sus ojos.

Ya no habría detonaciones que alarmasen a los ocupantes de alguna choza cercana. Arrojó el rifle por encima de su cabeza, y fue a caer sobre el revuelto camastro colocado en un rincón.

Pete se dio cuenta de que tenía que luchar todavía, antes de verse libre. El cuatrero, creyendo en peligro su libertad, se disponía a defenderla.

Era un hombre mucho más corpulento que Pete y le animaba la desesperación. Aún en el suelo, levantó un pie y descargó una patada en la espinilla derecha del sheriff.

Este hizo un gesto de dolor, pero se preparó a recibir al cuatrero, que se lanzaba sobre su garganta.

Coleman, ya en pie, cayó sobre el sheriff como un oso enfurecido.

Pete le descargó un terrible puñetazo con la mano derecha. El golpe tocó al cuatrero por encima de la mandíbula. Colemán se tambaleó, pero consiguió mantenerse en pie.

Oculto en la montaña, viviendo la vida sencilla de la Naturaleza, se había hecho fuerte como un toro.

Tras reponerse un instante, volvió al ataque descargando puñetazos a derecha e izquierda.

Pete retrocedió, esquivando los golpes, y devolviéndolos a su vez. No tenía intención de utilizar las pistolas que llevaba al cinto. Coleman era un hombrachón de doscientas libras de peso, e iba perdiendo la cabeza sin dejar de rugir como un jaguar enfurecido. Pete Rice, frío y sereno, tenía motivos para esperar que la victoria sería suya.

Recibió otro espantoso puñetazo, y la pequeña habitación en que luchaban pareció bailar ante sus ojos. Un segundo golpe le hizo tambalear ligeramente.

Aquel Coleman era un hombre de hierro, formado según las líneas generales del mastodonte Teeny Butler.

EL cuatrero se lanzó a fondo buscando el desenlace. Su brazo derecho se echó hacia atrás cogiendo impulso. Pete Rice le esperó avanzando el puño.

¡Crack!

La huesuda mano de Pete Rice se estrelló contra la mandíbula del cuatrero.

Había puesto todas sus energías en aquel puñetazo, y las doscientas libras de Coleman contribuyeron a la eficacia del choque.

Coleman cayó como águila herida en el corazón. Su rostro se hundió en el polvo del suelo. Estaba fuera de combate.

Pistol Pete Rice no esperó a que recobrase el conocimiento. Llevaba una misión más importante que la de detener a un cuatrero.

Se precipitó fuera de la cabaña, buscó al «grulla» que ramoneaba entre las malezas, y saltó a la silla.

Avanzó a todo galope hacia el Norte. Su próxima parada fue junto a una fuente.

Un pastor de cabellos grises, que dormía sobre una manta bajo las estrellas, levantó la cabeza y emitió la decepcionante respuesta: un grito largo y dos cortos.

Muy hacia el Este, a media milla de allí, Pete se detuvo cerca de un encerradero de ganado. Un hombre achaparrado, de lentos movimientos, dormitaba bajo unos pinos. Su respuesta fue la misma que la de los otros.

Un largo viaje hacia el Noroeste llevó a Pete a las proximidades de una ermita, cuyo ermitaño se ganaba la vida curando mordeduras de serpientes.

Su respuesta hizo pensar al jinete que la dura cabalgada había sido completamente inútil.

Pero dos millas más adelante un trampero salió de su cabaña acudiendo a la llamada de Pete.

Y su respuesta fue ésta: ¡Whoo-oo! ¡Whoo-oo! ¡Whoo-oo!

Tres graznidos cortos. Aquella era la señal que Pistol Pete llevaba tantas noches esperando. El sheriff rascó un fósforo en la suela de su bota, y encendió con él un cigarrillo.

La tenue llama diría al trampero dónde podía conferenciar con él.

Pete se sentó a esperar, latiéndole el corazón de esperanza. Tenía razón para creer que su plan había dado resultado.

AL abandonar el tren de mercancías, poco después de su lucha con Bristow «el Halcón», el sheriff de la «Quebrada del Buitre» había decidido no regresar inmediatamente al poblado.

Se encontraba en una región donde tenía muchos amigos, que posiblemente podrían ayudarle a ponerse en contacto con Hicks «Miserias».

Pete recorrió unas millas a través de los bosques, hasta llegar a la cabaña de un colono clandestino.

El pobre hombre dependía prácticamente de Pete Rice. Allí el sheriff se vistió su equipo gris, siempre preparado para tales casos, y se hizo traer su «grulla», que pastaba en una pradera cercana.

El caballo y el traje fantasma eran utilizados a menudo por el sheriff para sus correrías nocturnas.

Tomando una senda que se dirigía hacia el Sur, Pete conferenció con un viejo explorador -uno de los incontables que él había favorecido- y le ordenó que hiciese correr la noticia de que se dirigía a la caza de los raptores de Hicks «Miserias».

Fue cuestión de horas el que todos los solitarios en cien millas a la redonda recibiesen la notificación de estar al cuidado.

Cada hombre recorría cinco millas hasta llegar a su vecino, éste cubría ocho o diez hasta ponerse en comunicación con el inmediato, y así sucesivamente.

La señal del mochuelo y los métodos para asegurar el misterio no eran cosas nuevas para aquellos veteranos, que proporcionaban con frecuencia informaciones a Pistol Pete valiéndose de aquel procedimiento.

Había sido convenido, como de costumbre, que si alguno tenía alguna noticia que valiera la pena, contestaría a la señal de Pete con tres graznidos cortos; y que si carecían de información se limitarían simplemente a repetir como un eco la llamada del sheriff .

Por eso se sintió Pete tan decepcionado cada vez que esperó en vano la señal de los tres graznidos cortos.

Tan extremadas precauciones eran debidas a los temores del sheriff por las vidas de sus confidentes. Si eran sorprendidos dando informes a la Autoridad, no podían esperar otra cosa que amanecer un buen día en el fondo de una barranca, pues aquella parte del país era frecuentada por hombres sospechosos que se refugiaban allí huyendo de la Ley.

Mientras aguardaba, el fino oído de Pete percibió un roce no mayor que el que hubiera hecho una ardilla o un lagarto.

Pete graznó otra vez, muy suavemente. Un grito idéntico respondió a su señal. Después, silenciosamente, como si calzase mocasines, Pete se deslizó en las sombras al amparo de las ramas.

A los pocos minutos apretaba calurosamente la mano de un barbudo trampero llamado Miller < el Castor».

-No sabes lo que me alegra verte, Castor -musitó Pete-. Tus graznidos me han hecho más bien que una noche de reposo. ¿Tienes alguna noticia, Castor?

-Algunas tengo -contestó el trampero en voz baja-. Si esos bandidos huelen que yo te ayudo, mi vida no valdrá un peso taladrado. Hace dos días que te espero. Cuando Matt Dunster me dijo lo que venías buscando, me puse inmediatamente a trabajar. Un trampero es el único que puede conocer los escondrijos de la montaña. Y yo lo he hecho muy gustoso, porque eres un verdadero amigo de los que vivimos en estas soledades.

-Oh, te lo agradezco -le interrumpió Pete, un poco impaciente. Estaba deseando que el hablador trampero concretase lo que sabía-. ¿Estás seguro de que conoces el verdadero escondite, Castor? ¿Está vivo <Miserias>? ¿Cuántos hombres hay allí? ¿Dónde está el lugar? ¡Habla, hombre!

Pero Miller «el Castor», acostumbrado a la solitaria vida del trampero, nunca había tenido prisa, y no iba a cambiar de carácter en un momento, aunque fuese por su bienhechor. Se echó a reír, y armándose de paciencia.

-Dos bandidos tienen secuestrado a «Miserias» a unas dos millas de aquí -dijo «el Castor», tras largos preliminares-. No me acerqué mucho porque, si me llegan a coger, me habrían asesinado, y a «Miserias» también.

-¿Cómo llegaré allí? -preguntó Pete, con ansiedad.

-No tienes más que atravesar aquel monte, y caminar siempre hacia el Norte hasta que llegues a un arroyo...

-Sí, conozco esa región. Continúa, «Castor».

-Después sigues aguas arriba hasta llegar a la boca de un cañón. ..

-¿El que llaman el «Cañón de la Trampa»?

-Sí, allí está «Miserias». Deben contar con que tú te presentes, Pete, porque han puesto muchas trampas y todo se les vuelven precauciones. Tienen un sin fin de fosos en el sendero, cubiertos con ramajes y tierra. Si caes en uno, no volverás a salir vivo. Y es que saben lo peligroso que eres, Pete, cuando sigues una pista. ¿Recuerdas aquella vez cuando...?

Pete le interrumpió de nuevo.

-¡El escondrijo! -exclamó-. ¿A qué distancia está del Cañón?

-Está en el Cañón mismo -contestó «el Castor»-. Ahora, Pete, por el aprecio en que te tengo, creo que debo aconsejarte...

-Gracias, muchacho -dijo Pete, disponiéndose a montar en su caballo. Las trampas y los lazos no podían asustar a Pistol Pete Rice estando la vida de Hicks «Miserias» en peligro. No tenía más temor... que el de llegar demasiado tarde.

Lo que pudiera sucederle a él, en la cueva de los bandidos, ni llegó a preocuparle.

CAPÍTULO 11
LA GUARIDA DEL LOBO

Dos de los más peligrosos bandidos del Sudoeste descansaban junto a una hoguera, a muchas millas de la «Quebrada del Buitre».

Un tercer hombre, recostado contra una gran peña cercana, estaba atado de manos y pies, y, aunque la guarida distaba mucho de toda habitación humana, le habían amordazado.

Pero la mordaza de Hicks «Miserias» no tenía por objeto impedir que gritase, sino acallar sus constantes improperios y burlas.

El barbero-comisario fue golpeado, y tenía un ojo medio cerrado a causa de un terrible puñetazo, pero no por eso habían arrancado una chispa de agresividad de su cuerpecillo de ciento veinte libras.

-Es un milagro que estos bandidos no me hayan tapado las orejas también -pensaba «Miserias»-. Sin duda, creen que los secretos que entren por mis oídos no saldrán jamás por mi boca.

Para cualquier otro hombre la situación hubiera sido desesperada. Y aun para Hicks «Miserias», que había estado muchas veces próximo a la muerte, el porvenir no se presentaba muy sonriente.

El «Cañón de la Trampa», como llamaban a aquel escondite, merecía tal nombre. Era una estrecha garganta sin salida y de acceso dificilísimo.

Aun después de encontrarla sólo podía entrarse en ella por un extremo, y era necesario deslizarse por una pequeña abertura semejante a una boca.

La forma del «Cañón de la Trampa» semejaba una gran botella. Dos hombres apostados en su cuello, armados de rifles, podían fácilmente mantener a raya a todo un ejército.

«Miserias», recostado contra la roca, fingía dormir. Sus ojos estaban cerrados. Pero tenía los oídos muy abiertos, escuchando lo que decían sus carceleros.

-Deberíamos matar al enano hoy mismo -sugería Snake Trampas-. Después podríamos sacar el oro y huir hacia la frontera.

«Miserias» levantó un párpado, lentamente. El resplandor de la hoguera jugaba con el peludo rostro de Trampas. No había un solo rasgo de inteligencia en aquella cara, pero Trampas tenía un cuello como un toro, y un cuerpo gigantesco y musculoso que, en manos del ladino Deacon Finch, constituía un arma asesina como jamás bandido alguno poseyó.

Snake Trampas ya se habría columpiado de la cuerda haría mucho tiempo de no ser por su despabilado jefe.

La mirada de «Miserias» se posó cautelosamente en Finch. Se leía la doblez en aquel rostro cruel. Iba a saber ahora si Finch consentía finalmente en la escalofriante proposición de Trampas.

Si Finch acedía, la brillante carrera de Hicks <Miserias> podía darse por terminada.

-Lo que tú dices y lo que yo pienso hacer son novillos de diferentes ganaderías -rezongó Deacon Finch, y «Miserias» respiró más tranquilo-. Revuelve ese fuego y pon un pote de café. Y no trates de discurrir, Snake. Te podría estallar una vena de la calabaza que tienes sobre los hombros.

Trampas acercó al fuego la cafetera. Su rostro tenía una expresión sombría.

-Lo que tú tienes que hacer -continuó Finch-, es estarte quieto y dejarme a mí pensar por los dos. Si tuvieras el cerebro de un burro, comprenderías que no podemos ni aproximarnos a « Circle Dot» mientras no descubramos dónde se encuentra el sheriff. Pete Rice no está en Stockdale con el bestia de su comisario, ni tampoco se le ha visto el pelo por la «Quebrada». Indudablemente anda por ahí buscándonos.

Tales palabras llevaron un rayito de esperanza al corazón de Hicks «Miserias». Estando Pete Rice sobre la pista, siempre había una probabilidad de salvarse.

Pero «Miserias» sabía también lo que valía Deacon Finch. Este bandido, de rostro fúnebre y mortecinos ojos, podría haber hecho un brillante papel en cualquier profesión honrada.

Pero prefirió seguir la senda de los sin ley. Los «Edictos» llegados a la oficina de la «Quebrada» daban a «Miserias» una buena idea de su historial como malhechor: asesinato, asalto a un banco, robo de ganado, y otros delitos menos graves.

Deacon Finch tomó una brasa de la hoguera y encendió un largo cigarro mejicano. Era evidente que mandaba allí. Trampas quiso acomodar mejor la cafetera y la derribó sobre el fuego.

-¡Ten un poco más de cuidado! -gritó Finch, frunciendo el ceño-. Por lo menos, que no se diga que ni siquiera sabes poner una caldera al fuego.

-Ah, jefe -rezongó Snake-, tengo buenas razones para no saber lo que me hago. No comprendo por qué un simple sheriff puede ser causa de que estemos en este agujero tanto tiempo.

El largo rostro de Deacon Finch mostró su disgusto.

-No lo comprendes, ¿eh? Ni lo comprenderás. Yo no hablo de un simple sheriff, como tú dices. Hablo de Pistol Rice... que es diferente. Cuando Rice pone el ojo en un hombre, ya puedes decir que ese hombre no gozará de buena salud mucho tiempo. A mí me gustaría depositar unas flores sobre la tumba de Pete Rice... pero hay que atenerse a la realidad. Y la realidad es que Pete Rice sabe detener la mano de un hombre con la pistola a medio sacar metiéndole una bala en la cabeza antes de que la desenfunde por completo. ¿Puedes tú compararte con un individuo como ése? Trata de reflexionar.

-¿Pero, entonces, qué vamos a hacer? -rezongó Snake Trampas.

Deacon sacudió la ceniza de su cigarrillo y escupió.

-¡Oh, ahora ya me haces una pregunta inteligente! Ahora ya se puede hablar contigo. Mi respuesta es que vamos a quedarnos aquí. ¿Para qué piensas que hemos cavado los pozos? ¿Para qué te figuras que hemos colocado los «doodads» en los árboles? Piénsalo bien.

Deacon Finch dejó que trabajase unos momentos la lenta imaginación de su compinche-.

-Entretanto procura que no se te vuelva a derramar el café.

Snake Trampas apañó las brasas alrededor de la oscilante cafetera con el gesto enfurruñado del escolar que acaba de ser reprendido. Una o dos veces abrió la boca para hablar, pero la cerró de nuevo.

Hicks «Miserias» lo había escuchado todo. Volvía a tener esperanzas.

Ahora sabía ya por qué Finch y Trampas le habían abandonado tanto tiempo en el fondo del Cañón. Habían estado trabajando de firme -por una vez en sus vidas- en cavar pozos en el estrecho sendero que Pete, o cualquier otro representante de la Ley, tenía forzosamente que recorrer para llegar a la entrada de su guarida.

Comisario ya hacía cuatro años, Hicks «Miserias» conocía demasiado bien tales trucos. Y sabía, también, por experiencia, lo que significaba aquello que Finch había llamado «doodads».

Eran puntas de flechas indias, afiladas hasta adquirir el corte de una navaja de afeitar, y sujetas a largos palos. Tales armas estaban generalmente lastradas con pesadas rocas atadas a pocos centímetros de las puntas de pedernal.

Un jinete que caminase en la oscuridad no tenía más que tropezar con una cuerda oculta para provocar el desprendimiento de tan infernal artilugio.

Se veía, examinando el rostro brutal de Snake, que el deseo del bandido de seguir discutiendo aquel asunto era lo suficientemente fuerte para desafiar la cólera de Finch. Trampas colocó la ya hirviente caldera en medio del fuego, y levantó la cabeza.

-Queda todavía una cosa, Deacon -dijo con cierto énfasis-. ¿No tendrá miedo Pete Rice, o cualquiera otro, de salir a cazarnos después del aviso que le enviamos?

-Pete Rice no ha tenido todavía miedo de nadie -contestó Finch-. Es decir, -añadió con vanidosa sonrisa- hasta que Deacon Finch llegó a este distrito y tomó baza en el juego. Pete Rice no está en la «Quebrada», ni tampoco en Stockdale. ¿Por qué? Porque está recorriendo el país para encontrarnos. ¡Perfectamente! ¡Déjale que lo recorra! Probablemente encontrará la senda que conduce a este escondite. Y cuando la encuentre..., nosotros le encontraremos a él en el fondo de uno de nuestros pozos. Entonces podremos liquidarle, y a esa media pinta también -señalando a «Miserias»- con toda la tranquilidad del mundo.

Deacon Finch soltó una brutal carcajada.

-¡Bandidos, cobardes, puercos, asesinos! -fue la explosión de insultos que salió de las sombras del peñasco en que estaba recostado «Miserias»-. ¡No sois más que unos coyotes! ¡Unas cochinas sabandijas! ¡Si no estuviese atado, os arrancaba a los dos el corazón!

Hicks «Miserias» había roto la mordaza, y se estaba despachando a su gusto, con la fluidez de lenguaje que sólo puede concebirse en un barbero.

Después cogió una piedra entre sus pies amarrados, y, con un violento retorcimiento de su cuerpecillo, la lanzó al aire.

La piedra fue a caer precisamente en el interior de la cafetera. El hirviente líquido salpicó el rostro de Snake Trampas. Trampas se echó hacia atrás, vomitando blasfemias.

Hay ocasiones en que el hombre debe saber contener su bravura, cuando es prudente ser más discreto que valiente. Pero los dos defectos capitales de Hicks «Miserias» eran la falta de iniciativa y la temeridad.

Una vez lanzado a la pelea, ya no sabía detenerse.

-¡Ya os enseñaré yo a poner trampas a los hombres, miserables! -rugía-. Tu rostro parecerá más humano cuando yo te lo arregle a puñetazos! ¡A ti te lo digo, oreja de asno, ojos de culebra... !

Snake Trampas se puso en pie de un salto. Ningún hombre se imagina tan feo como lo ven los demás, y Trampas tenía sus pretensiones de guapo.

El gesto que puso al oír tales insultos habría hecho enmudecer a otro que no fuese el temerario barberillo.

-No tomes en cuenta lo que dice esa víbora -intervino Finch, conciliador.

-Espera un momento, que voy a hacer callar para siempre a este curandero -rugió Trampas.

-Esa es la verdadera palabra -vociferó Hicks-. Tienes miedo de luchar conmigo, si no ya te habría curado yo todas tus < miserias> .

-Ya te estás callando -ordenó Finch, amenazador-. ¿O quieres que te apliquemos a la espalda la marca de nuestra ganadería?

-¡Atreveos! -desafió «Miserias»-. ¡Cuando miro los morros de Snake Trampas me convenzo cada vez más de que el hombre desciende del cerdo! Soltadme las manos y...

Pero Snake Trampas ya no podía aguantar más, y su mano se posó sobre la pistolera. Un instante después, su 45 vomitaba una llamarada rojiza.

Sólo su furia salvó a Hicks «Miserias». La bala fue a estrellarse en la roca, y una lluvia de fragmentos de granito cayó sobre él.

Uno de ellos fue a clavarse en la mejilla del diminuto comisario.

Deacon Finch se encaró, airado, con su compinche.

-¡Detente! ¿Estás loco? ¡Puede oír alguien los disparos! ¡No hagas tonterías, Snake!

Snake Trampas conservaba la serenidad suficiente para darse cuenta de cierto tono de debilidad en la voz de su jefe. Deacon Finch no se había abalanzado sobre él para arrebatarle la pistola. Era que le tenía miedo.

-¡Suelta esa pistola! -suplicó Finch otra vez-. Ten en cuenta...

-¡Al diablo con tus consejos! -rugió Trampas. Deacon Finch ya no le inspiraba el menor temor. Volvía a ser el Snake Trampas de otros tiempos.

Un hombre feroz. Deacon Finch podía tener talento, pero no era lo bastante fuerte para hacerle frente.

-¿No comprendes que pueden oír las detonaciones? -insistió Fínch-. Vamos, Snake, sé buen muchacho, y déjalo para otra ocasión.

La despreciativa respuesta de Snake fue volver a encañonar a «Miserias» con su pistola. Antes, la rabia había hecho temblar su mano, pero ahora se sentía completamente tranquilo.

-¡Le voy a matar ahora mismo! -dijo enfáticamente-. Snake Trampas sabe muy bien lo que se hace.

-¡Seguro! -¡Dispara ya! -gritó «Miserias», disponiéndose a morir sin cesar en sus insultos.

No era un acto de fanfarronería ni de temeridad inconsciente. El locuaz barbero-comisario no le temía a la muerte. Y sabía que si al vengativo Trampas se le dejaba un segundo para reflexionar, sólo abandonaría el gatillo para pensar en la tortura.

Y a la tortura sí que le tenía miedo Hicks «Miserias». Sentía vergüenza anticipada pensando en el grito de clemencia que pudiera arrancarle el dolor.

Pedir clemencia a Trampas era lo último que deseaba hacer en este mundo.

Una mueca cruel contorsionaba ahora el rostro de Snake.

-Conque ojos de culebra, ¿eh? -repitió con fingida sonrisa. Era evidente que los insultos de «Miserias» habían herido su vanidad-. Pues ahora vamos a ver la cara que pones tú después que te meta esta bala en...

¡Whoo-oo-oo! ¡Whoo-oo! ¡Whoo-oo!

La extraña llamada sobresaltó a Deacon Finch. Se atrevió, pues, a agarrar el brazo de Snake y hacerle bajar el arma.

-¡No puedes disparar ahora, Snake! ¿No has oído?

-¿Y por qué no voy a disparar? -vociferó el asesino-. ¿Vas a tener también miedo al graznido de un mochuelo?

-¡No es eso! -replicó Deacon Finch-. Déjame llevar este asunto, Trampas. Nunca te ha ido mal siguiendo mi consejo. Vamos, haz lo que te digo.

Hicks «Miserias» estaba temblando... pero de alegría, no de temor. ¡Qué bien conocía él aquel grito! De pronto su rostro se ensombreció.

La señal había venido de lejos, de más allá de la boca del Cañón. Pete estaba cerca, pero lo mismo hubiera dado que se encontrara en la China, pues Snake Trampas insistía en su propósito homicida con una obstinación digna de mejor causa.

-¡Nadie tiene que decirme a mí lo que debo hacer! -dijo jactanciosamente.

Snake Trampas echó a un lado a Deacon Finch. La pistola de Snake miró otra vez a «Miserias» con su frío ojo de acero.

¡Crasssh!

A la entrada del Cañón se oyó el ruido de un cuerpo al caer. El relincho de un caballo se unió al grito de dolor de un ser humano. Aquello sólo podía tener una explicación, y Deacon Finch la encontró en seguida.

-¡Ven conmigo, Snake! -gritó a su estúpido compinche-. Ha caído pieza en una de nuestras trampas, y te apuesto un saco de polvo amarillo a que es Pete Rice. El oro ya es nuestro ahora. Repica las espuelas, Snake. Si no acudimos en seguida, puede escapársenos. Más tarde le ajustaremos las cuentas al rapabarbas. Será más divertido arrancarle el pellejo que despeinarle de un tiro.

Los turbios ojos de Snake Trampas brillaron. Una idea empezaba a formarse en su cabeza vacía. Desapareció su testarudez. Su 45 dejó de encañonar a «Miserias», pero lo conservó en la mano mientras corría siguiendo a Finch en la oscuridad.

CAPÍTULO 12
LA FLECHA ROTA

A Hicks «Miserias» se le cayó el corazón a los pies. Como Deacon Finch había sugerido a Trampas, los dos bandidos se ocuparían de él más tarde; le pegarían un tiro o le torturarían.

Esta última idea fue la que hizo brillar los ojos de Snake.

Pero las preocupaciones del pequeño comisario no se referían ahora para nada a su persona. Toda zozobra respecto a su seguridad quedó barrida de su mente al oír aquel ruido sordo de cuerpo que cae.

Pete Rice estaba cogido... cogido como un oso entre las mordazas de acero de un cepo. «Miserias» sabía demasiado bien que aquellos pozos eran a menudo tan profundos, que un hombre montado podía caer en ellos y romperse la espina dorsal. Pero aunque Pete no hubiese resultado tan gravemente herido, Deacon Finch y Snake Trampas se encargarían de hacer lo necesario.

Le acribillarían a tiros rematándole como un cazador de pieles remata a las piezas que caen en sus lazos.

«Miserias» se estremeció. Finch y Trampas debían estar llegando al pozo.

El diminuto comisario esperaba oír de un momento a otro la detonación que pondría fin a la vida de Pete Rice.

No había salvación. «Miserias» no podía utilizar la hoguera para deshacerse de sus ligaduras, pues éstas eran de cuero crudo, y sus carnes se quemarían antes de que la llama prendiese en el cuero.

El pensamiento de que el jinete caído en el pozo pudiera ser Teeny Butler cruzó un momento por la imaginación de Hicks «Miserias».

Aquello sería también una gran desgracia. Teeny Butler y Hicks «Miserias» se insultaban a veces sin compasión.

-¡Maldito cañamón! -llamaba Teeny a Hicks.

-¡Estúpido elefante! -solía responder «Miserias», pero siempre había bajo sus palabras una nota de afectuosa cordialidad.

Habían sido camaradas. Pete Rice no les habría nombrado sus comisarios de no haber sido así.

-Cuando intervengo en una pelea -acostumbraba Pete a decir-, quiero que los que están a mi lado sean mis amigos. Luchan así más duramente..., y me hacen luchar con más valor a mí. Las personas son como los perros, sin que ello signifique ofensa, pues he visto perros mucho más dignos de aprecio que los seres humanos. Siento piedad por todos los perros

hambrientos. Pero no puedo ocuparme de todos. Un individuo no puede ser como Atlas, que llevaba todas las miserias del mundo sobre los hombros. Yo alimento a mi perro, y con eso cumplo con mi deber. El hombre no puede ser camarada de todos sus semejantes.

¡Camaradas! Eso es lo que habían sido Pete Rice, Teeny Butler y Hicks «Miserias». Entre ellos habían existido los más grandes lazos que pueden unir a los seres en camaradería: la profunda comprensión que sólo reina entre los hombres que han compartido la zozobra de los grandes peligros.

-¡«Miserias»!

La palabra fue como un susurro, apenas más perceptible que el roce de una hoja agitada por la brisa. El comisario se revolvió entre sus ligaduras, como si le hubiese picado una víbora.

Su rostro resplandeció como el del acusado que acaba de oír el veredicto de «no culpable» pronunciado por sus jueces.

-¡Patrón! -exclamó «Miserias» con voz ahogada-. ¡Ah, patrón! ¿Es que me he vuelto loco? ¿Es que estoy delirando antes de morir.

Un instante después creyó, en efecto, volverse loco... loco de alegría. La figura de Pete Rice surgía de la sombra proyectada por el peñasco.

El sheriff se agazapó junto a «Miserias», y su cuchillo de monte cortó rápidamente las ligaduras del comisario.

-¡Con sólo verte se le curan a uno todas las «miserias»! -exclamó el barberillo-. ¡Creí que habías terminado! Todavía no puedo convencerme de que no eres un fantasma. ¡Deja que te pellizque, patrón!

«Miserias» unió la acción a la palabra, y el sheriff le correspondió con un cariñoso puñetazo, pequeña muestra de amistad que hizo tambalearse a «Miserias» sobre sus pies.

Pete quería ser moderado, pero no siempre se daba cuenta de la fuerza almacenada en su musculoso cuerpo.

«Miserias» se agarró al brazo de Pete y logró conservar el equilibrio.

-¿Pero cómo lograste salir del agujero, Pete? ¿Tienes alas? Supongo que tu caballo se habrá roto el cuello, pero por ahí anda mi pobre ruano, que podrá cargar con doble peso por una vez.

Pete sacó al barbero del círculo de luz de la hoguera.

-No he caído en ningún agujero -contestó-. Pero sí una gran roca... con mi ayuda. Después hice relinchar a mi caballo clavándole las espuelas y tirándole de las riendas. Me dolió hacerlo, pero era preciso fingir algo que pareciese real. Según he visto, esos miserables se apresuraron a cobrar la pieza.

-Tenemos que darnos prisa, patrón -dijo «Miserias»-. Aquí tienes otra vez a tu comisario recién salido de la tumba, como si dijéramos. ¿Qué hacemos ahora?

El sheriff se desciñó una cartuchera que llevaba de repuesto, de la que pendía un soberbio 45, y se la entregó a Hicks.

-Podríamos cazar a esos bandidos cuando regresen aquí -dijo pensativo-.

Pero mi caballo quedó allá afuera, oculto entre los árboles, y acaso le descubran por casualidad. Entonces no tendrán más que saltar a sus caballos, espantar el mío, y huir a todo galope. Mejor será que salgamos de aquí, y echaremos el lazo en otra parte a esos coyotes.

Apuntaba la aurora. Su luz grisácea les permitía distinguir el camino, pero reinaba aún suficiente oscuridad para ocultar sus movimientos.

Siguieron avanzando muy lentamente. Los bandidos ya deberían haber descubierto que habían sido burlados; probablemente estarían buscando a Pete por entre las malezas que rodeaban los pozos. De ser así, lo hacían silenciosamente. Sin duda se habían dado cuenta de que ellos podían también caer en una emboscada.

Hicks «Miserias» era el mismo comisario audaz y nervioso de siempre. Se empeñaba en mantenerse al nivel de Pete Rice, quien no cesaba de aconsejarle se quedase atrás, hasta llegar a cierto punto de la senda en que su posición relativa sería indiferente.

En aquellos parajes tan cubiertos de vegetación, los bandidos lo mismo podrían atacarles por detrás que por delante.

El Cañón se iba ensanchando. Pocos minutos después los rayos del sol se filtrarían por entre las ramas de los pinos.

Las ardillas parloteaban en las ramas más altas, pero los otros habitantes del bosque permanecían silenciosos; el olor a hombre era algo odioso, que les avisaba el peligro.

Recorrieron cincuenta yardas, un centenar, sin percibir el menor ruido, ni el más insignificante movimiento entre las malezas. Siguieron avanzando en silencio, evitando hasta las más pequeñas ramas, esquivando las agujas de los pinos con tal cuidado, que un gato montés no se habría despertado advertido de su presencia.

Sus penosos esfuerzos por no turbar el silencio del bosque fracasaron de pronto ante un accidente imposible de prever. «Miserias» tropezó contra algo oculto en la hierba.

Instantáneamente se desgajó de lo alto una larga lanza terminada en una punta de flecha lastrada con un pedazo de roca.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Por tres veces el 45 de Pete Rice escupió fuego y plomo. Una de las balas, por lo menos, posiblemente dos, cortó la lanza por debajo del pedazo de roca.

El pedrusco dio a «Miserias» en la espalda, dejándolo sin sentido. Pero la rápida acción de Pete había salvado su vida.

Si el sheriff no hubiese cortado tan a tiempo la lastrada extremidad del arma, la punta de pedernal se habría clavado en el pecho del comisario.

«Miserias» había tropezado con una larga tira de cuero atravesada en el sendero. Una cuerda oculta unía la tira a la lanza colgada del árbol.

El menor movimiento del cuero dejaba libre el arma, que era una de las varias destinadas a Pete Rice.

De pronto, una bala arrancó la corteza de un pino, a una pulgada del hombro de Pete. El disparo provenía de la entrada del Cañón. Los bandidos iniciaban el ataque. Pete se aprestó a la defensa. No podía ver a los malhechores, pero su oído estaba adiestrado para localizar los sonidos. Sembró de balas la sección de donde provenían las detonaciones, pero evidentemente sin resultado, pues los dos bandidos continuaron el trágico dúo con sus pistolas.

El sheriff recargó sus Colts, e inmediatamente volvieron a ladrar en sus manos. El huracán de plomo encontró un blanco antes de que se agotasen las municiones, pues se oyó un grito revelador de que uno de los bandidos estaba herido.

No debía ser cosa grave, sin embargo, pues conocía demasiado bien el escalofriante alarido del hombre herido de muerte.

Pete cargó una vez más sus pistolas. Avanzó de árbol en árbol, tratando de descubrir a sus enemigos a través de la espesura.

De pronto, sonrió comprensivo. Se oía un rumor que se alejaba cada vez más. Los bandidos habían olido ya bastante el humo de las pistolas de Pete e iniciaban la huida.

Pete corrió con toda la rapidez que le permitían las densas malezas. Se oía el galopar de unos caballos. Hubiera sido inútil intentar perseguirles.

Sus cabalgaduras estaban frescas, mientras que su «grulla» había recorrido treinta duras millas desde el anochecer. Y, además, Hicks «Miserias» necesitaba cuidados.

Encontró a «Miserias» sentado en el suelo, haciendo muecas de dolor, pero lleno de coraje. El 45 que Pete le había dado humeaba aún en su mano izquierda.

-Tenemos que perseguir a esos coyotes, Pete -gritó un poco débilmente-. Si puedes traerme mi potro, creo que podré sostenerme.

-Sosiégate, «Miserias» -le interrumpió Pete-. Los coyotes nos llevan una buena delantera a estas horas. Pero no les hemos visto las jetas por última vez..., y tampoco será ésta la última que ellos vean las nuestras.

-De todos modos, ¿no podríamos intentar perseguirles? -insistió <Miserias>

-¿Por dónde? -preguntó Pete-. Ni siquiera sabemos la dirección que han tomado. Claro que podríamos buscar sus huellas, pero eso exige tiempo. Tranquilízate, compañero. Los caballos utilizan los cascos, y los hombres las cabezas para conseguir lo que desean. Primero nos trazaremos un plan, y después le pondremos en práctica. ¡En marcha hacia la «Quebrada»!

CAPÍTULO 13
EL RANCHO DE "CIRCLE DOT"

A una milla al Sur del rancho de «Circle Dot», y posiblemente al doble de esa distancia al Norte de la «Quebrada», había una colina que corría de Este a Oeste. Estaba cubierta de gigantescos pinos que, según se decía, contaban algunas centurias. Era propiedad particular, y pertenecía a una familia desde que los primeros blancos se establecieron en Arizona.

Eso explicaba por qué los gigantescos pinos habían escapado al hacha de los leñadores.

En la copa del árbol más alto se había instalado Pete Rice en cuclillas. Su mano izquierda rodeaba el tronco para sostenerse, y en la derecha esgrimía un pequeño catalejo de lentes poderosos.

Sobre sus rodillas descansaba un rifle de largo alcance.

Sobre aquel nido de águilas, los ojos alerta de Pete se aplicaban de vez en cuando al catalejo, explorando toda la comarca, y fijándose particularmente en el rancho de «Circle Dot».

Pete tenía la esperanza de que Deacon Finch y su compinche visitasen el abandonado rancho. No pensaba disparar contra ellos caso de aparecer.

Únicamente quería descubrir dónde estaba enterrado el oro. Se había trazado este plan, y le parecía tan bueno como cualquier otro.

En cuanto los bandidos empezasen a cavar, el sheriff sabría todo lo que necesitaba. Les asustaría entonces con unas balas, convenciéndoles de que se imponía un cambio de escenario.

Y más tarde, asegurado ya el oro, no costaría trabajo seguirles las huellas hasta donde fuera preciso.

No era el temor a un ataque lo que le había hecho elegir tan alto observatorio, y a tanta distancia del rancho. Pete Rice sabía que el pájaro no vuelve a su nido cuando el enemigo está cerca... y Deacon Finch sería, por lo menos, tan prudente como un pájaro.

De vez en cuando enfocaba su lente hacia un grupo de chaparros, a un octavo de milla de allí, donde pastaban tres caballos.

Eran Sonny, su alazán, y las dos cabalgaduras de Teeny Butler y Hicks «Miserias». Teeny había regresado de Stockdale avisado por telégrafo.

Había quedado convenido que a la primera señal de algo interesante en el rancho, Pete agitaría un pañuelo desde la copa del árbol. Entonces Teeny y «Miserias» se aproximarían al galope, trayendo el alazán de Pete, para intentar llegar a tiempo de capturar a los merodeadores.

Pero pasó hora tras hora y «Circle Dot» seguía desierto. Pete Rice tenía el don de la paciencia, sin embargo. Sabía que tenía que habérselas con un hombre inteligente y de una astucia diabólica.

Deacon Finch no haría nada que no estuviese bien planeado. Y el transporte de un pesado tesoro exigía precauciones extraordinarias.

Aquel oro enterrado era realmente un aliado de Pete Rice, una especie de comisario inerte. Él evitaría una rápida huida de los asesinos de Jake Frith, que no intentarían abandonar la región sin tener en su poder la ambicionada riqueza.

Allá entre los chaparrales esperaban Teeny Butler y Hicks « Miserias», dispuestos a entrar en acción a la primera señal de Pete Rice. Si llegaba a oscurecer, Pete encendería una tea de pino, pero sólo un momento.

Ambos comisarios esperaban con los ojos abiertos. Pero esto no les impedía dedicarse a sus pasatiempos favoritos.

Hicks <Miserias> charlaba por los codos. Y Teeny Butler se atracaba de comida. Tenía entre las zarpas las patas de un pollo entero, asado por Wu Hu, el cocinero chino del Hotel Arizona.

-¿No quieres probar un pedazo? -preguntó el corpulento individuo a Hicks <Miserias>, arrancando un bocado de un muslo y relamiéndose con delicia-. ¡Está riquísimo! Jamás guisó Wu Hu nada mejor. ¿Quieres un poco?

-Te estás volviendo muy educado -rezongó «Miserias». Otra vez estaban enzarzados. Cada uno habría arriesgado su vida por el otro, pero disfrutaban insultándose mutuamente de una manera fraternal.

-El ser cortés no está al alcance de todo el mundo -replicó Teeny-. De veras que esto está riquísimo.

-Pues no hace una hora que te comiste un montón así de chuletas -le acusó «Miserias»-. Te sentirías mucho mejor, compañero, si Wu Hu no te diese tantas porquerías. Conozco un individuo al que corté el pelo hará un mes o cosa así. ¿Sabes cómo cogió su «miseria»?

El barbero no esperó la contestación, que Teeny, por otra parte, estaba en la imposibilidad de dar, teniendo la boca llena-. Pues cogió su «miseria» por atracarse como tú -continuó Hicks-. Algún día llegarás a pesar trescientas libras, Teeny, y tendrás que tomar toda clase de medicinas. Deberías levantarte de la mesa siempre hambriento. Eso es lo sano.

Teeny se tragó un bocado gigantesco.

-¡Eso del hambre, para tu abuela! -exclamó-. Además, a nadie le importa si yo como o dejo de comer.

-¡Eres incorregible! -se lamentó el pequeño comisario-. Muy bien. Por mí cómete hasta tu cabeza. ¡Come, come; peor para ti!

Y así transcurrió una hora. La luna apareció sobre el horizonte. El banquete de Teeny había terminado, pero la charla de «Miserias» tenía trazas de no acabarse.

Habló de todos sus remedios, y discutió acaloradamente con el mamut de Teeny, pero cada pocos segundos sus azules ojos de irlandés se fijaban en el pino gigantesco donde Pete Rice tenía su observatorio.

Y no acababa de recibirse la señal.

Desde la alta percha de Pete las luces de la «Quebrada del Buitre» ponían en el cielo resplandores escenográficos. «La Quebrada» era un buen pueblo; el corazón que regulaba la vida en un área de cincuenta millas a la redonda.

Había en él gentes que se enriquecían, y ninguna que se muriese de hambre.

Pete Rice se cuidaba de eso. El que acudía a Pete Rice a exponerle sus apuros económicos nunca se marchaba con las manos vacías.

Algunos decían que los métodos empleados por Pete para proporcionarse fondos para sus caridades eran a menudo grotescos, y, a veces, hasta ligeramente ilegales.

Pero Pete era amigo de todos los habitantes de la «Quebrada»... salvo alguno voluntariamente colocado al otro lado de la Ley... y nadie se habría atrevido a reprochárselo.

«La Quebrada del Buitre» era como una criatura traviesa, necesitaba de severidad y disciplina. El cargo de sheriff daba allí mucho que hacer... Si la población quedase sin ley un sólo mes, acudirían a ella renegados de todas partes, como ganado sediento al arroyo.

Pete Rice distribuía la justicia sin favor, pero siempre daba a un hombre su oportunidad, si ese hombre demostraba que era capaz de regenerarse.

Pero no eran las pendencias lo que más daba que hacer al batallador sheriff.

Su verdadera preocupación eran los cuatreros, que robaban rebaños enteros de ganado; los merodeadores, que saqueaban las cercanas minas de rico mineral; los contrabandistas de chinos, los ladrones de bancos, y los tahúres, capaces de marcar toda una baraja ante los ojos confiados de los novicios.

Pero el cargo de sheriff lo era todo en la vida para Pete Rice.

Se sentía orgulloso de su misión, de su ciudad, y de sus leales comisarios.

El cargo tenía también sus cosas desagradables, claro está.

A Pete le lloraba el corazón cada vez que tenía que derribar a un criminal de un balazo. Pocos hombres han nacido malos, y la mayor parte de los criminales han llegado a serlo debido a las circunstancias.

Tales pensamientos ocupaban entonces la imaginación de Pete Rice, pero no por eso descuidaba el mirar por el catalejo a cortos intervalos.

Había una luna espléndida y se podía ver a considerable distancia. Pero seguía sin notarse la menor actividad en el rancho de « Circle Dot».

Pete abandonó el catalejo una vez más, y miró distraídamente hacia la «Quebrada». Había un resplandor rojizo en el cielo, como si alguno de los colores de la puesta de sol colgase todavía de la negra bóveda del firmamento.

Había siempre como una soflama flotando en el aire de la noche sobre las luces de la «Quebrada», pero aquella vez era un resplandor. Pete se rascó la angular mandíbula con el catalejo, y después aplicó un ojo a la lente. Una nube de chispas se elevaba hacia el cielo.

¡Había fuego en la población!

Las chispas surgían aproximadamente de la parte ocupada por el Hotel Flagstaff. Pocos huéspedes se alojaban allí; la mayoría prefería el Arizona Hotel, que sólo era de dos pisos, pero que ocupaba más espacio, tenía más amplias habitaciones, y contaba con Wu Hu como cocinero incomparable.

Pero el propietario del Flagstaff luchaba todavía defendiendo su negocio.

Era de Flagstaff, Arizona, y había hecho un anuncio algo original por medio de un asta de bandera que se elevaba cincuenta pies sobre el tejado del hotel.

Era un edificio de tres pisos, de la época de los buscadores de oro. Cada tabla, carcomida por el tiempo y calcinada por el sol, era como yesca que convertiría el edificio en un infierno cuando el fuego prendiese en él.

Pete silbó por lo bajo. Había discutido con el concejo durante meses enteros para que se derribase el viejo hotel, y en aquel momento la catástrofe le daba la razón.

A través del catalejo, Pete pudo ver que las llamas lamían ya el primer piso.

El Flagstaff era un edificio aislado y, con tal que no hubiese habido víctimas, podía considerarse como una suerte el que terminase su carrera.

Pero un grito de espanto se escapó de la garganta de Pete al volver a enfocar la lente sobre la descomunal hoguera.

El rifle casi se le cayó de las rodillas. Una mujer, asomada a una ventana del tercer piso, agitaba frenéticamente los brazos hacia la multitud que se había ido congregando en la calle.

Todo el piso de abajo estaba ya envuelto en llamas, quitando toda probabilidad de salvarla desde el interior. Los muros incendiados impedían también la utilización de una escalera portátil por la parte de afuera.

¿Por qué no se les ocurría el empleo de mantas a las personas que estaban en la calle? Una docena de hombres podrían sostenerlas fuertemente mientras la mujer saltaba a ellas.

La infeliz quizá se dislocase algún miembro, pero no moriría abrasada.

De pronto, Pete Rice vio algo que le hizo considerar lo que le había llevado a «Circle Dot» como una nimiedad comparado con aquello. La mujer alzaba entre sus brazos a una criatura, que mantenía fuera de la ventana para que no respirase el aire envenenado por el humo.

Aquello ya fue demasiado para Pete Rice. Encendió una cerilla y la dejó brillar un momento.

Se guardó el catalejo en el bolsillo posterior de los calzones, y dejó el rifle apoyado entre unas ramas. No era aquélla ocasión de llevar el estorbo de un arma tan voluminosa.

Pete Rice se dispuso a bajar a tierra, descolgándose de rama en rama con la segura agilidad de una ardilla. No lo habría hecho con más rapidez si se hubiese arriesgado a saltar desde la copa.

Desde la rama inferior hasta el suelo había una distancia de unos veinticinco pies. Pete había utilizado un lazo para trepar al árbol, pero entonces prescindió de la cuerda y se dejó caer.

Llegó a tierra sin sufrir daño alguno, aminorada la violencia del choque con la flexión de muelle de sus rodillas.

Ya se oía a Teeny y a «Miserias», que corrían hacia él sobre sus potros. Un momento después aparecía la pareja al galope.

-¿Qué sucede, patrón? -preguntó «Miserias»-. ¿Llegó por fin la hora de presentarnos al rancho?

-A donde vamos es a la «Quebrada» -contestó Pete-. El Flagstaff está ardiendo y hay personas aprisionadas en el piso de arriba. ¡En marcha, muchachos!

Pete saltó a lomos de su alazán sin ayuda de los estribos. Sus espuelas hirieron los costados del caballo, y un instante después volaban todos hacia la «Quebrada del Buitre».

Un incendio no era asunto que correspondiera a un sheriff. Pero Pete Rice no era un sheriff como otro cualquiera.

CAPÍTULO 14
EL VERDADERO VALOR

Hombre más bondadoso para los animales que Pistol Pete Rice no existió jamás. Pero en aquella ocasión no perdonó sacrificio a su cabalgadura.

Una vida humana estaba en peligro. Sonny, su alazán, tendría que sufrir el arañazo de sus espuelas. Ya le mimaría más tarde.

El noble bruto, poco acostumbrado al acero, rompió en loca carrera, que pronto dejó atrás a los potrancos de los comisarios.

Pete se apartó del camino, y tomó un atajo que acortaba considerablemente la distancia a la población.

-Vamos, Sonny, querido -apremiaba Pete-. ¡Corre, corre!

Y Sonny corría. Franqueaba arroyos como un ciervo perseguido. Saltaba macizos de mezquites, en lugar de rodearlos. Sus ojos echaban lumbre.

Sus orejas se tendían hacia atrás. Se dilataban sus fosas nasales. Los bellos músculos se distendían incansables bajo la satinada piel.

Cuando desembocaron en la calle principal de la «Quebrada», Teeny y «Miserias» no estaban aún a la vista.

La confusión en la calle principal era la que Pete esperaba. Los ciudadanos corrían de acá para allá sin orden ni concierto.

El humo salía a borbotones por las ventanas del tercer piso del Hotel Flagstaff; las llamas lamían ya el segundo. La planta baja era como un horno rugiente.

No había borrachos en la calle. Los parroquianos del «Descanso del Vaquero» se habían ido serenando a la vista de aquel espectáculo.

Los hombres trataban de combatir el fuego con la única manguera de que disponían, pero las llamas alcanzaban cada vez mayor altura.

Las balaustradas de la galería delantera se habían derrumbado. Era sólo cuestión de minutos el que todo el edificio se viniera abajo.

Algunos hombres habían intentado penetrar en él. Varios permanecían tumbados en la calle, desvanecidos por el humo.

Otro había logrado subir por una escalera de mano, pero al echarse hacia atrás esquivando una llamarada, había caído desde lo alto, y le llevaban al «Descanso del Vaquero» con una pierna rota.

Otras varias personas sufrían quemaduras ocasionadas por la lluvia de ascuas y cenizas.

No había un segundo que perder, y Pete Rice entró en acción inmediatamente. Su penetrante mirada abarcó la escena de un golpe.

El edificio de dos pisos de los «Almacenes de la Quebrada» estaba situado frente al Hotel incendiado. Pete se dirigió a un grupo de hombres.

-Traedme la escalera más larga que encontréis, muchachos. Y apoyadla contra el muro del almacén. ¡Pronto!

Varios hombres corrieron en busca de la escalera, y a poco volvieron con ella, colocándola como se les había ordenado.

Pete comenzó a trepar, pero aun se volvió para dictar una orden.

-Necesito que una docena de hombres me acompañe al tejado. Que uno me traiga el lazo de mi silla... y otra cuerda cualquiera. Que todo el mundo tenga sus pistolas cargadas y dispuestas a disparar. ¡Daos prisa, muchachos! ¡No hay instante que perder!

Siguió trepando por la escalera. Estaba ya en el tejado del almacén cuando sus dos comisarios entraron a todo galope en la calle.

Pete se asomó al borde del tejado, haciendo altavoz de sus manos.

-¡Hi, «Miserias! ¡Y tú, Teeny!, ¡Desalojad la calle frente al hotel! ¡Que se aparte la gente para evitar desgracias!

Pete volvió a la escalera, por la cual ya trepaba un joven cowboy con su lazo.

-Dame la otra cuerda también -le ordenó-. Y que suba un buen tirador con un rifle.

Se retiró del borde del tejado y empezó a enrollar la larga cuerda. Cuando la tuvo enrollada, la colocó junto a la chimenea de ladrillos del almacén.

Su penetrante mirada midió la distancia que le separaba del Flagstaff Hotel.

El mástil que le daba nombre se elevaba cincuenta pies sobre el tejado. El lazo de Pete medía sesenta pies. Servía para cruzar la calle, y aun sobraba cuerda, pero resultaba algo corto para alcanzar el extremo superior del mástil.

Era preciso cortar el enorme palo a una altura que estuviera al alcance del lazo, pero fuera, sin embargo, del zarpazo de las llamas.

Los hombres requeridos iban trepando al tejado. Necesitaba una docena, pero se presentaron lo menos veinte.

-Colocaros siete u ocho a mi lado. Tened preparadas las pistolas, y me las iréis entregando a medida que yo os las pida.

Pete desenfundó una de sus armas. ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! Sus primeros disparos fueron lentos y espaciados. Vaciado el cilindro, empuñó la otra pistola que le pendía de la cintura.

Los seis disparos siguientes semejaron un tableteo de ametralladora.

No había comunicado a nadie su plan. Los hombres del tejado observaban su extraña acción, asombrados y silenciosos.

-¡Nunca me imaginé que Pete pudiera volverse loco por una pequeña emoción! -comentó en voz baja uno de los hombres.

Pete empuñó el 45 que un cowboy le entregó. Y otra lluvia de plomo cortó los aires. Un alegre griterío surgió de los hombres entonces.

Ya estaba claro lo que se proponía hacer Pete Rice.

Sus primeros disparos habían arrancado un cuarto de pulgada del mástil, a una altura de unos quince pies del tejado. Su puntería era asombrosa.

A medida que vaciaba revólveres, le iban siendo entregados otros por sus ayudantes. Las balas iban cortando el mástil en dos, casi con la rapidez que lo habría hecho un leñador veterano con su hacha.

Antes de que sus ágiles dedos agarrasen la décima pistola, el corte llegaba al centro del mástil.

Un mocetón, armado de un rifle, apareció en el tejado del almacén y se aproximó al sheriff.

-Pete, me han dicho que necesitabas un buen tirador de rifle, y aquí estoy...

-¡Tú eres mi hombre! Ya ves lo que estoy haciendo. Trato de cortar aquel mástil a balazos. Haz tú lo mismo. No desperdicies un tiro. Y no apuntes demasiado bajo. Córtale a unos quince pies de la base.

-¡Descuida!. El hombre del fusil se echó de bruces sobre el tejado, y pronto los estampidos de su Winchester se unieron al ladrido ensordecedor de las pistolas. El mástil empezaba a bambolearse.

-¡Preparad mis cuerdas, muchachos! -gritó Pete. Las llamas se elevaban ya sobre el tejado del hotel; algunas penetraban en la ventana del tercer piso.

-¡Está ya despejado, patrón! -gritó Hicks «Miserias», desde la calle.

¡Bang! ¡Bang!

Dos disparos más del 45 de Pete acabaron de cortar el poste. La parte suelta se desplomó dando tumbos a la calle, y fue a rebotar sobre la reseca tablazón de pino de la acera.

El estruendo de las detonaciones había aterrado a la criaturita, que lanzaba gritos histéricos. Pete sintió que le invadía la pena al contemplar aquel rostro bañado en lágrimas y desfigurado por el espanto.

Pero no era aquélla ocasión para sentimentalismos. ¡Era hora de obrar, y pronto, si no se quería que todo resultase inútil!

Pete cogió su lazo. La cuerda describió rápidos círculos sobre su cabeza, y luego salió disparada por los aires como una serpiente que se desenrosca.

Un terrible crujido surgió de la parte posterior del hotel.

¡La trasera del edificio se había desplomado!

Pete se sintió desfallecer. Si fallaba su puntería, todo se habría perdido. El tiempo necesario para recoger el lazo y lanzarlo de nuevo daría lugar a que se derrumbasen las otras paredes.

Pero la puntería no falló. El lazo rodeó limpiamente el muñón del mástil, y antes de que descendiese dos pulgadas el sheriff le sujetó de un enérgico tirón.

Con el extremo libre dio un par de vueltas a la chimenea de ladrillo del almacén. Unos cuantos tirones para atensar bien la cuerda, y Pete estuvo listo.

Con el segundo lazo cogido entre los dientes por un cordón, empezó a deslizarse mano tras mano por la tirante cuerda. Ya cerca del edificio incendiado, pero lejos del alcance de las llamas, se dejó colgar de la mano izquierda y giró el segundo lazo con la derecha.

La cuerda penetró como un rayo por la ventana abierta del tercer piso.

-¡Trate de serenarse, señora! -gritó Pete-. Pase el lazo por los hombros de la niña. Por debajo de las axilas. Usted irá después. Será cosa de un par de segundos.

La mujer tosía violentamente, pero se dispuso a cumplir la orden.

A Pete le pareció una eternidad lo que tardaron en ejecutar la operación los nerviosos dedos de la mujer.

-All ringt, madam. Asegúrese de que está bien atada. ¿Está va? ¡Déjela ahora caer hacia mí!

Pete tiró de la cuerda lo más suavemente que pudo, y la aterrada criatura se balanceó en el vacío para ir luego a posarse en los robustos brazos de Teeny, entre las aclamaciones de los ciudadanos de la < Quebrada» .

Pero el rostro de la mujer había desaparecido del marco. El humo, o posiblemente la emoción, la habían hecho desmayarse.

Había caído lejos de la ventana. Pete pudo distinguir su cuerpo sobre el suelo de la habitación invadida por las llamas.

EL sheriff recogió la cuerda con que había descendido a la niña. Le corría el sudor por el rostro. Sus cabellos parecían un burujón de lana mojada.

¿Llegaría a tiempo? ¿Podría penetrar en aquella habitación?

Por lo menos era preciso intentarlo. El hombre nunca sabe lo que es capaz de hacer... hasta que lo ha hecho.

Ató su lazo a la cuerda tendida a través de la calle. Después apoyó en ella los pies y se dio un violento impulso. Empezó a oscilar como un péndulo.

Columpió su cuerpo hasta describir un arco cada vez más amplio. Al final de la tercera oscilación pudo clavar una de sus manazas en el antepecho de la ventana humeante.

Otro segundo y saltó al interior de la habitación, llevando siempre el extremo de la cuerda entre los dientes.

El humo giraba en remolinos en el interior de la estancia, Ardía la puerta que daba al pasillo. La resina de la tablazón de pino del suelo burbujeaba.

A Pete le palpitaban violentamente las sienes, y le salia el aliento en sonidos entrecortados. Pero luchó contra la asfixia y consiguió, al fin, pasar un brazo bajo la cintura de la mujer desmayada.

Se oyó un estruendo en el pasillo. La escalera interior acababa de desplomarse. No había un segundo que perder.

Pete no supo si recogió un cadáver o un ser capaz de volver a la vida. Pero eso ya se vería después. Rodeó a la víctima con un brazo y, agarrando la cuerda con la mano derecha, saltó al borde de la ventana y se lanzó al vacío.

Había dejado caer a la calle el extremo de la cuerda. Y Teeny y «Miserias» tuvieron la buena ocurrencia de mantenerla en tensión.

Pete no tuvo más que enroscar en ella una pierna, a guisa de freno, y dejarse deslizar hacia abajo. La callosa mano corría por la cuerda, que le quemaba como fuego. Pero Pete no sintió apenas el dolor. Sabía que había cumplido lo que se había propuesto. ¡Sólo faltaba que aquella mujer que llevaba entre sus brazos viviese todavía!

Sus botazas tocaron los tablones de pino de la acera. Un atlético minero acudió presuroso a librar a Pete de su carga.

-Tenemos preparado un doctor, Pete -le anunció-. ¡El barberillo es el único para estas cosas!

Los hombres desafiaron el riesgo de morir abrasados, precipitándose en tropel a estrechar la mano de Pistol Pete Rice.

Surgió un griterío ensordecedor. Pete se sintió levantado del suelo por la entusiasmada multitud, y, antes de que pudiera darse cuenta, se encontró ante el mostrador del «Descanso del Vaquero».

-¡Barrigas sobre el mostrador, muchachos! -gritó un individuo apopléjico-. Todo lo que se beba corre de mi cuenta, y, además, traigo dinero para pagarlo -añadió, mostrando una bolsa de minero-. ¡Nunca vi truco mejor que el que Pistol Pete nos ha enseñado esta noche! ¡Todos los morros a los vasos!

Pete se deshizo de los ciudadanos más entusiastas, y se dejó caer pesadamente sobre una silla. Se sentía agotado.

Le escocían los ojos. La habitación le parecía como envuelta en brumas.

Pero volvió a la realidad al oír un vozarrón a su espalda.

-¡Muy bien, camaradas! ¡Reconozco que nos hemos ganado este pequeño festín! Traigo una sed de desierto con el calor de los fuegos artificiales. Pero os anticipo que yo sólo acostumbro echar un trago cada vez. Moderación en todo es mi lema. ¡Alargadme esa botella!

Era Teeny Butler. El desmirriado Hicks «Miserias» estaba a su lado, dispuesto a intervenir en la fiesta.

-Pistol Pete Rice sabe cómo hacer las cosas -se jactó el barberillo-. Es mi patrón y mi camarada. No hay hombre más valiente en todo Arizona. ¡Se le curan a uno todas las «miserias» con sólo ver lo que ha hecho esta noche!

-¿Dónde está esa botella? -preguntaba Teeny Butler-. Soy partidario de la moderación y de beber un trago cada vez... pero ya han pasado tres minutos desde que me metí el último.

Una pesada mano se posó en el hombro del corpulento tejano. Pete Rice musitó algo al oído de su comisario.

-Siento no dejarte terminar la fiesta -le dijo-, pero necesito hablarte en secreto. Tráete también a «Miserias».

Pete se salió de la taberna, esperó en la oscura calleja que separaba el salón del almacén, y unos segundos después se le reunían sus dos comisarios.

-¿De qué se trata, patrón? -preguntó Teeny, curioso.

-Tú y «Miserias» -le contestó Pete-, tenéis que hacer algo importante en el rancho de «Circle Dot», y vamos a partir en seguida.

-Somos tus hombres, patrón -contestó Teeny-. Pero antes no vimos nada allí, y no creo que...

-Teeny -le interrumpió Pete-, ¿quién crees que prendió fuego al hotel y por qué?. Y añadió, sin esperar la respuesta-: ¡Si no fue Deacon Finch... o alguien mandado por él, tú eres un predicador de la templanza!

-¡Malditas sean mis botas! -exclamó Teeny-. ¿Quieres decir que aquellos bandidos pegaron fuego al hotel para alejarnos de «Circle Dot» ? ¡Malditos marranos! ¡Ahora mismo nos presentamos allí y les escupimos en el cogote!

-Creo que estás en lo cierto, patrón -intervino «Miserias»-. Organicemos una partida para coparlos. Hay en el rancho un pino en el que se columpiarán muy bien. Voy a reunir a los muchachos.

-¡Alto, alto!, compañero -protestó Pete-. Cuanto menos bulto más claridad. Sólo iremos los tres. ¡Vamos, muchachos, picad las espuelas!

CAPÍTULO 15

EL PRIMERO EN REIR

Los tres representantes de la Ley se alejaron al galope. Pero pronto permitieron un descanso a sus cabalgaduras, pues tenían que caminar mucho antes de que amaneciese.

Tomaron el camino que Pete Rice siguió aquella tormentosa noche en que Jake Frith fue mortalmente herido por Lance Lysander.

Después abandonaron la senda, tiraron por un atajo, y siguieron a lo largo de un arroyo. Media hora más tarde salían directamente al sendero del rancho de <Circle Dot>.

En lugar de abandonar el terreno cubierto de arbolado y caminar por los eriales, como había hecho Pistol Pete aquella fatídica noche, se mantuvieron a cubierto de los álamos todo el tiempo posible, pues la luna bañaba aquellos parajes y cualquier figura en movimiento podía ser vista a considerable distancia.

Al aproximarse a la antigua propiedad de Frith, pusieron los caballos al paso; el ruido de los cascos al galope podía ser fácilmente oído en aquella noche tranquila.

-Nunca he despellejado a un hombre -decía Teeny, mientras cabalgaba al lado de Pete-, pero que me maten si ahora no lo intento, cuando ponga la mano encima a ese Deacon Finch. Es de fieras y no de seres humanos el pegar fuego a un hotel, habiendo dentro una pobre mujer y una criaturita.

-A mí me gustaría arrancarle las uñas de los pies con unas tenazas al rojo -dijo «Miserias», regodeándose ante la idea-. ¡Sí, señor! Cosas peores he hecho con bandidos mucho más nobles que Deacon Finch.

Pete Rice, que corría entre sus dos comisarios, rió para sus adentros. Al primer grito de dolor de cualquier hombre, enemigo o no, quedarían instantáneamente suspendidas todas las torturas que planeaban.

Eran unos niños en el fondo. El diminuto «Miserias» siempre tenía un cuartillo de leche en su barbería, destinado a los gatos vagabundos.

Y Teeny había perdido más de una noche de sueño por velar a un caballo enfermo. El sheriff masticó laboriosamente su goma durante unos momentos.

-Quizá yo esté equivocado -dijo al fin-, pero sospecho que ese Finch sabía que yo estaba en el árbol, y prendió fuego al hotel calculando que yo regresaría inmediatamente a la población. Después de todo, mi deber es estar en la «Quebrada» cuando ocurre algo grave. Y como no se ha perdido ninguna vida, estoy completamente satisfecho. Espero que se restablecerá la mujer.

-Encontré al doctor cuando fui a buscar mi caballo -dijo <Miserias>-. Me comunicó que marcha muy bien, y que quería verte para darte las gracias personalmente.

Pete rió un poco azorado.

-No tengo tiempo para tales niñerías. Eso está bien para las gentes de la ciudad. -Pete refrenó su caballo-. Mejor será que nos detengamos aquí para cambiar impresiones y ver lo que se ha de hacer. Esos individuos pueden estar merodeando por estos alrededores.

-Entonces piquemos espuelas y les asaremos vivos -sugirió <Miserias>-. Quizá podamos...

Pero Pete Rice levantó su mano, conteniéndole.

-Nada de eso. Un poco de precaución nunca perjudica, «Miserias». Sé por experiencia que cuando la mala suerte necesita una víctima, siempre elige al imprudente. Sigamos bordeando este arroyo. No hay razón alguna para que les hagamos saber que nos aproximamos.

-Pero, ¿y si se han llevado ya el oro? -preguntó Teeny Butler-. Pueden atravesar la frontera mejicana para vivir allí como unos caballeros y no les volveremos a ver más.

-Si el oro estuviese representado por papel moneda -concedió Pete-, Deacon Finch tendría grandes probabilidades de ganarnos la partida. Pero una fortuna en metal amarillo no

es tan fácil de transportar. No ha pasado una hora desde que yo abandoné aquel pino. Ninguno de ellos se consideraría satisfecho con menos de un saco por cabeza, y tendrán que utilizar un calesín. Lo que significa que no pueden llevarnos mucha delantera.

-Así opino yo también -dijo Hicks, llevándose la mano a la pistolera-. En esta caja de píldoras quedan aún algunas que les curarán de todas sus «miserias».

Llegaron a la parte alta del arroyo, que rodeaba la base de una cresta rocosa.

Desde allí podían ver la sombría casa del rancho de «Circle Dot» y las construcciones anejas. Pete sacó el catalejo del bolsillo posterior de los pantalones y miró por él durante un minuto.

-No veo a nadie -informó-. Pero pueden estar en la trasera del edificio. Dejaremos los caballos entre aquellos álamos y después nos deslizaremos con toda precaución hasta la explanada del rancho. Recordad, muchachos, que ese Deacon Finch no es un bandido vulgar. Es muy fino. Hay que hacerle esta justicia. Y sabe que los tantos están contra él, teniendo que huir en un calesín. Por eso tenéis que avanzar con ojos de águila, no vayan a tendernos una emboscada.

El trío desmontó entre los álamos, y quedaron debidamente trabados los caballos. Luego, con los 45 en la mano, siguieron andando por el lecho seco del torrente, cautelosamente agachados.

Las orillas estaban bien cubiertas de mezquites y palo-verdes, formando una densa cortina que les evitaría ser vistos.

Unos momentos después, cuando abandonaron el arroyo para cambiar de dirección, tuvieron que caminar con más precauciones, buscando refugio tras los macizos de salvia y demás vegetación.

Había una faja de terreno descubierto, entre aquel punto y la explanada del rancho, y fue preciso arriesgarse a cruzarla.

Se echaron a tierra, y se arrastraron lentamente, pulgada a pulgada.

-Tú irás por la derecha, Teeny -ordenó Pete-. Yo marcharé en medio, y tú, «Miserias», tirarás por la izquierda. Si encontráis a alguno, disparad... pero sin tirar a matarle. Una bala en el corazón es un hombre muerto. Esas sabandijas no merecen tal honor. Les reservaremos para la cuerda.

Los comisarios partieron en las direcciones señaladas. Pete había elegido el medio para poder dar a sus hombres la protección de su pistola.

Sabía por experiencia que, a veces, toda precaución es poca. Cuando la vida está en juego, uno sólo puede equivocarse una vez.

Se oyó un crujido tras unas malezas que tenían delante, y los tres representantes de la Ley se detuvieron instantáneamente.

Pero un momento más tarde saltó un ciervo a campo traviesa, y Pete adivinó que Teeny y «Miserias» estarían reventando de risa.

Así era cómo el viejo Jake Frith explotaba su hacienda: ciervos ramoneando por todas partes, cerdos hozando en la huerta, gallinas picoteando entre los carretones y calesines.

Pero la finca tenía buenos pastos, y Pete pensó que le convendría comprarla. Conocía muchos honrados vaqueros, faltos de suerte, que podrían explotarla en sociedad, pagándola cuando pudieran. Sería un negocio que el viejo Frith nunca había sabido ver.

Seguían avanzando lentamente, sin dejar Pete de lanzar alguna que otra vigilante mirada a sus comisarios. La extensión de terreno limitado por los edificios del rancho aparecía enteramente desierta.

Ni siquiera se oía un cacareo de alarma en el maltratado gallinero. Las aves y demás animales domésticos habían sido llevados a otra parte.

Sólo en las praderas pastaban unas cuantas vacas, que pronto serían vendidas en pública subasta.

Los tres hombres rodearon cautelosos las dependencias del rancho. No surgió incidente alguno, ni dieron señal de vida los merodeadores.

Pero Pete Rice no tardó en descubrir que el rancho había tenido visitantes.

Se veían surcos frescos de ruedas que penetraban en la corralada, para volver a salir, como lo demostraba la dirección de las huellas de los cascos.

Unas y otras señales estaban más pronunciadas entre el pajar y el corral próximo a la casa.

Pete lanzó el graznido del mochuelo para que sus comisarios se le reuniesen.

Llegaron éstos en direcciones diferentes. Teeny se presentó el primero.

-¿Descubriste algo, Pete? -musitó el voluminoso comisario.

El sheriff se puso en pie.

-Me parece que son inútiles los cuchicheos, Teeny -dijo-. Puedes dar suelta a los pulmones, que no te oirá nadie, por mucho que grites. Apuesto que hemos perdido la partida... por el momento. Sigamos estas huellas.

Las huellas terminaban en un ángulo del corral, a unas cuantas yardas de la cocina del rancho.

Junto a la maltrecha empalizada, un hoyo abría su boca al sheriff. Sobresalía de él un largo palo clavado en el fondo, que mostraba, ensartado en la punta, un pedazo de papel.

-Apuesto, dólares contra hojalatas, a que Finch nos ha dejado una nota -predijo Pete-. Enciende un fósforo, Teeny.

El sheriff tenía razón. A la luz del fósforo, abrigado entre las manazas de Teeny, pudieron leer lo siguiente:

«Pistol Pete: Como sheriff has hecho un estupendo bombero. Mientras tú estabas dando la función de títeres en la «Quebrada», Snake desenterró el oro. Si nos sigues, te freirán mis pistoleros, pues soy demasiado rico para tomarme la molestia de hacerlo por mí mismo. Te dejo una pepita para que te hagas un dije para el reloj, como recuerdo mío. Tu antiguo compañero de aventuras.

»Deacon Finch»

Pete Rice hurgó en el hoyo y sacó algo que relumbró a la luz del fósforo.

Era una pequeña pepita de oro.

Teeny Butler tuvo muchas cosas que decir acerca de Deacon Finch y personas de su familia. Y Hicks «Miserias» dejó salir por aquella boca un raudal de palabras que resaltaba excesivo hasta para un barbero.

En cuanto a Pistol Pete, aun se permitió una broma:

-Luego diréis que no soy hombre de suerte, muchachos -rió.

Pero la dignidad de «Miserias» se sentía ultrajada, y Teeny Butler tuvo que echarse a las muelas un taco de tabaco, como estimulante, ya que la botella de su favorito «Bay Run» no estaba a la mano.

El burlarse de este modo del sheriff de la «Quebrada del Buitre» no tenía perdón, a juicio de Teeny.

Era como llamar pastor a un vaquero, o tahúr a un jugador de buena fe.

Teeny lanzó un negro escupitajo en el hoyo, y se frotó la maciza mandíbula con el dorso de la mano.

-Si alguna vez llego a pillar a ese bandido, el recuerdo que le deje valdrá algo más que esa pepita -masculló amenazador.

-¡Oh, no vale la pena indignarse tanto! -le calmó Pete-. Será interesante seguir el rastro a un individuo tan listo como este Finch. A veces se siente placer en dejarse engañar por los hombres de valía. ¿De manera que Finch quiere que yo me haga con esto un dije para el reloj?

El rostro de Pete se atensó, y las chispitas felinas se borraron de sus grises ojos.

-Muy bien, le concederé ese pequeño favor. Deacon ha sido el primero en reír... pero la partida no ha terminado todavía. Esta pepita colgará de la cadena de mi reloj en los funerales de Deacon Finch. ¡Y ahora a seguirle la pista, muchachos! ¡Veremos adónde nos conducen estas huellas!

CAPÍTULO 16
EL COCHERO DEL CALESIN

Las rodadas del calesín seguían la vieja senda de Kiowa, que rodeaba la hacienda de <Circle Dot> para salir después a la carretera principal.

Un detalle que le pareció significativo a Pete era que las huellas se dirigían hacia el Norte. Y la seguridad para los fuera de la Ley se encontraba precisamente en el Sur, más allá de la frontera.

AL principio, Pete creyó que las rodadas eran una astucia. El ingenioso Finch podía haber pagado a algunos cómplices para que se dirigiesen hacia el Norte, con objeto de que la persecución se orientase en aquel sentido, mientras él y Trampas corrían tranquilamente hacia la línea divisoria.

Un cuidadoso examen de algunos centenares de yardas de carretera hacia el Sur no descubrió nada. No había huellas recientes en aquella dirección.

Pete hasta examinó los hierbajos que crecían a uno y otro lado del camino.

No se notaba en ellos la menor pisada.

Los bandidos habían ido hacia el Norte; no podía caber la menor duda.

Deacon Finch era lo suficientemente avisado para saber que habría sido inútil dirigirse hacia el Sur, intentando atravesar la frontera.

Se sabía en todo el país que Pistol Pete Rice nunca interrumpió la caza del hombre porque un fugitivo lograse pasar la línea internacional.

-La Ley es una gran cosa -acostumbraba a decir Pete-. Sino fuera por la Ley, los que tuvieran más municiones despojarían a los que no tuviesen ninguna. Y eso no es justo.

Las rodadas del calesín continuaban por el polvoriento camino, y los tres representantes de la Ley las siguieron durante unas cuantas millas.

Pero al llegar a un punto conocido como «Killer's» (la Roca del Asesino) donde años antes había sido asaltada una diligencia, Pete tiró de las riendas e hizo detenerse a sus comisarios.

Sería una exageración decir, como aseguraba mucha gente, que Pete conocía hasta las briznas de hierba del distrito de Trinchera.

Pero sí diremos que conocía todos los arroyos, todas las cuevas, todos los desfiladeros y todas las barrancadas, y que sabía igualmente que desde «Killer's» el camino describía un amplio semicírculo, y que se podían ahorrar unas millas corriendo a campo traviesa para volver a salir más adelante a la carretera.

Había ya calculado la velocidad que puede desarrollar un calesín con un solo caballo, el tiempo transcurrido entre la fuga y el principio de la persecución, y la velocidad de los potros ensillados.

Y llegó así a la conclusión de que el calesín les llevaba una buena delantera.

De acuerdo con esto, Pete y sus comisarios lanzaron sus cabalgaduras a campo traviesa. A veces las herraduras de Sonny arrancaban chispas de los salientes de la roca; en otros momentos el alazán se hundía hasta las corbas entre la hojarasca de alguna hondonada; pero rara vez variaba sus trancos uniformes y elásticos.

Pete le contenía para marchar al nivel del pesado garañón de Teeny, y del caballo de «Miserias».

Los tres jinetes volvieron, finalmente, al camino y continuaron su marcha hacia el Norte. Remontaban una cuesta. Antes de llegar a la cumbre, Pete saltó de la silla y aplicó el oído en tierra.

-A una milla de aquí corre un calesín -informó-. Bien pudiera ser el que estamos buscando.

-¿Entonces, a qué esperamos, patrón? -preguntó Hicks «Miserias».

-No esperamos nada -contestó Pete-. Pero empiezo a desconfiar de una faena que se presenta tan fácil. Deacon Finch no es ningún tonto. Probablemente se propone atraernos allá arriba, con el cebo del calesín, y sus pistoleros se encargarán de lo demás en cuanto nos aproximemos.

-Hay muchas malezas en lo alto de esta cuesta -observó Teeny, mirando a lo lejos-. Probablemente proyectan sorprendernos... cuando nuestros caballos estén casi reventados con la subida.

-Puesto que sabemos lo que nos espera allá arriba -dijo Pete-, llevad las pistolas preparadas, y agacharos cuanto podáis sobre las sillas. Tengo que deciros otra cosa... marchad detrás de mí y no disparéis hasta que yo lo haga. Después de todo, bien pudiera tratarse de otro calesín con ciudadanos que nada tengan que temer de la justicia.

Esta era la dificultad con que tropezaba a menudo Pete Rice. Tenía que asegurarse de su hombre antes de dejar hablar a su 45.

Aquello daba, con demasiada frecuencia, una decidida ventaja a los bandidos. Generalmente eran los primeros en intentar disparar sobre el sheriff, y sólo su asombrosa velocidad en el manejo de la pistola, y sus nervios de acero, le habían salvado más de una vez de una muerte segura.

Los tres jinetes llegaron a la cumbre. Las pistolas estaban prestas en sus manos. Esperaban que surgiese una descarga cerrada de las malezas que flanqueaban el camino.

Pero no se oyó una sola detonación. Pasaron al galope ante la cortina de arbustos, volviéndose sobre las sillas para disparar, caso necesario, al primer fogonazo.

Una ligera brisa curvaba las copas de los matojos. No se oía otro ruido. Y es que el astuto Finch tenía, a juicio de Pete, un naipe en la manga para sacarle en la jugada decisiva.

El alazán de Pete descendía ya por el otro lado de la cuesta. Se distinguía a lo lejos el calesín a la brillante luz de la luna. Se encontraba al pie de una colina y llevaba una carrera loca.

Era como si el cochero fustigase al caballo brutalmente; aun a aquella distancia se oían los relinchos y resoplidos del animal.

Pete no pudo distinguir a ninguno de los ocupantes, pues el calesín tenía una capota muy alta y la llevaba levantada. No se distinguía tampoco el reflejo de la luna sobre el vidrio trasero, que acostumbran a tener tales vehículos. De tener aquel calesín un ventanillo, sus ocupantes debían haberlo tapado con una manta.

El calesín dobló una curva del camino, y Pete pudo ver que las cortinas laterales estaban bajadas.

Posiblemente tras aquellas cortinas había una plancha de hierro para proteger a los bandidos de las temibles pistolas de la Ley.

Aquello era otra muestra de la astucia de Deacon Finch, pues era bien sabido que Pete Rice nunca disparaba sobre un caballo para detener a un fugitivo.

-El culpable no es el caballo del criminal -solía decir Pete-. ¿Por qué disparar sobre un pobre animal que ya tiene desgracia bastante con haber sido comprado, o robado, por un fuera de la Ley?

Hicks <Miserias> estaba deseoso de abordar al calesín. Pero a Pete Rice le repugnaba conducir a sus compañeros a una emboscada posible.

-Contén ese caballo! -gritó Pete a su pequeño comisario-. ¿Quieres dar gusto a esos asesinos? ¡Tómalo con más calma! Falta una milla para que podamos abordarlo.

-¿Dices que una milla, patrón? -preguntó Teeny, sorprendido.

-Has oído bien, Teeny -contestó Pete, secamente-. Utiliza la cabeza, compañero. Piensa en lo que hay a una milla de ese calesín.

Teeny se palmoteó su cadera de buey.

-¡Ah, ya caigo! -exclamó-. Te refieres al camino desviado, ¿no es cierto?

Pete asintió con un gesto.

Una milla más allá la carretera se bifurcaba. El camino de la derecha se desviaba para describir un semicírculo. Había sido construido para el servicio de una ranchería, entonces desierta, situada en el valle.

Media milla más lejos del rancho el camino describía otro arco para volver a unirse a la carretera principal.

-Sacaremos provecho de esa bifurcación -dijo Pete-. Vosotros continuaréis galopando a respetable distancia del calesín. Yo haré volar a Sonny por la bifurcación y alcanzaré al coche en la unión de los caminos. Cogeré al calesín por delante. De ese modo le tendremos entre dos fuegos. Si os empiezan a disparar, refugiaros en algún sitio. Yo haré lo mismo. No quiero proporcionar una alegría a coyotes como esos.

Pistol Pete tenía razones para suponer que Deacon Finch contaba con que el sheriff tomaría la bifurcación para coger por delante al calesín.

Finch debía haber planteado una emboscada. El camino apenas había sido utilizado desde que el ranchero establecido en el valle se trasladó a otra región.

Malezas y hierbajos crecían profusamente a ambos lados del sendero, y la hierba empezaba a brotar en su centro mismo.

A Pete le pareció particularmente sospechoso un grupo de álamos que se alineaban por el lado izquierdo. Pete se agachó sobre su silla, cabalgando a la manera india.

Pero ningún fogonazo brilló entre los árboles, ni los abejorros de plomo zumbaron por ninguna parte. Pete estaba asombrado.

¿Estaría siguiendo el calesín de algún ranchero inofensivo, que regresara a su hogar? ¿Seguiría una pista falsa?

¿Sería otra la carta sorpresa que Deacon Finch ocultaba en su manga?

Bien, pasados unos minutos tendría la respuesta... y quizás escrita en plomo.

Sonny comprendía evidentemente su papel.

Corría con el vientre pegado al terreno. El yerboso camino parecía resbalar bajo sus cascos. A la luz de la luna, Pete pudo ya ver la confluencia de los dos caminos.

Unos minutos después salían a la carretera, pero Pete no se detuvo. Dejó correr a Sonny unos centenares de yardas más, hasta encontrar un árbol que pudiera servir a sus propósitos.

Iba ya erguido en los estribos y, cuando llegó el momento oportuno, se puso de pies sobre la silla. Mientras Sonny continuaba su galope, Pete dio un salto y quedó suspendido de la rama inferior del árbol.

Sonny desapareció en un recodo, pero era seguro que se detendría sin ir muy lejos. El animal se encontraría así a cubierto de una posible lluvia de balas.

Mientras se acomodaba en la rama, Pete oyó el redoble de unos cascos de caballo, los chirridos de los muelles de un calesín y el moler de unas ruedas sobre la grava de la carretera.

La rama se doblaba bajo su peso, pero no la abandonó. Desde aquel sitio podía dejarse caer sobre la capota del calesín cuando pasara.

Sus pistolas estaban dispuestas. Iba a dar una pequeña sorpresa a los bandidos que se ocultaban en el coche.

Unos segundos después el calesín apareció a la vista. El caballo galopaba todavía. El vehículo avanzaba dando tumbos de uno a otro lado de la carretera.

Pete se encogió, como un puma que se dispone a saltar sobre su víctima.

¡Ahora!

Se soltó de la rama y fue a caer limpiamente sobre el techo del calesín. Su cuchillo de monte hizo un profundo rasgón en el cuero, y casi simultáneamente introdujo por él el cañón de su pistola.

-¡Detened ese caballo! -gritó-. ¡Detenedlo o hago fuego!

Esperaba una rociada de balas, pero nadie se movió allá dentro. ¡Algo extraño ocurría allí! Ensanchó más el agujero de la capota y miró por él.

Un solo hombre iba medio tumbado en el asiento. Parecía profundamente dormido. Las riendas estaban atadas a la caja del látigo.

Al principio, Pete Rice creyó que había estropeado la capota del calesín de algún ranchero borracho que dejaba a su caballo seguir por sí solo el camino.

Pero, abandonado a sí mismo, ningún caballo habría sostenido un galope tan violento y prolongado.

Pete encontró la respuesta un momento más tarde. Evidentemente no había nada que temer del hombre tumbado en el asiento, y Pete se decidió a dejarse caer sobre el lomo del caballo.

Un tirón en las riendas bastó para detener al jadeante animal. ¡No era extraño que se hubiera lanzado a una carrera tan loca! Llevaba atado a la cola un pedazo de cactus erizado de terribles espinas.

Sus patas traseras estaban hechas una pura llaga, pues los crueles pinchos le desgarraban la piel a cada paso.

Esto sólo podría habérsele ocurrido a un hombre tan desalmado como Deacon Finch. Pero no podía ser Deacon Finch quien iba dormido en el coche. Era más fácil coger dormida a una comadreja que a Deacon.

Pero, por si acaso, mientras libraba del cactus al martirizado animal y cortaba los arreos con su cuchillo de monte, Pete no dejó de empuñar con la otra mano su 45.

Si el hombre del calesín se despertaba, no le cogería desprevenido.

El caballo, ya en libertad, se perdió al trote camino adelante. Pete había ya desgarrado la cortina delantera del calesín cuando Teeny y «Miserias» aparecieron galopando con toda clase de precauciones.

-¿Nos equivocamos de calesín, patrón? -preguntó, ansiosamente, «Miserias».

-Dentro de un minuto lo vamos a ver -contestó Pete, sombrío.

Seguía empuñando su 45 en la mano derecha. La izquierda zarandeaba el cuerpo del cochero dormido.

-¡Mirad! -exclamó de pronto, retirando la mano empapada en un liquido viscoso.

Teeny y «Miserias» habían desmontado. Teeny encendió un fósforo y alumbró el interior del calesín.

El pequeño círculo de luz mostró a un hombre derribado sobre el asiento.

Estaba terriblemente pálido y oscuras manchas cubrían su camisa de algodón, y su chaparrera de piel de gamo.

-¡Pardiez! -exclamó Hicks «Miserias»-. ¡Pero si es Snake Trampas! ¡Y está tan muerto como un pollo asado!

-¡Y si no lo está -añadió Teeny Butler-, es que yo soy el Rey de Siam, compañeros! ¡Mira esto, patrón! Tiene un papel prendido en el pecho.

Pero Pete Rice ya había descubierto el papel, y se apresuró a arrancarlo del cadáver.

-Supongo que se trata de otra bromita de Deacon -anunció-. Enciende otro fósforo, Teeny.

Teeny rascó otro fósforo en la suela de su bota. Y a su débil resplandor leyó:

«Pistol Pete: Vuelvo a repetirte que hiciste un estupendo bombero. Cuando llegue a Méjico me lavaré el polvo de la «Quebrada» con un buen trago de "tequila", brindando al mismo tiempo por tu muerte temprana y violenta. Puesto que te gusta el trabajo, puedes entretenerte con esa carroña. Pensó que era más fuerte que yo, y esto es siempre peligroso. Aplícate el cuento, Pete Rice. Tu esmirriado comisario sabe algo de este asunto. Pregúntaselo. No dejes de encargarte aquel dije que te regalé como recuerdo. Tu compañero de aventuras,

Deacon Finch.»

Pete miró a sus amigos.

-Siempre tan bromista este Deacon -comentó-. Si fuese éste su único asesinato, me sentiría inclinado a dejarle salir del país sano y salvo.

«Miserias» se encontraba en un estado de gran excitación.

-Recuerdo ahora -dijo-, la expresión de los ojos de Deacon Finch, cuando Snake se atrevió a desobedecerle en el «Cañón de la Trampa». No tuve tiempo de reparar en ello entonces... pero juraría que Deacon le tenía miedo. ¡Qué gran pérdida para la humanidad, compañeros! ¿No veis cómo se inundan mis bellos ojos de lágrimas?

-Nunca te vi tan afligido, camarada -intervino Teeny Butler-. Te acompaño en el sentimiento. Bien, ¿qué hacemos con este reptil, patrón? ¿Tendremos que llevarle a la «Quebrada»?

Pete Rice buscó en sus bolsillos y sacó una barra de goma. Un momento después trabajaban sus mandíbulas como a destajo.

-La Ley dice que debe ser examinado por el «médico del crimen» -contestó-.Pero no creo que le agrade llevarle a lomos a ningún caballo. Hay muchas cuevas a lo largo de la carretera. Le meteremos en la más profunda y...

-No habrá coyote que se atreva a comérselo -fue el epitafio que dedicó <Miserias> a Snake Trampas.

Por lo general, el barberillo se mostraba reverente en presencia de la muerte, pero en esta ocasión sus azules ojos llameaban gozosos.

-No soy rencoroso, compañeros, pero creo que el hombre que mató a Snake Trampas ha hecho un bien a la Humanidad. Y ha salvado muchas vidas, pues si Trampas llega a vivir un mes más, hubiera asesinado a tres o cuatro hombres honrados, por lo menos.

Pete Rice masticó con más furia su goma.

-Sí -contestó-. Trampas era un malvado. Se pasó la vida robando y matando, y ha llevado su merecido. Cuanto más lo pienso, compañeros, más convencido estoy de que el obrar mal es siempre un mal negocio. Bien, muchachos, empujemos este vehículo hasta el agujero más próximo. Es el primer calesín que va a servir de carroza fúnebre.

CAPÍTULO 17
EL ORO DE LA MUERTE

El cuerpo de Snake Trampas fue envuelto en una manta que encontraron en el calesín, y metido después en una estrecha cueva al pie de una elevación del terreno.

Un montón de tierra y piedras cerró perfectamente la improvisada sepultura.

Pete Rice se mostró sombrío durante la ceremonia. Teeny Butler masticó su tabaco, solemnemente, y Hicks «Miserias» se esforzó por guardar silencio.

«Miserias» hacía muchos años que era huérfano, pero sabía que Teeny escribía semanalmente a sus padres, que vivían en un rancho de Texas, y nadie que conociese el afecto de Pete Rice por su madre podía dejar de pensar en tales cosas en una ocasión como aquella.

-Sí las lágrimas valiesen a billón de dólares la pinta -murmuró-, creo que se me humedecerían los ojos ante el cadáver del individuo que acabamos de enterrar. Pero tendría que ser con la ayuda de un manojo de cebollas. Sin embargo, me conmueve el pensar que hay en algún sitio una madre que besó el rostro de Snake cuando era pequeño, pensando que llegaría quizás a Presidente.

-Esperemos que su madre esté muerta -dijo Pete-. Si vive aún, probablemente no se enterará jamás de lo que fue su hijo. Poneos los sombreros, compañeros. Vamos a regresar por el mismo camino.

-¿Adónde vamos, patrón? -preguntó «Miserias».

-Vamos a buscar la pista de Deacon Finch. Del rancho de «Circle Dot» no arrancaban huellas de pies. Esto quiere decir que todos los bandidos abandonaron aquel lugar en el calesín. Probablemente mataron a Trampas cuando ya llevaba algún tiempo en la carretera, ataron después las riendas a la caja del látigo y saltaron del vehículo. No ha llovido desde entonces y daremos con sus huellas.

Las encontraron unas millas más atrás. Pete las descubrió por las señales que había dejado el cofre del tesoro al ser bajado del carruaje. EL cofre había trazado un profundo surco en el lado de la carretera donde se posó. Los bandidos saltaron después desde el estribo del calesín a las malezas que crecían al borde del camino. De esta manera no dejaron huellas en el polvo.

Pete paseó la mirada por el paisaje, y olfateó el aire, con energía. Conocía aquel olor. No era muy agradable para su olfato, pues, como buen cowboy de otros tiempos, sentía un profundo desprecio por los carneros.

Si los carneros habían estado pastando por allí, habrían arrancado la hierba hasta las raíces. Y en estas condiciones sería más fácil seguir las huellas de un hombre.

A unas cuantas yardas del camino, en un sitio en que la filtración de las aguas había reblandecido y esponjado el terreno, encontró las primeras pisadas perfectamente claras.

Estaban muy mezcladas, y era casi imposible determinar a cuántos bandidos correspondían. Por lo menos a cuatro, decidió Pete.

Si Deacon Finch había matado a Snake Trampas, que llevaba varios años secundándole en sus criminales empresas, ¿qué probabilidades de continuar viviendo tendrían aquellos pistoleros alquilados?

-¡Pobres infelices engañados! -se lamentó Pete a Teeny Butler-. Cuanto más pienso en cómo obran ciertos hombres, más me convenzo de que el asno es un animal inteligente. ¡Mira aquí, Teeny! Quiero que no pierdas de vista estas huellas.

Las huellas que señalaba -un par- eran más profundas que las demás. Se trataba evidentemente de las dejadas por las botas de los hombres que llevaban el cofre del tesoro... el cofre del que nunca con más razón podría decirse que valía su peso en oro.

Las huellas eran fáciles de seguir a lo largo del estrecho valle. Los carneros, como de costumbre, habían rapado la hierba como si hubiera pasado por allí una nube de langosta.

Esta era una de las razones de que les odiasen tanto los ganaderos. Pero a partir de cierto punto, el terreno volvía a mostrarse bien alfombrado.

Una ladera cubierta de jugosa grama se interponía entre una colina y la abrupta región del otro lado. Por allí sólo se veían riscos y quebradas; picachos barridos por el viento, donde anidaban las águilas; y sombrías barrancas en que acechaba el jaguar a la espera de ciervos y antílopes.

Hicks «Miserias», con su acostumbrada falta de iniciativa, se volvió hacia Pete Rice.

-¿Qué hacemos ahora, Pete? Parece que se nos ha acabado el camino...

El sheriff no contestó por el momento. Paseaba su mirada desde el bosque de pinos y tiemblos de la izquierda a la muralla de roca de la otra parte.

Llamó a Teeny, que estaba dando una manzana a su corpulento caballo, unas yardas más lejos. Teeny se acercó presuroso. Su caballo le siguió como un perro faldero.

-Compañeros -dijo Pete-, nos encontramos cortado el paso como por una pared de piedra. -Una pared de PIEDRA. ¿No os trae algo a la memoria esa palabra? Mirad aquellos tiemblos. Y contemplad aquellos picachos de granito de más allá. ¿Qué os dicen?

Teeny Butler permaneció un rato silencioso, rascándose la revuelta cabellera.

-No se me ocurre nada, patrón -dijo al fin-. No acabo de comprender a lo que te refieres.

Pero Hicks «Miserias» lanzó un grito de triunfo. Teeny había venido de Texas, pero «Miserias» había sido adoptado, aun muy joven, por un ranchero de Arizona. Y conocía este país y sus tradiciones casi tanto como Pete Rice.

-¡Louie Stone! -exclamó, frotándose las manos y mirando a Pete como el escolar que acierta con una respuesta.

-Has acertado -asintió Pistol Pete-. Sabrás, Teeny -añadió, volviéndose a su avergonzado comisario-, que hace muchísimos años hubo un hombre que tenía aterrorizados a los viajeros que se aventuraban por estos parajes. Era una especie de loco con furor homicida, y se llamaba Stone. Cuando yo era chico, acostumbraban asustarme mentándome su nombre.

-Recuerdo que le apodaban «el Loco Louie» -añadió Hicks.

-Así era -confirmó Pete-. Era una verdadera hiena. Tenía una especie de cueva en lo más intrincado de estas montañas. Se organizaron partidas para cazarle, pero siempre lograba escapar. Apuesto que Deacon Finch sabe algo de esa cueva. Y duplico la apuesta a que la está ahora utilizando como refugio.

-¿Pero dónde está esa cueva? -preguntó Teeny.

-Casi nadie lo sabe... y yo tampoco -contestó Pete con desaliento.

-¿Entonces, eso quiere decir que aquí se terminó la caza? -preguntó Teeny, malhumorado.

-Nunca termina así la caza de un asesino en el distrito de Trinchera -replicó Pete.

Se volvió a su menudo comisario.

-«Miserias», tú pesas menos que nosotros y no fatigas tanto a tu caballo.

Necesito que vayas al rancho de Jed Logan, que se encuentra aproximadamente a una milla de aquí.

-¿Pero es que no nos bastamos nosotros -exclamó Hicks-, para terminar con una banda de forajidos? Jed Logan poco puede ayudarnos. Es viejo y...

-Espera un minuto, compañero. Jed tiene unos perros de los que se siente orgulloso. Son medio lobos y medio pastores, según dice, y saben seguir una pista como un sabueso. Le dirás que te preste tres, y que cuidaremos de sus vidas tanto como de las nuestras. Si tiene algo que les pueda servir de bozal, tráetelo también. No necesitamos que ladren, sino que olfateen.

-Eso ya es diferente, patrón -dijo «Miserias». Y saltando a su caballejo, le tocó suavemente con las espuelas y partió al galope.

El sheriff y su gigantesco comisario no tenían otra cosa que hacer que esperar. Teeny Butler depositó su voluminosa humanidad sobre la fresca hierba.

Había estado en peligro de muerte no hacía mucho. Podía estarlo otra vez dentro de poco.

Si Pete encontraba la cueva, y si la banda de Finch la había tomado como guarida, silbarían las balas que sería un primor.

Una de ellas bien pudiera llevar la dedicatoria de «a Teeny Butler». Sin embargo, Teeny rompió a roncar casi instantáneamente.

Pete Rice guardó silencio, rodeando con su brazo el cuello de su alazán.

Las mandíbulas del sheriff no cesaban de trabajar masticando la goma.

Cuando era muchacho había tratado muchas veces de encontrar la cueva del «Loco Louie». Este criminal se había permitido una noche merodear por la «Quebrada del Buitre», y una bala se encargó de poner en orden su trastornado cerebro.

El loco tenía la costumbre de sepultar los cuerpos de los solitarios viajeros a quienes asesinaba. Los robaba primero, y los enterraba después.

Y el maniático debía tener planeado el desarrollar sus negocios en gran escala, pues había cavado una serie de sepulturas, de las que sólo algunas contenían los cuerpos de las desconocidas víctimas.

Que Pete supiera, nadie había encontrado hasta entonces tales tumbas.

Probablemente permanecerían intactas entre las rocas.

¡Hey, Teeny!

El corpulento comisario se incorporó.

-¿Ocurre algo, patrón?

-«Miserias» no debe tardar en volver con los perros. Si encontramos la cueva, y penetramos en ella, yo abriré marcha y tú vendrás detrás. ¿Entendido, Teeny?

-Entendido, patrón.

-Un hombrazo como tú puede guardar mejor la salida. Y uno de tus cuidados ha de ser que nuestro atolondrado compañero no aproveche una ocasión para tomarnos la delantera. «Miserias» pierde la cabeza cuando suena un tiro. Es todo corazón y, en casos como éste, lo que se necesita es cerebro.

-Comprendo, comprendo. Haré lo que me dices, Pete. ¿Crees que será muy peligroso entrar en esa cueva?

-Si Finch se ha refugiado en ella, lo más probable es que alguno de nosotros se deje allí el pellejo -contestó Pete-. Tú eres más sereno y tienes mejor puntería que «Miserias». No pierdas de vista a nuestro compañero.

Pete quiso quitar gravedad a sus palabras echándose a reír un poco forzadamente.

-No podemos consentir que le ocurra nada a ese pequeño insecto -añadió-. Es sólo mi amor por la belleza lo que me hace preocuparme tanto de él.- No quiero que los cowboys paseen por la «Quebrada» con las barbas crecidas.

Teeny Butler se quedó dormido otra vez, indiferente a la posibilidad de que aquella misma noche su sueño se convirtiese en definitivo.

Pete Rice le veló, sumido en profundos sentimientos. Pensaba en la que la mayoría de los hombres es capaz de hacer por amor al oro; pensaba, también, en los hombres que habían muerto desde que el amarillo metal fue arrancado del suelo de California.

La caravana de carromatos había perecido defendiéndolo; muchos de los indios y blancos renegados habían muerto en el ataque al convoy.

El asesinato del viejo Jake Frith se debió directamente a su descubrimiento del tesoro. El alma de Lance Lysander estaría todavía vagando por los alrededores de Mesa Ridge atraída por el precioso metal.

Snake Trampas cobró su merecido por causa de él. Curly Fenton, el valeroso cowboy, luchaba todavía entre la vida y la muerte en la «Quebrada».

Pete se preguntó qué habría sido de Bristow «el Halcón». Durante algún tiempo creyó que el hábil jugador habría encontrado la muerte en el túnel del ferrocarril; aquella bala le habría hecho caer del vagón para perecer triturado bajo sus ruedas.

Pero los trabajadores de la vía no habían encontrado su cuerpo en el túnel.

Esto podría significar que Bristow, herido, había conseguido huir. De ser así, lo más probable es que se hubiera refugiado por aquellos alrededores.

Esperaría a que se produjese el choque entre Finch y los representantes de la Ley, y después se arrojaría con pistoleros pagados sobre el bando vencedor.

También era posible que Bristow hubiese sucumbido a sus heridas. En tal caso, habría que anotar otra muerte en la cuenta del oro de California.

Pete contempló al amodorrado Teeny, y después dirigió la mirada al sendero por donde «Miserias» había partido.

Las balas zumbarían de firme aquella noche. La muerte acechaba en un lugar desconocido, esperando añadir nuevas víctimas a su lista terrible.

CAPÍTULO 18
LA CUEVA DEL "LOCO LOUIE"

Hicks «Miserias» casi batió un record de velocidad en su viaje de ida y vuelta a todo galope. Tres perros corrían ante su caballejo y, a pesar de la carrera, tiraban animosamente de la traílla.

-Bonitos animales, ¿verdad? -preguntó «Miserias», al tiempo que desmontaba-. -Se conoce que presienten algo, y están ansiosos de entrar en pelea.

Los perros eran hermosos, en efecto. Largo hocico, pecho ancho y patas flexibles y nervudas. Poseían la ferocidad de los lobos, y la gracia e inteligencia de los perros de pastor.

No ladraban porque tenían embozaladas las bocas con tiras de arpillera, que trataban de aflojarse con las patas.

-Ya no falta ningún detalle -anunció Pete-. Dejaremos atados nuestros potros entre aquellos pinos. Remontaremos la colina en fila, dando ocasión a los perros para que olfateen el rastro de los bandidos. Si el rastro conduce a la cueva, le seguiremos. Pero tendremos que arrastrarnos sobre el vientre. Yo iré primero. Teeny vendrá después. Y tú, < Miserias», cerrarás la marcha.

-¿Cuál es tu plan en caso de un ataque? -preguntó Teeny.

-Eso es muy importante -contestó el sheriff-. No disparéis hasta que ellos lo hagan. Haréis fuego cambiando de posición inmediatamente, para que no puedan apuntar a nuestros fogonazos. Si lo hacéis tendidos en tierra, levantad bien el brazo. No tengo que deciros más.

-¡Patrón! -exclamó <Miserias> entusiasmado-, contigo al frente, me siento tan seguro como una garrapata en la oreja de un buey.

-¡Tú tienes que dominar los nervios! -le advirtió Pete-. No te fíes mucho. ¡Acuérdate de las barbas que te esperan en la barbería!

Teeny Butler saltó a lomos de su semental con la agilidad de un jockey.

-Esta excursión me está abriendo un apetito atroz -anunció-. Mañana me desayunaré en el Arizona Hotel con cinco chuletas de ternera, una doble ración de jamón y huevos, una fuente de ciruelas, y...

-Sí, hombre, sí; si sales vivo de este zafarrancho, tú te las arreglarás para morir de cualquier «miseria» -predijo Hicks-. ¡A ver cómo te portas, caballero! -esto último iba dirigido a su caballejo, a quien acostumbraba a tratar así en las grandes ocasiones.

Y se pusieron en marcha, precedidos de Pistol Pete, que llevaba los perros cogidos de la traílla.

Era casi seguro que Finch y sus secuaces se hubiesen refugiado en la cueva.

La lucha iba a ser terrible. Si los bandidos disparaban sobre los comisarios mientras se arrastraban por el terreno, tendrían la ventaja de hacerlo desde la oscuridad, atrincherados en el fondo de su guarida.

Pete llegó a los pinos, desmontó y trabó cuidadosamente a Sonny. Un momento después se le reunieron sus comisarios, que procedieron a atar igualmente a sus cabalgaduras.

El resto del viaje tendrían que hacerlo a pie. No podían exponerse a que fuese oído el ruido de los cascos.

-¡En marcha, compañeros! -dijo Pete, tras ajustar el bozal que uno de los perros había logrado aflojarse.

Pete se puso a la cabeza, sujetando a los perros por la traílla. Llegaron a la cumbre de la colina y se detuvieron a tomar un pequeño descanso.

Los perros olfateaban el terreno moviendo las colas, impacientes. Cuando Pete aflojaba un poco la cuerda, parecían querer orientarse hacia el Norte.

Descendieron a la loma y llegaron a un bosquecillo. Los perros seguían con el hocico pegado a tierra. Gruñían entre los bozales, pero muy bajo.

Pete se sentía muy satisfecho de sus perros.

El sheriff se volvió hacia Teeny y «Miserias».

-Mejor será que dejemos los perros aquí -aconsejó-. La cueva debe estar al otro lado de esos riscos. Voy a avanzar arrastrándome, para tratar de encontrarla. Quizá haya alguien montando la guardia. De ser así, los perros podrían aullar y atraer su atención.

-Nosotros iremos contigo, patrón -suplicó «Miserias».

-No puede ser -le atajó Pete-. Para empezar, únicamente hay tarea para un hombre solo. Si puedo encontrar la boca de la cueva, volveré para que me ayuden los perros. Dos graznidos de mochuelo os anunciarán mi presencia.

Se puso en marcha, avanzando cautelosamente hacia los riscos. Unos centenares de yardas más allá se echó a tierra, y se arrastró en silencio, pulgada tras pulgada.

Era un trabajo, lento, tedioso y lleno de peligros. Siempre que le era posible avanzaba a cubierto de la vegetación.

A veces tenía que deslizarse por sitios descubiertos iluminados por la luna.

En cambio, las rocas permanecían en la sombra, dificultándole la marcha.

A unos cuantos pies de la base del risco, Pete quedó inmóvil y paseó su mirada por los alrededores. Cincuenta pies a su derecha, un poco delante, brillaba un puntito luminoso.

Se encendía y se apagaba a intervalos. Probablemente significaba que algún centinela apostado en la entrada de la cueva fumaba tranquilamente un cigarrillo. Pete empezó a arrastrarse en aquella dirección.

El centinela terminó de fumar antes de que Pete se aproximase lo bastante para determinar su posición exacta. El sheriff aguzó la vista, y descubrió finalmente el brillo de unas botas sobre el piso de pizarra. El centinela debía estar paseando ante la entrada de la cueva.

Pete decidió esperar. Un hombre que fuma cigarrillos no deja pasar mucho tiempo sin encender otro. Si el centinela era un mejicano, ese hecho se produciría dentro de un par de minutos.

Ni siquiera transcurrió ese tiempo. Brilló un fósforo en la oscuridad. Pete pudo ahora descubrir las alas de un sombrero; después el fósforo se extinguió, y el puntito luminoso empezó a titilar de nuevo.

El puntito era como un faro para Pete Rice, que continuó avanzando... un poco más rápidamente; pero sin hacer ruido.

Ya podía ver la borrosa figura del centinela; un mejicano, probablemente, pues se cubría la cabeza con un sombrero de alto pico.

Era bajo -apenas una pulgada más alto que Hicks <Miserias> y casi tan menudo- pero llevaba una pistolera a cada costado.

Pasaron unos momentos angustiosos para Pete, que avanzó pulgada a pulgada hasta la base del risco. Allí ya se encontró en la sombra.

El corazón le latía violentamente. El centinela tenía las mismas probabilidades de verle que él al centinela.

Pero a Pete le llevaba allí el propósito deliberado de descubrir a aquel hombre, mientras que éste pensaba probablemente en los negros ojos de alguna «señorita», o se regodeaba pensando en un futuro hartazgo de «tequila» en una cantina, tan pronto como recibiese el pago de su trabajo.

Pete se aplastó contra uno de los costados del risco. Había recogido una pequeña piedra mientras se arrastraba, y la pensaba utilizar para hacer volver la espalda al centinela.

Un momento después la arrojaba, en efecto, a la cabeza del forajido.

La piedra cayó unos cuantos pies más allá del centinela, y éste se volvió rápidamente. Casi en el mismo instante, Pete se lanzó sobre él.

La manaza izquierda del sheriff le tapó la bigotuda boca, mientras el cañón de su 45 se apoyaba en su espinazo.

Entonces pudo convencerse de que el centinela era un mejicano. Pete le habló en español:

-¡Un grito... y te abraso! ¡Manos arriba! Camina delante de mí. Esta pistola no abandonará un momento tu espalda.

Vuelto al grupo de árboles, Pete emitió la señal convenida y no tardaron en reunírsele sus comisarios. El aterrado centinela pudo proporcionarles pocos informes. Y parecía decir la verdad, a juicio de Pete. No sabía nada de lo que ocurría en el interior de la cueva. No le habían permitido entrar. Se limitaron a colocarle en la entrada, con orden de disparar al aire a la primera sospecha de que rondaba alguien por los alrededores. Confesó que el cofre había sido llevado a la cueva. Debía haber cinco hombres allí dentro, pues cuatro habían sido empleados en transportar el cofre desde el calesín, y Finch tenía otros dos esperándole en la guarida.

Finch había disparado personalmente contra Snake Trampas. El mejicano rechazaba toda responsabilidad de haber participado en aquel asunto.

Pistol Pete Rice no podía perder más tiempo escuchando a un hombre tan inocente como el prisionero pretendía ser, y se dispuso a inmovilizar a éste, atándolo de pies y brazos con su cinturón y el de Teeny.

El pañuelo de «Miserias» sirvió de mordaza. Después quedó abandonado entre los árboles, mientras los tres servidores de la Ley reanudaban la marcha hacia los riscos.

Los perros, retenidos de la traílla por Pete, olfateaban ruidosamente el terreno y se orientaban sin titubear hacia el sitio en que Pete había capturado al centinela.

El sheriff se había propuesto meter los perros en la cueva; había oído siempre que aquel antro tenía muchas vueltas y revueltas.

Se hablaba también de una salida secreta, que solía utilizar el «Loco Louie», y el olfato de los perros serviría para localizarla.

Pete caminaba sujetando a los canes con una mano, y empuñando con la otra su 45. Caso de tener que recargar la pistola, retendría la traílla entre los dientes.

Sin perder un momento se colocó en un sitio junto a la entrada, donde la luz de la luna no les hiciera visibles como blancos.

Se deslizaron por la cueva, en silencio, cincuenta pies, ciento, posiblemente más. Pete empezó a dudar si aquel antro estaría únicamente ocupado por ellos.

Probablemente los bandidos, una vez en la cueva, habrían enterrado el cofre en alguna galería, y habrían huido después por la salida secreta del «Loco Louie».

Pero un momento más tarde, Pete opinaba de otro modo. Los perros olfateaban ahora vigorosamente y salían de sus gargantas sordos gruñidos.

Pete se detuvo, sujetando los perros y tocó con el pie a Teeny, que se arrastraba tras él. Escucharon.

No se percibía el menor ruido. La alarma de los animales, pensó el sheriff, era debida a que podían olfatear al hombre a gran distancia.

La galería torcía hacia la derecha. Aquello agradó a Pete Rice. Este y sus comisarios, se encontraban así completamente fuera de la parte iluminada por la entrada de la cueva. Los perros continuaban gruñendo, pero, por una razón desconocida, si los bandidos estaban cerca, no delataban su presencia con el menor ruido. Pete sintió que se erizaba el pelo sobre el lomo de uno de los perros. No debía encontrarse muy lejos algún ser humano.

Pero continuaba todo en el más absoluto silencio, y Pete dejó su 45 en donde pudiera alcanzarle con facilidad y palpó el suelo en busca de algún guijarro.

Arrojó uno hacia adelante con toda la fuerza de su potente brazo, y los resultados fueron instantáneos. Allá, al fondo, surgió una exclamación de dolor y sorpresa.

¡Casi al mismo instante, un 45 atronó la cueva detrás de los comisarios! La bala fue a clavarse en la bóveda del túnel.

Inmediatamente, una tempestad de fogonazos perforó las tinieblas y empezó a llover plomo alrededor del sheriff y sus hombres.

¡Pete sabía ahora de qué astucia se habían valido los bandidos! Alguien -con toda probabilidad el ingenioso Finch- había planeado el atraer a sus perseguidores al interior de la cueva, ocultándose los bandidos en los numerosos recovecos del túnel, ¡cogiendo así a los comisarios entre dos fuegos!

CAPÍTULO 19
VICTORIA INUTIL

Pete Rice comprendió en seguida que él y sus compañeros no podrían resistir en estas condiciones mucho tiempo. Acosados por ambos lados, los representantes de la Ley podían tener pocas esperanzas de ganar la lucha.

Lo primero que había que hacer era poner a una de las dos secciones de bandidos fuera de combate. Y Pete Rice pensó que disponía de un excelente medio para conseguirlo.

Su mano arrancó el improvisado bozal de la boca de uno de los perros.

¡Bang! Sonó otra detonación a su espalda, y sintió el viento de una bala.

Pero ya había arrancado el bozal del segundo, y se disponía a hacerlo con el del tercero.

Después cortó la traílla que unía a los tres animales. Lo que iba a suceder era fácil de adivinar. ¡Y sucedió!

Los perros rompieron en espantosos ladridos y se lanzaron furiosos hacia adelante. Salieron gritos de espanto de un grupo de bandidos. Las tinieblas impedían verlos, así como a los perros; pero, como Pete había calculado, el olfato de los animales les orientó directamente hacia sus enemigos.

Tronó una pistola, pero ningún perro debió resultar herido, pues no se oyeron sus aullidos de dolor. Una bala -probablemente la que iba destinada al animal -se estrelló en el suelo, ante el sheriff, arrojándole al rostro un puñado de barro y piedras.

Atacaron entonces los perros con más furia. Sus espantosos ladridos atronaban la caverna.

Los bandidos gritaban llenos de espanto. Estaban preparados para luchar a tiros en una cueva que conocían perfectamente, y que sus enemigos desconocían por completo.

Pero nunca se imaginaron que tendrían que hacer frente a unas bestias enfurecidas, que sabían luchar en la oscuridad mucho mejor que los hombres.

-Atacad a los que tenemos detrás de nosotros -gritó Pete a sus comisarios-. No os preocupéis de los que tenemos delante.

Y añadió el tronar de sus propias pistolas, a las de Teeny y «Miserias». En medio del estruendo que siguió, se oyó a Hicks lanzar un involuntario grito de dolor. «Miserias» estaba herido... quizá gravemente, pensó Pete.

Pero su corazón latió de esperanza al ver el fogonazo de un 45 unos metros más adelante. ¡Era la pistola de «Miserias»! Aquello significaba que la herida del barberillo no era cosa de importancia.

Las armas habían dejado de vomitar fuego en el fondo de la cueva. Los bandidos refugiados allí tenían bastante con cuidarse de sí mismos, a juzgar por los gruñidos de los perros.

Pero el duelo con los malhechores de la entrada iba adquiriendo caracteres demasiado serios. Sus disparos sonaban cada vez más próximos.

Pete esperó la aparición de un fogonazo, y entonces levantó el brazo y apretó el gatillo.

Disparó un poco al azar, pero la bala encontró su blanco. No se oyó un grito, pero sí el baque de un cuerpo contra el suelo.

Un nuevo fogonazo perforó la oscuridad. Le siguió una detonación, que sonó, en aquel reducido espacio, con el estruendo de un cañonazo.

Pete levantó su brazo derecho para disparar otra vez, pero le cortó la acción un angustioso juramento en español que se oyó a su espalda.

Teeny Butler o Hicks «Miserias» habían dado en tierra con el último pistolero que quedaba en la cueva.

Los gritos de los otros bandidos iban alejándose. Huían atropelladamente ante el furioso ataque de los perros.

Uno de los malhechores, más valiente que sus compañeros, se volvió para hacer un último disparo a través de las tinieblas.

¡Z-z-z-z! Zumbó el plomo como un moscardón, y no alcanzó a Pete por menos de una pulgada.

Pete, que esperaba el fogonazo, disparó a su vez. Se oyó un grito... de espanto más que de dolor. Los hombres gritan así cuando están en presencia de la muerte. Al grito siguió un largo lamento; después... silencio.

Las pistolas de Teeny y «Miserias» seguían vomitando plomo por encima de la cabeza de Pete.

-¡Basta ya, muchachos! -gritó el sheriff-. Podríais herir a algún perro. Escuchad un momento.

No se oía otra cosa que el ladrido distante de los perros y el rumor de pies de los que huían. Eran los bandidos, por lo menos, los que habían quedado vivos, y parecían haberle perdido el gusto al plomo de la Ley después de ver morir a sus compañeros.

Pete silbó, llamando a los perros. Al principio no hicieron caso de la señal, pero unos momentos después Pete sintió la humedad de una lengua sobre su rostro.

No tardaron en presentarse los otros dos, gruñendo y ladrando aún, con la excitación de la lucha.

-Enciende un fósforo, Teeny -ordenó Pete-. Y ten cuidado de apagarlo en seguida, si vuelven los petardos.

Fulguró el fósforo en manos de Teeny. Su pequeño círculo de luz mostró un estrecho corredor delante de los tres hombres. Y mostró también una mancha de sangre en la camisa de Hicks «Miserias».

-¿Estás herido, «Miserias»? -preguntó con ansiedad.

-Me parece que sí -contestó Hicks. El fósforo se extinguió, y la voz de «Miserias» siguió saliendo de la oscuridad-. Pero no puede ser nada grave. Es en el brazo derecho... y no me ha impedido asar a esos cochinos.

Teeny encendió varios fósforos sucesivamente, y Pete pudo examinar la herida. Una bala había tocado a «Miserias», tan próxima a la piel, que no había hecho orificio, limitándose a arrancar un pedacito de carne.

Teeny Butler se llevó algo a la boca, y un segundo después escupía una negra flema de tabaco sobre la herida.

-Pete dice que veneno mata a veneno -recordó a «Miserias»-. Apuesto a que mañana ya podrás afeitar a un parroquiano con ese alón.

A la débil luz de los fósforos Pete se esforzó por seguir el laberinto de corredores que formaban la cueva. Fue una tarea descorazonadora.

Los bandidos habían huido. Pero ¿por dónde? Los perros se lanzaron olfateando ruidosamente por uno de los pasadizos, pero, por lo que Pete pudo ver, no había allí abertura alguna.

Finalmente, Pete creyó necesario detener el derroche de fósforos. Sólo quedaban dos, y era preciso reservarlos para un caso de apuro. De haber habido velas o linternas en la cueva, los bandidos debieron llevárselas al huir.

El valor de Pistol Pete y sus comisarios, y la acometividad de los perros, habían, aparentemente, ganado la batalla.

Pero hasta no disponer de mejor luz era imposible decir si los forajidos habían abandonado la cueva o seguían agazapados en uno de sus muchos corredores.

-Me parece que se nos han escapado una vez más -dijo Teeny, decepcionado.

-Esa es también mi opinión -convino Pistol Pete-. Lo importante ahora es salir de aquí. Quizá podamos encontrar algunas ramas secas y encender una hoguera. Registradlo todo con cuidado. No comprendo cómo Finch pudo sacar de aquí el cofre del tesoro.

-Lo que es innegable -dijo la voz de «Miserias» en la oscuridad- es que ninguna nos dio tanto trabajo como esta caza de Deacon Finch.

-Eso es lo que la hace interesante -replicó Pete-. Si fuese demasiado fácil, no valdría la pena, compañeros. Recuerdo que aprendí a jugar al casino cuando era un chiquillo; después se me hizo demasiado fácil y aprendí el truco; al poco tiempo lo consideré demasiado sencillo y me metí con el poker, y así sucesivamente. Deacon Finch no puede ganar... podéis creerme, muchachos. ¡Nadie, a la larga, ganó jamás contra la Ley!

Emplearon mucho tiempo en encontrar algunos hierbajos secos y llevarlos a la cueva. La hoguera fue una completa decepción.

Tanto se llenó de humo el reducido espacio, que Pete Rice acabó por apagarla con los pies, y despachó a Hicks «Miserias» al rancho de Jed Logan con encargo de proporcionarse un par de linternas y algunas cajas de fósforos.

La fogata fue suficiente, sin embargo, para que los comisarios se cerciorasen de algunos detalles. Dos bandidos yacían muertos en un rincón, a la entrada de la cueva.

Un tercer bandido -individuo de soberbio aspecto, con una gran pelambrera rojiza- estaba tendido en el interior de la caverna.

Se trataba, evidentemente, del que se había arriesgado a hacer el último disparo sobre Pete Rice.

Pete y Teeny se alejaron de la humareda para respirar un poco de aire fresco. No resultaba nada agradable el haber aniquilado tantas vidas, aun tratándose de las de desalmados como aquellos, pero en este caso no había habido otro remedio.

«Miserias» empleó en esta segunda excursión mucho más tiempo en volver del rancho de Jed Logan. No había sido cosa fácil, explicó, el despertar al viejo Jed y, además, tuvo que entablar amistad con los perros guardianes antes de que éstos le permitieran seguir adelante.

Pero traía dos linternas, que inmediatamente fueron puestas en uso para la exploración de la guarida.

El primer objeto que descubrió la luz fue una media botella de whisky, colocada en una especie de nicho rocoso abierto en una de las paredes.

-No toques eso, Teeny -advirtió Pete-. Finch es muy astuto, y puede haberlo envenenado.

A ver si crees que voy yo a beberme las sobras de unos coyotes -contestó Teeny, algo ofendido. Sus negros ojos curiosearon en la semi-oscuridad-. Aquí hay una cosa blanca, Pete. Diez a uno que es otra cartita de Finch.

Era, en efecto, otra nota. Deacon se burlaba una vez más del sheriff con sus garrapatos. El mensaje decía así:

«Será mejor que cambies tu empleo por el de bombero. El oro no está aquí. Hice traer a la cueva un cofre vacío por si me seguías la pista. Después lo arrojé al río. Te deseo mejor olfato. Adiós.»

La nota estaba sin firmar, pero la letra era de Finch.

Si Pete se sintió defraudado, no lo demostró.

-No he conocido bromista que no tuviera que arrepentirse -dijo a sus comisarios-. Sólo una cosa me decepciona un poco, y es que haya podido escapársenos otra vez. Es seguro que él y uno de sus cómplices abandonaron la cueva por la salida secreta que «Loco Louie» utilizaba en otros tiempos. Vamos a tratar de encontrarla, ya que estamos aquí.

Les llevó casi una hora el dar con la salida. Estaba al final de uno de los muchos corredores de la cueva, y hasta a la penetrante mirada de Pete Rice le pasó dos o tres veces inadvertida antes de descubrirla.

Y es que la abertura estaba tapada con una roca diestramente labrada. Los bandidos debieron empujarla para escapar y, una vez fuera, la volvieron a colocar en su encaje.

-He aquí por qué los perros se empeñaban en seguir por este corredor -dijo Pete-. Bien, salgamos por este lado. Caminad con cuidado, muchachos. No sabemos lo que Finch nos tendrá preparado.

EL sheriff se agachó y atravesó la abertura, seguido de sus dos comisarios.

Salieron a un campo de hierba, en uno de cuyos lados se levantaba una especie de cabaña destechada, probablemente utilizada en otros tiempos por el «Loco Louie».

Más allá empezaba un ribazo, bajo el cual corrían las aguas del ancho y profundo Bonanza.

Unas huellas de pies demostraron que Finch y su camarada debieron cruzar el río por un sitio en que las orillas eran bajas y de suave pendiente.

Unos centenares de yardas más abajo, al otro lado, se veían huellas de cascos de caballos. Finch y su cómplice llevaban ya una buena delantera, y era inútil seguirles, pues se encontrarían ya muy cerca de la línea divisoria.

Pistol Pete masticaba furiosamente su goma, pensativo.

-Se me ocurre una cosa -dijo de pronto a sus comisarios-. Finch hace mucho hincapié en que trajo a la cueva un cofre vacío, pensando atraernos con él. No me suena muy bien esto. Si fuera verdad, Finch habría guardado ese secreto. El oro está enterrado en alguna parte de la cueva, o muy cerca.

-¿Pero dónde?

-Sí, ¿dónde? -repitió «Miserias» como un eco-. Si lo han enterrado allí nos llevará una semana registrar todos los corredores, aun a la luz del día.

-Estamos de acuerdo, «Miserias» -dijo Pete sombrío-. Y, probablemente, nunca lo encontraríamos. Sabíamos que estaba en «Circle Dot» y no conseguimos dar con él. Registramos hasta los más apartados rincones... y mira donde fueron a enterrarle: en la misma puerta del rancho. Lo mismo nos sucedería ahora. Igual puede estar a una milla de distancia

que enterrado aquí mismo, bajo nuestros pies. Es como la vieja que revuelve la casa buscando sus gafas... y luego resulta que las tiene en sus propias narices.

-Entonces, ¿cuál es tu programa, patrón? -preguntó Teeny-. Supongo que tendrás uno.

-El programa -contestó Pete-, es marcharnos y ver lo que podamos sacar del centinela que capturamos anoche. Ahora le podremos interrogar con más calma.

Apuntaba ya la aurora. Pete miró hacia el sitio por donde habían huido los fugitivos.-A estas horas Finch debe estar cerca de Méjico -murmuró-. Méjico es un extenso país. Puede uno pasarse media vida buscando a unos bandidos a lo largo de la frontera... para acabar no encontrándoles. Ya veremos lo que nos cuenta el prisionero. Después cogeremos nuestros caballos e iremos a ver lo que pasa en la «Quebrada».

CAPÍTULO 20
EL MENU DE LA CANTINA

El centinela mejicano capturado por Pete la noche anterior continuaba tendido entre el grupo de árboles donde le habían dejado.

Pete se sentó a su lado, y le habló en español. Pero el hombre no pudo proporcionarle nuevos detalles.

-Sé que estoy en su poder, señor -confesó-. Sé que tendré que responder de graves cargos, aunque le juro que no tengo nada que ver con la muerte de Snake Trampas. El mismo Finch le mató. Finch me contrataba de vez en cuando para hacer alguna fechoría, pero conozco muy poco sus asuntos, y menos aún donde haya podido ir.

Pero Pistol Pete le registró las ropas cuidadosamente. Sus bolsillos dieron de sí unos cuantos pesos, algunas monedas de plata, americanas, cigarrillos, cerillas, un reloj, y una carta de una mujer.

Pero en la bota derecha, Pete Rice encontró algo que permitía esperar que la batalla de la noche anterior no hubiese sido inútil por completo.

Era el menú de una cantina mejicana situada en una población a pocas millas de la frontera. Tenía en el reverso algunas figuras trazadas a lápiz... y eran de manos de Deacon Finch.

Pete se guardó la tarjeta, desató al mejicano y le permitió que se volviera a calzar. Después le condujo hacia los caballos y le hizo subir sobre el de «Miserias».

La cabalgata se encaminó al rancho de Jed Logan, que empleó una hora en asar chuletas, pues todos estaban hambrientos... particularmente Teeny Butler.

Los perros le fueron devueltos a su dueño, recibido ya su bautismo de fuego, pero completamente ilesos.

Pete Rice deslizó un par de dólares bajo el sombrero de Jed, en un momento en que el anciano estaba distraído hablando con «Miserias».

Jed era pobre, pero Pete sabía que jamás habría aceptado voluntariamente recompensa alguna por el desayuno.

Pete soltó las riendas a su alazán, y Sonny empezó a tragarse el espacio, camino de la «Quebrada». El sheriff se sentía muy fatigado.

Había sufrido más emociones en una noche que cualquiera otro hombre en toda una vida. Era cierto que Finch había escapado.

Pero los ojos de Pete resplandecían de esperanza pensando en aquel menú de la cantina que llevaba en el bolsillo.

De vez en cuando refrenaba a Sonny para esperar a sus compañeros y al preso. Pero el alazán estaba hambriento.

Sonny tenía el decidido propósito de llegar cuanto antes a la «Quebrada» y era difícil contenerlo. Casi sin que Pete se diera cuenta, el magnífico alazán había puesto un cuarto de milla entre él y el caballo más próximo.

Al volver un recodo del camino, Pete detuvo bruscamente su cabalgadura...

¡Perros cochinos! -exclamó-. ¡Todavía más jarana!

Un cuarto de milla más atrás los 45 rugían de nuevo.

Pistol Pete hizo dar la vuelta a su caballo y le clavó las espuelas.

«Miserias» y Teeny habían caído en una emboscada. El 45 del sheriff salió inmediatamente de su funda. Las cuadradas mandíbulas de Pete se atensaron, y sus ojos tomaron una expresión sombría.

Debían ser varios los hombres que intervenían en la lucha.

Pete espoleó aún más violentamente a Sonny. No tenía otro pensamiento que Teeny y «Miserias». ¡Si pudiera llegar antes que uno de ellos resultase muerto o herido...

¡zuissss!

Un lazo se desenroscó tras el sheriff, surgiendo de unos arbustos que flanqueaban el camino. El lazo circundó los anchos hombros de Pete, y el violento tirón de la cuerda le arrancó de la silla.

Pistol Pete Rice no había perdido jamás la serenidad. Y no iba a estropear su récord entonces.

Largos años de incesante entrenamiento le habían enseñado cómo girar casi en el aire y lanzar a su atacante el plomo de su pistola, aunque una cuerda empezase a inmovilizarle los brazos.

Sus disparos no hicieron blanco. Pero tuvieron la virtud de que un hombre surgiese de entre las malezas, corriendo hacia su cabalgadura como un desesperado.

Pete se puso instantáneamente en pie, y se apresuró a desembarazarse del lazo, enviando acto seguido un par de balas en persecución del fugitivo.

Pero éste corría ahora por entre una arboleda de denso ramaje. El sheriff sólo pudo ver la punta de su sombrero.

Un segundo después el malhechor desaparecía al galope de su veloz caballo.

Pete corrió a su alazán. Saltó a la silla. Estaba seguro de que Sonny podría alcanzar a su enemigo. Pero allá a lo lejos los 45 entonaban todavía su ronca sinfonía, y Pete consideró más importante deber el acudir en socorro de sus comisarios.

AL aproximarse, le pareció ver la figura de un hombre doblado sobre su cabalgadura. Temió al principio que fuese «Miserias», pero la voz de éste surgía un momento después de detrás de un árbol.

-¿Te sucedió algo, patrón? Teeny y yo sin novedad. Nos atacaron tres coyotes. A uno le agujereamos la mollera. Allí está tendido entre aquellos matorrales. Los otros dos huyeron. Uno de ellos despachó antes a este pobre desgraciado.

El diminuto comisario señaló la inmóvil figura del mejicano, atado sobre la silla de su caballo.

-¿Qué hacemos, patrón?- ¿Perseguimos a esos bandidos?

Pete denegó con un movimiento de cabeza. Miró hacia el Sur, por donde se alejaban unas nubecillas de polvo. Dos jinetes corrían hacia la frontera.

Después se volvió y, haciendo visera de su mano, miró hacia el Este.

Un tercer jinete galopaba en dirección al Río Bonanza. Montaba un caballo gris. Era el mismo hombre que había lanzado el lazo a Pete Rice.

Pete se preguntó por qué aquel hombre no había disparado sobre él, en lugar de tratar de atarle. Aquello excitó su curiosidad.

-Vosotros marcharéis a la «Quebrada» -ordenó Pete-. Vuestros caballos no pueden resistir más. Llevaos los cadáveres. No podéis malgastar el tiempo actuando otra vez de

sepultureros. El distrito pagará los gastos del entierro. ¡Hasta la vista, muchachos! Voy a salir en persecución del individuo del caballo gris.

Hizo girar a su alazán, y partió disparado hacia el fugitivo. Este le llevaba unos minutos de ventaja, pero Sonny acabaría por anular la distancia más pronto o más tarde.

-Es el alma más grande que se ha visto en cuerpo de caballo -acostumbraba Pete a decir.

Pete no tuvo dificultad alguna en seguir las huellas del fugitivo. De vez en cuando tenía una rápida visión de caballo y jinete.

Durante una milla o más, Pete galopó por un terreno cubierto de enebros, que elevaban sus fragancias hacia el sol naciente.

De nuevo pudo ver un instante al jinete del caballo gris. El animal parecía cansado; probablemente llevaba ya una dura cabalgada, como el alazán de Pete.

Pasaron cinco minutos. Sonny había acortado gran parte de la distancia.

Los cascos del alazán devoraron otra milla. Pete se sentía satisfecho. Unos minutos más y estaría en condiciones de estropearle el sombrero al desconocido.

Si éste era un tirador rápido y seguro, tendría una probabilidad de triunfar.

Pero si no acertaba al sheriff al primer balazo, sólo podría salvarse arrojando las pistolas y levantando las manos.

Pete esperaba desarmar al hombre del caballo gris sin necesidad de matarle.

El individuo no había demostrado grandes arrestos con la manera que tuvo de huir al primer fogonazo.

Y como el hombre falto de valor suele estar sobrado de lengua, Pete esperaba conseguir grandes noticias de aquel pistolero, una vez que le tuviese encerrado en la trastienda de la barbería de «Miserias».

Mientras avanzaba a galope tendido, Pete seguía preguntándose por qué aquel malhechor no le había pegado un tiro en lugar de intentar atarle.

El hombre del caballo gris, que corría ante él, no podía ser un secuaz de Deacon Finch. El único pistolero que se había escapado con el asesino estaría a estas horas muy cerca de la frontera.

¡Bristow «el Halcón»!

El recuerdo del jugador no cesaba de martillear en el cerebro de Pete.

-No sé por qué -se decía el sheriff-, pero apuesto que Bristow no ha renunciado todavía a esta lucha por una fortuna. Ese individuo del caballo gris debe ser uno de sus secuaces.

El sol iba elevándose rápidamente; amanecía un día muy claro. AL coronar una loma, Pete pudo ver al fugitivo que obligaba a su caballo a remontar la pronunciada pendiente de una colina opuesta.

Pete sonrió. Conocía muy bien aquella región, probablemente mejor que el hombre del caballo gris.

Este seguramente creería que podría descender por la ladera del lado contrario. ¡Pero al otro lado había un corte de casi cien pies sobre el río Bonanza!

¡Cuando el pistolero descubriese su equivocación y tratase de volver riendas, ya le habría atrapado Pete!

El bandido miraba ahora hacia atrás. Debía haber comprendido que estaba acorralado.

Espoleaba furiosamente a su caballo tratando de llegar al recodo del río, que cortaba el terreno diagonalmente antes de que Pete pudiera alcanzarle.

-¡Vamos, Sonny! -apremiaba Pete a su alazán-. ¡Un pequeño esfuerzo y descansarás!

El caballo del fugitivo ponía toda su voluntad en servir a su amo, pero éste no cesaba en su trato brutal.

Su rebenque subía y bajaba continua, incesantemente. Pete Rice rezongó iracundo.

Estaba ya lo suficiente próximo para ver el rostro del fugitivo, un rostro juvenil, de color achocolatado, y que hubiera sido bello de no ser por la hundida barbilla y los abultados labios. Era un mestizo.

Pete hizo bocina de su mano izquierda.

-¡Alto y arriba las manos! -gritó-. ¡Tienes unos segundos para salvarte!

El mestizo giró sobre su silla, y sacó su 45 con la suficiente velocidad para demostrar que tenía experiencia en aquellos menesteres, a pesar de su juventud.

La bala pasó tan lejos de su blanco, que Pete ni siquiera oyó su silbido.

Pete pudo dejar tendido al malhechor, pero un bandido muerto era una pobre cosecha, y algo decía al sheriff que aquel joven podría revelarle muchas cosas si le capturaba vivo.

Pete disparó sobre el mestizo para amedrentarle. La bala le pasó tan próxima, que casi se cayó de la silla, de espanto. Después desvió su cabalgadura y desapareció tras una fila de rocas gigantescas, al borde del precipicio. Parecía acorralado, pero decidido a aplazar el duelo o la captura hasta el último instante.

Pete se preguntó si el desesperado mestizo pensaría lanzarse al Bonanza. La idea de obligar a un caballo a arrojarse desde tan gran altura hizo palidecer de rabia al sheriff.

El mestizo pensaría salvarse del choque agarrándose a la silla. Un hombre tan brutal, como aquel había demostrado serlo, no se preocuparía mucho de la suerte de su caballo... Pete espoleó a Sonny para que remontase la pendiente.

Al aproximarse a la cumbre oyó el agudo relincho de un caballo. El sonido le hizo estremecerse, Pete amaba a los animales de tal modo, que no habría montado su propio alazán de haber tenido una pequeña rozadura ocasionada por la silla.

Y temía que el mestizo, ansioso por escapar, hubiese obligado a su cabalgadura a realizar aquella espantosa zambullida.

Pete esperaba que el caballo hubiese caído sobre el lomo, cogiendo debajo al jinete. El mestizo no tendría así ocasión de hacer sentir su crueldad a ninguna pobre bestia.

Al coronar la loma Pete desmontó y corrió a asomarse al escarpado talud del río. Allá al fondo corrían las turbias aguas del Bonanza.

El caballo estaba vivo, todavía; resoplaba y jadeaba de vez en cuando, pero nadaba corriente abajo.

Durante un gran trecho las orillas continuaban siendo demasiado escarpadas para permitirle saltar a tierra, pero el caballo lo lograría, ya que, evidentemente, no había sufrido gran daño.

El único rastro del mestizo era su flotante sombrero, juguete de los remolinos. Probablemente se habría matado, y su cuerpo no habría subido a la superficie todavía.

El sol iba ya bastante alto, y Pete pudo observar perfectamente las turbias aguas que corrían a sus pies. Pero el mestizo seguía sin aparecer.

Pete enfundó su 45, pero, de pronto, volvió a echar mano a la culata, presintiendo un ataque imprevisto. AL mismo tiempo giró rápidamente, y esta acción le salvó de recibir un balazo entre las paletillas.

El proyectil trazó un estrecho surco en su sien. El dolor no fue mucho mayor que el pinchazo de una avispa, pero la tremenda conmoción privó a Pistol Pete de su fuerza. Sintió un vahído y se tambaleó.

Vio como entre brumas el largo cañón de una pistola, que asomaba por entre un grupo de arbustos. Le pesaban las piernas como si calzase botas de plomo.

Trató de desenfundar su, 45, pero su mano permaneció pegada a la pistolera.

Sus dedos no respondían a su voluntad.

¡Bang!

Salió otra bala de las malezas, y pasó rozando la cabeza del medio inconsciente Pete Rice.

El sheriff retrocedió tambaleándose hasta el borde del precipicio. Vio que el bandido corría hacia él.

El miserable sabía que se encontraba inerme. Pistol Pete lo sabía también.

Y se arrojó de cabeza al río.

CAPÍTULO 21
LA VENGANZA DE BRISTOW "EL HALCON"

Una fracción de segundo después la pistola del bandido disparaba otra vez.

La rápida acción del sheriff le evitó recibir en el cuerpo aquel balazo mortal.

Se oyó un rugido de rabia del mestizo.

Aquel grito contribuyó, en cierto modo, a que las fuerzas volvieran al cuerpo de Pete.

Miró hacia arriba y vio asomar el rostro cruel del mestizo en lo alto del talud. El ojo siniestro de su 45 le miraba de nuevo.

Pero la mano de Pete estaba ya en la culata de su pistola y, con rápido movimiento, desenfundaba el arma. Su dedo índice se engarfió sobre el gatillo.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Disparó rápidamente por tres veces. Después manoteó sobre el agua, y sintió que ésta se cerraba sobre él.

Se hundía, se hundía. Sus pulmones parecían querer estallarle. Tragaba líquido sin cesar.

Unos segundos después, sin embargo, surgió a la superficie, y aspiró ansiosamente unas bocanadas de aire frío que aliviaron sus doloridos pulmones.

No se veía rastro del mestizo en el ribazo. El sheriff miró a su alrededor.

Una cabeza de cabellos negros asomaba sobre el agua, no muy lejos. Era la de su enemigo.

Había en su rostro una expresión de agonía y terror. El agua que le rodeaba estaba teñida de sangre.

El bandido agitaba sus brazos frenéticamente. Parecía gravísimamente herido. Tosió y una bocanada rojiza surgió de su boca. Pete nadó hacia él.

-¡No sé nadar! -gritaba en español el bandido-. ¡Socorro! ¡Me ahogo! ¡Sálvame para ponerme en paz con Dios! ¡He hecho mucho mal, y tengo mucho miedo. . . !

El sherif f seguía avanzando vigorosamente. El mestizo se hundía.

Tenía ya la boca bajo la superficie del agua.

El sheriff logró llegar a él, engarfió una mano bajo la axila del mestizo, y, nadando con la otra, consiguió que se sostuvieran los dos a flote.

La corriente les llevaba río abajo.

-No haga el menor esfuerzo, amigo -le dijo Pete, en español-. Siga como está. Todo lo que tenemos que hacer es mantenernos a flote. La corriente nos llevará pronto a un sitio donde podamos saltar a tierra. ¿Tiene usted muchos dolores?

-¡Oh!, el dolor no es muy grande -contestó el mestizo, en su lengua nativa-. Lo principal es el remordimiento. Voy a morir. Y ahora que se me va la vida recuerdo muchas cosas. He matado muchas veces. Pero usted es bueno, amigo. Moriré feliz pensando que no le han alcanzado mis balas, como me propuse. He matado, pero no a nadie que tuviese tan gran corazón como usted, mi amigo.

-No hablemos de eso ahora -dijo Pete-. Quizá pueda Usted salvarse. De todos modos ahorre sus fuerzas. ¿Tiene que encargarme algo para su madre? Jamás sabrá ella por mí cómo murió usted, amigo. A veces una pequeña mentira encierra más virtud que la verdad.

-¡Ah, nunca creí poder alegrarme de que mi madre haya muerto! -contestó el mestizo-. Pero ahora eso me hace feliz. Ella nunca sabrá lo que fue de su hijo. Quizá volvamos a reunirnos, y le podré pedir perdón. Debo aprovechar las pocas fuerzas que me quedan para darle un consejo, amigo. Le acecha un gran peligro. Un negro corazón planea su captura, después su martirio... y luego su muerte.

Un golpe de tos terminó casi con la vida del desgraciado.

-Descanse, amigo -le dijo Pete, con dulzura-. El hablar agota sus fuerzas.

Creo saber a quién se refiere usted, y estaré alerta. ¿No es Bristow «el Halcón»?

-El mismo. ¿Por qué escuché a aquella fiera? Habla usted el bello español de mis hermanos de Chihuahua. ¡Ojalá hubiese atendido los buenos consejos de mi padre! Muchas veces me decía: « Carlos, hijo mío, todavía es tiempo de arrepentirte. Cambia de vida. Yo te ayudaré a ser un hombre honrado... Pero Bristow me trastornó el juicio. « Bristow» mujeres... juego... tequila... me han traído a la situación en que me veo.

La corriente les había llevado frente a una orilla baja y arenosa, y Pete, agarrando al moribundo por los hombros, nadó de espaldas hacia ella.

Sacó al mestizo a tierra, lo más suavemente posible, y le tendió en una pequeña loma cubierta de hierba. Los ojos del bandido estaban ahora cerrados. Se movían sus labios como musitando una oración.

Pero se abrieron, de pronto los negros ojos, y la desmayada boca se esforzó por modular sus últimas palabras.

-Tenga siempre ojos de águila para ese maldito Halcón -murmuró-. Es el más villano de los villanos. Nunca se atreve a dar la cara, y por eso es más peligroso. Siempre ejecuta sus planes infernales con cómplices pagados. Por un puñado de pesos me alquiló a mí y a otros tres miserables.Teníamos orden de matar a sus dos hombres y capturarle a usted vivo.

-He aquí una cosa que me extraña. ¿Para qué quiere cogerme vivo? -preguntó Pete.

-Para torturarle. Bristow cree que usted conoce el escondrijo del gran tesoro, y espera arrancarle el secreto a fuerza de martirios.

El mestizo agonizaba.

-Rece por mí, amigo. Estoy arrepentido de todas mis maldades. ¡Oh, si yo le hubiera encontrado a usted antes...!

Salió de la boca del bandido un hilo de sangre, y el desgraciado enmudeció... enmudeció para siempre. El arrepentido mestizo quedó inmóvil entre los brazos de Pete.

Carlos había maltratado a su último caballo. Pero su muerte había sido más bella que muchas que Pete Rice se había visto obligado a presenciar.

Pete contempló el sereno rostro del mestizo.

-Pobre muchacho -murmuró-. Una víctima más que añadir a la cuenta del Oro de California. Si no te hubiera deslumbrado el dinero fácil, y te hubieses conformado con la pala y el pico, probablemente vivirías ahora... y te habrías ahorrado muchos malos ratos.

Pete se encaminó al rancho de Jed Logan, donde hizo sus preparativos para llevar el cadáver de Carlos a la «Quebrada».

Jed tenía que marchar allá en su carreta, en busca de provisiones, y se pondría en camino dentro de una hora.

Atendido este detalle, Pete saltó a lomos de Sonny y dejó que el alazán galopase a sus anchas hacia la población.

El sheriff tiró de las riendas ante una cabaña situada a unas cuantas millas de la «Quebrada», y atravesó la atractiva veranda, adornada con tiestos de mezquites.

Un individuo, de aspecto distinguido y de unos cincuenta años, respondió a sus golpecitos en la puerta.

-¡Caramba, qué sorpresa! ¡El sheriff Pete Rice! -exclamó con el más puro acento inglés-. ¡Entre y tomaremos juntos una taza de té!

-¿Cómo está usted, mister Foxleigh?-saludó Pete. Entraré, pero no acepto la taza de té. En su lugar tomaré un buen trago de agua.

-Se la traeré fresca -dijo Foxleigh, cogiendo una herrada que había en un rincón.

Unos años antes Lionel Foxleigh viajaba por el Sudoeste con una troupe de cómicos ingleses, y había dado unas cuantas representaciones en la «Quebrada del Buitre».

Pero la «Quebrada» no comprendió muy bien a Shakespeare y a Ibsen, y las representaciones no tuvieron una gran acogida por parte de los cowboys y mineros.

Durante una de ellas se oyeron graznidos de todas clases, y hasta algún que otro disparo al aire.

La compañía se disolvió. Lionel Foxleigh, muy quebrantado de salud y agobiado económicamente, encontró su salvación gracias a Pete Rice.

Abandonó la escena y se instaló en una cabaña en la linde del desierto. Sus pulmones cicatrizaron, y pesaba ahora treinta libras más que antes.

Era, claro está, uno de los más fervientes admiradores de Pete Rice.

Cuando regresó con el caldero de agua fresca, y Pete bebió un largo trago, Foxleigh insistió en su ofrecimiento de la taza de té.

Pero Pete volvió a rehusar.

-No, nunca tomo ese brebaje -dijo-. Pero tengo una idea, y quizá me pueda usted obsequiar de otro modo.

-¡No tiene usted más que decírmelo! -exclamó Foxleigh-. ¡Nada hay en el mundo que yo no sea capaz de hacer por usted! Se encuentran pocas amistades como la suya. Nunca le agradeceré bastante lo que hizo por mí.

-Dejemos eso ahora -interrumpió Pete-. Supongo que sabrá guardar un secreto, míster Foxleigh...

Foxleigh sonrió.

-Si tiene usted algo que decirme, Pete, yo se lo aseguro que no me lo sacarán ni con caballos salvajes. Si ha matado usted a un hombre, y quiere enterrar aquí el cadáver, no lo tendremos siquiera que discutir.

-Maté, en efecto, a un hombre no hace mucho -rió Pete-, pero fue por defender la Ley, y no es nada que deba ocultar. No; es otra cosa lo que voy a pedirle, míster Foxleigh. ¿Recuerda usted, después del fracaso de sus primeras representaciones, aquella obra que puso y que tanto agradó a los muchachos? Intervenían mejicanos había mucho tiroteo y todo lo demás...

Los ojos de Foxleigh resplandecieron.

-¡Ah!- Creo que se refiere usted a un melodrama que se titulaba la «Muerte del Español». Sí, ya recuerdo. ¡Lo escribí yo mismo!

-La última vez que le vi a usted -continuó Pete- me dijo que le quedaban algunos trajes y pelucas negras. ¿Recuerda? ¿Las tiene usted todavía?

-Ya lo creo que las tengo -contestó el actor-. Un hombre de teatro nunca abandona por completo la escena, Pete. Algunas noches, cuando me encuentro solo, suelo sacar mis cosas y echarles un vistazo. ¡Pero supongo que no pensará usted dedicarse a la escena!

-Nada de eso -rió Pete-. Hicks «Miserias» rasca alguna vez la guitarra en la barbería. Y Teeny Butler posee una buena voz de tenor... pero no creo que nadie tenga la suficiente resignación para aguantarles sobre un tablado. Pero volvamos a mi secreto, míster Foxleigh.

-Me halaga mucho que usted quiera confiármelo.

-Hay un criminal que ha logrado pasar la frontera. Y tengo idea de que se ha refugiado en una cantina de la población de Salamanca. Pero a mí, a «Miserias» y a Teeny, nos conviene darnos una vuelta por allí... por razones de negocios. Teeny tiene ojos y pelo negro, y puede pasar por un mejicano; pero «Miserias» y yo necesitamos unas pelucas.

Foxleigh movió la cabeza.

-Perdone que le desengañe, querido Pete, pero no crea que tal disfraz sirva para engañar a un criminal que le haya visto a usted una vez. ¡La idea me parece infantil!

-No tanto como usted se imagina -replicó Pistol Pete-. Para empezar, hablamos español... y lo hablamos un poco más correctamente que nuestro americano, porque ponemos más cuidado. No pretendo engañar a Deacon Finch, que es el bandido que estoy persiguiendo. Deacon nos reconocería en cuanto nos viese. Pero si nos presentamos en ese pueblo de Méjico como americanos, la primera cosa que Deacon sabría al llegar allí es que había otros «gringos» en la población. Y si uno de sus secuaces le da nuestras señas personales, sería bastante para que pusiese tierra por medio, desapareciendo de nuestra vista quizá para siempre.

Pete lió un cigarrillo, lo encendió y siguió explicando el resto de su plan.

-Como usted ve, no me importa que la gente de Salamanca nos tome por mestizos americanos a «Miserias» y a mí. Deacon Finch es el único a quien deseamos engañar.

-¡Oh, eso ya es diferente! Tengo aquí por lo menos dos o tres pelucas negras. Será para mí un placer arreglárselas, dándoles un aspecto completamente natural. Ahora mismo pondré manos a la obra.

-¡No se moleste! -le contuvo Pete-. No las necesito hasta dentro de unos días. Adiós, míster Foxleigh. Volveré pronto por aquí.

Estrechó vigorosamente la mano al ex cómico, abandonó la cabaña y saltó a la silla de Sonny. Durante el resto de su viaje a la «Quebrada» continuó madurando sus planes.

Como todos aquellos que acostumbran viajar por caminos solitarios, Pete había cogido la costumbre de hablar solo, o dirigiéndose a su caballo.

Palmoteó el cuello de su fatigado alazán.

-Sonny -le dijo-, has trabajado mucho y bien esta noche, y te has ganado un hartazgo de avena.

Sonny piafó alegremente. Conocía el significado de la palabra avena.

-Sí, tendrás toda la que quieras -prosiguió Pete-. Eres mejor persona que Deacon Finch. Tienes dos patas más que él, y un corazón más grande. Y tú sabes lo que es honradez, cosa que él no conoció jamás. Pero tú continuarás viviendo cuando él esté muerto... o yo habré dejado de ser el sheriff de la «Quebrada del Buitre».

Y cuando Pete decía que acabaría con un hombre, aquel hombre acababa indefectiblemente. Sería con sus pistolas, o por un medio más sutil... pero sucumbía.

CAPÍTULO 22
TROVADORES CON PISTOLA

La cantina conocida en Salamanca con el nombre de «La Casita» disfrutaba en aquellos días de una prosperidad como su propietario, el viejo Pablo Reinosa, no se había atrevido a soñar en los sesenta años que llevaba descorchando botellas de «tequila».

La calidad de los licores de Pablo no había cambiado; era la nueva atracción que ofrecía a sus parroquianos la que había llevado tal prosperidad a sus negocios.

Ahora los vecinos más distinguidos de Salamanca frecuentaban por las noches la cantina de Pablo. Llegaban acompañados de señoritas, ataviadas con alegres mantillas y ricos collares, y parecían disfrutar de lo lindo con las canciones de tres trovadores ambulantes, que entonaban cantos de amor y pesar con el acompañamiento de una dulce guitarra.

Los trovadores tenían un fuerte acento americano, pero constituían una atracción excelente. Habían llegado al establecimiento de Pablo una mañana temprano, ofreciéndose a trabajar por su comida de fríjoles y tortillas.

Pablo Reinosa, que extendía su negocio, había aprovechado la ocasión, y el nuevo número de varieté resultó un éxito desde un principio.

El trío cantaba junto casi siempre, pero de vez en cuando se permitía algunos «solos». El artista más menudo tenía una profunda voz de bajo. El más corpulento, que muy bien pesaría trescientas libras, tenía una voz de tenor tan clara como la campana de una ermita.

Y el tercer cantante, a cuyo espléndido físico había atraído las miradas de más de una señorita de ojos negros, emitía sus dulces notas con una rica voz de barítono.

El individuo bajito y menudo se dedicaba, además, a acompañar con la guitarra.

El trío acabó las estrofas de «La Paloma» entre estruendosos aplausos. El viejo Pablo sonrió satisfecho, se frotó las manos, dio una vuelta por entre las mesas apremiando a los camareros, y volvió a su caja.

Había tenido suerte en contratar a aquellos vagabundos y tan barato. Los negocios marchaban como nunca.

Los tres artistas no se dirigieron la palabra hasta que estuvieron algo alejados de «La Casita». Después el trovador desgalichado sacó un pañuelo de seda del bolsillo posterior de sus pantalones y se enjugó la sudorosa frente.

-¡Pardiez! -exclamó en perfecto inglés de Arizona-. Cómo le hacen sudar a uno esos come-fríjoles. Cantar unas cuantas coplas en la taberna de la «Quebrada» es casi un descanso, pero esos tabascos deben haberse creído que tenemos las gargantas forradas de hierro.

-Eso debe de haberse creído Teeny también, por la manera que tiene de beber aquel agua de cactus -replicó el más alto de los trovadores-. Tómalo con más calma de ahora en adelante, Teeny. Uno de los peones que pago para que vigile me dijo anoche que acababa de llegar a Salamanca, acompañado de un mestizo, un individuo que responde a las señas de Deacon Finch. Espero que vamos a tener jarana, y no quiero que esa dinamita de aguardiente te haga ver doble. ¿Entiendes?

-Está bien, patrón -contestó Teeny Butler-. Después de todo sólo han sido unos cuantos tragos para ahuyentar la pena de nuestras canciones de amor.

-Tened las pistolas siempre a mano -ordenó Pete-. Si Finch está en la población sabrá ya quiénes somos, o se dará cuenta en cuanto ponga los pies en «La Casita». Afinad la puntería. No quiero que ningún parroquiano resulte herido.

Pete Rice y «Miserias», disfrazados con las pelucas de Foxleigh, y con una mano de tizne en los rostros, podían pasar fácilmente por mestizos.

AL arreglarles los trajes mejicanos, Foxleigh había tenido, además, la precaución de dejarles unas rajas en los pantalones, que venían a caer bajo la cadera derecha.

Llegado el momento de actuar, cada representante de la Ley podría llegar fácilmente a la culata de sus pistolas con sólo meter por allí la mano.

-Volvamos a la cantina -sugirió Pete, arrojando su cigarrillo a medio fumar-. Finch puede presentarse de un momento a otro. La tarjeta con los dibujos, que cogimos al mejicano, era de « La Casita», y no hay bandido que no guste de volver a su taberna familiar.

-Esperémoslo así, patrón -dijo el barberillo-. ¡Con las ganas que tengo yo de sacarle la «miseria» de las costillas!

-Ten cabeza -le aconsejó Pete-. En caso de pelea derribáis la mesa que nos está reservada, y os ocultáis detrás tú y Teeny. No os preocupe lo que yo haga. Seguramente os necesitaré para tener a raya a los secuaces de Deacon, si se presenta con alguno. También es probable que tenga que correr tras el bandido, si intenta escapar. Para eso tengo los caballos ensillados a espaldas de la cantina.

Algunos parroquianos arrojaron monedas de plata a los artistas cuando reaparecieron en el salón. Teeny y «Miserias» se embolsaron el dinero.

Serviría para proporcionar algunos platos de fríjoles a los pobres de Salamanca.

Los trovadores cantaron dos melodías populares. Después se sentaron a su mesa para disfrutar un descanso.

Esto tenía como principal objeto hacer que las gentes de bien consultasen sus relojes. Pistol Pete quería que el elemento sano estuviera fuera del salón cuando Deacon Finch se presentara... si es que llegaba a presentarse.

Los trovadores no parecían dispuestos a entonar nuevas canciones hasta que el último de los vecinos pacíficos abandonase el local.

Quedaron allí todavía por lo menos veinte hombres, y Pete Rice habría apostado que a muchos de ellos se les buscaba al otro lado de la frontera.

Pero también les gustaba la música, y el trío tuvo que entonar, a petición suya, algunas cantatas que les hicieron verter lágrimas en sus copas de aguardiente.

Entraron en la cantina un mestizo y un americano. Se aproximaron al mostrador y pidieron bebidas. Los ojos del americano se fijaron en los copleros.

-¡Venga una guajira, piojoso!

-No sabemos americano -contestó «Miserias» rápidamente.

-El gringo quiere una canción -se apresuró a traducir en español el mestizo-. ¡Y daos prisa, porque, si no, es fácil de que no os deje pescuezo para cantarla!

-Sí, señor -dijo Pete Rice humildemente.

Los dos hombres del mostrador conversaron en voz baja, y antes de que terminase el cántico abandonaron la cantina. AL salir lanzaron al trío, desde la puerta, una larga mirada. A Pete no le pasó inadvertida.

-Me gustaría haberle sacado los riñones a ese «cara de caballo» por habernos llamado piojosos -murmuró Hicks «Miserias».

-Estate tranquilo, «Miserias» -le ordenó Pete, y añadió como para sí-: Sin embargo, confieso que tu descripción es exacta. Tenía cara de caballo...

Se estremeció de pronto. ¡Cara de caballo! ¿No sería aquel el mismo hombre a quien Bristow «el Halcón» había llamado Crimp Horse-face. Esto complicaría el asunto.

Pero ningún hombre tiene el monopolio de las caras de caballo. ¡Sin embargo, daba la casualidad de que aquel individuo era también un mestizo!

El sheriff se sentía intrigado. ¿Habría vuelto a entrar Bristow en el juego con sus dos compinches Crimp «Horseface» y Torneo Salinas?

Estos últimos eran perseguidos, en unión de Deacon Finch, por el asesinato de Jake Frith.

Deacon había roto después con ellos, y Bristow procuró atraérseles para presentarle batalla y apoderarse del oro del rancho de «Circle Dot».

Unos minutos después, cinco corpulentos hombres, de torvos rostros y mirada atravesada, penetraron separadamente en el establecimiento de Pablo.

Cada recién llegado se sentó solo, pero sus mesas estaban de tal modo situadas, que entre los cinco podían dominar todo el salón.

¿Era una trampa?

El sheriff no reconoció a ninguno, pero todos le parecieron de la misma camada: hombres elegidos entre los conculcadores de la Ley.

Pidieron bebidas y no mostraron mayor interés por los cantantes que cualquier otro parroquiano de los allí reunidos. Sin embargo, Pete Rice se alegró de que sus hombres tuviesen tan cerca su mesa.

Podrían así derribarla fácilmente y utilizarla como escudo, pues el tablero tenía dos pulgadas de grueso.

Los trovadores iniciaron otra canción. Antes de llegar a la mitad alguien penetró por las puertas giratorias. El corazón le dio a Pete un brinco, pero el sheriff no cambió de expresión.

«Miserias» tartamudeó un poco, y Teeny rozó una nota alta, pero los dos demostraron ser buenos actores.

¡Era Deacon Fínch quien acababa de entrar en «La Casita»!

Finch parecía glacialmente tranquilo. Bajo su larga chaqueta negra se veía una repleta cartuchera de la que pendía un Colt del 45.

Llevaba la chaqueta desabotonada para que no estorbase un rápido movimiento hacia la pistola.

Pete Rice dejó de cantar, y, volviendo la cabeza, habló disimuladamente a sus comisarios.

-Quedaos aquí, y seguid cantando. Voy a detener a ese bandido sin más preámbulos. Guardadme las espaldas por si alguno de esos individuos resulta ser cómplice de Finch.

El sheriff sacó de sus pantalones un paquete de tabaco y unos papelillos de fumar. Cuando el paquete de tabaco volviese a su sitio... empezaría el jaleo: el acto del sheriff no tenía otro objeto que disimular la rápida extracción de su pistola.

Deacon Finch pidió una botella de tequila y se dispuso a beberla a la manera mejicana: mezclada con sal y medio limón.

Pete vigilaba sus movimientos por medio de un espejo, mientras avanzaba hacia el mostrador.

Tres segundos después se desprendía bruscamente de su aire de indiferencia, y apoyaba la mano sobre la espalda de Finch.

El bandido giró rápidamente... para encontrarse con la negra boca del 45 de Pistol Pete.

-¡Manos arriba, Deacon Finch! -le ordenó Pete-. ¡Te detengo por el asesinato de Jake Frith!

Finch retrocedió un paso, sorprendido. Ni se revolvió, ni vomitó un juramento. Lanzarse contra Pete Rice habría sido un suicidio.

Sus manos se elevaron instantáneamente sobre su cabeza.

-Te pareces a un mestizo como un pino a un árbol -dijo Deacon con calma-. Celebro verte con tan estupendo disfraz. ¿Te propones llevarme a la «Quebrada»? Muy bien. Yo nunca discuto cuando una pistola me apunta a la cabeza. Por lo visto estaba escrito que la carroña de Deacon se columpiase de un árbol. Es un triste fin para tu antiguo compañero de aventuras, Pete.

Deacon Finch lanzó una brutal carcajada. Al mismo tiempo las pistolas empezaron a rugir a espaldas del sheriff . Solo tuvo el tiempo preciso para arrojarse al suelo, ileso.

Una hoja de acero cruzó como una flecha el salón, y aunque Pete se revolvió a tiempo para evitar que el cuchillo se le clavase entre las paletillas, la punta le alcanzó en el brazo derecho, se hundió una pulgada en la carne y cayó al suelo.

Deacon Finch derribó de un puntapié una mesa y se resguardó tras ella.

Pete permanecía aun al descubierto, ofreciendo un blanco a todas las pistolas enemigas. Pero su brazo izquierdo alcanzó la botella de «tequila» que estaba sobre el mostrador y la lanzó al aire como un proyectil.

La botella dio a Deacon Finch en la cabeza cuando el bandido se disponía a apretar el gatillo, y la bala fue a estrellarse en un cartucho del cinturón del sheriff.

Antes de que Deacon pudiera reponerse, Pete derribó una mesa y se agazapó tras ella.

Pete arrastraba la mesa por delante mientras avanzaba hacia « Miserias» y Teeny. Surgían fogonazos de todos los ángulos de la taberna.

El espejo saltó hecho pedazos. El viejo Pablo y sus dependientes ya habían abandonado el café. Algunos parroquianos huían en tropel por la puerta.

La cantina quedó abandonada a los representantes de la Ley y a los bandidos.

Pete sabía ahora que todos aquellos hombres eran pistoleros de Finch. Sus matones alquilados le precedían, diseminados entre la gente, dispuestos a proteger al patrón contra cualquier ataque.

Finch sabía organizar muy bien las cosas. Y sus precauciones le valieron, pues, cuando Pete llegó con su mesa hasta la que sirvió de refugio a Fínch, el criminal ya había desaparecido.

Tampoco estaba oculto tras ninguna otra mesa. Deacon había alquilado a matones profesionales... ¡y les dejaba que se ganasen honradamente su salario!

Entre el estruendo ensordecedor de las detonaciones, Pete pudo oír el tableteo de unos cascos allá en la calle. Un caballo abandonaba la población a todo galope.

¡Era Deacon, que se les escapaba una vez más! «Miserias» y Teeny no habían dejado de vomitar plomo en dirección a los pistoleros alquilados.

Algunos de ellos yacían inmóviles en el suelo.

-¡Victoria completa, patrón! -gritó «Miserias», triunfante-. ¡Ahora vamos a acabar con los que quedan!.

Otro pistolero, a punto de disparar, cayó pesadamente a tierra. Aquellos pobres diablos eran unos malos tiradores, poco acostumbrados a combates como aquel.

-¡Nos rendimos! -gritó uno en español-. ¡Damos esto por terminado!

Y así terminó la batalla en «La Casita». Pistol Pete se apresuró a reunirse con sus comisarios.

-¡Marchémonos en seguida, compañeros! -le dijo-. No tardarán en presentarse algunos soldados mejicanos o las autoridades de Policía. Entonces tendríamos que explicar lo sucedido, y esos señores no siempre encuentran bien estas bromas. No puedo detenerme. Espero veros pronto en la «Quebrada». Marcho ahora mismo en persecución de Deacon Finch.

CAPÍTULO 23
EL DESIERTO

Era el mediodía, y en todo lo que abarcaba la mirada de Pete Rice sólo se veía una vasta soledad que espejeaba bajo el sol abrasador del desierto. El sudoroso alazán avanzaba lentamente a través de las espinosas malezas, o sobre las rocas de lava, que hacían del camino un horror inacabable.

Pete iba ganando terreno. Toda la noche había estado siguiendo las huellas de su enemigo. Finch, siempre hombre prevenido, llevaba un caballo que -Pete lo confesaba- era, de cuantos había visto, el que más se aproximaba a Sonny en velocidad.

Pero aunque, al llegar la luz del día, Pete estuvo a veces lo suficientemente cerca para reconocer la esbelta figura de Finch, el bandido conseguía mantener la distancia tanto como le era posible.

Aprovechaba las vastas extensiones de terreno cubiertas de matorrales, y sabía sacar ventaja de las pocas formaciones rocosas que encontraba a su paso.

Pero perseguidor y perseguido estaban llegando al corazón del desierto.

Finch tendría pronto que galopar al descubierto.

Pete se sentía cada vez más animado. Se veía que la cabalgadura de Finch no podría resistir mucho tiempo aquella dura jornada.

Finch era hombre audaz, pero era evidente que, acostumbrado a vivir en población, desconocía los secretos del desierto.

No había por allí un manantial en treinta millas a la redonda. Pero el bandido había pasado muchas veces por delante del agua sin sospecharlo.

Si Deacon Finch hubiera conocido los secretos de las soledades, su caballo estaría en mejor forma que se encontraba.

Pete ya no tenía gran prisa. Todo era cuestión de tiempo. El sheriff desmontó y condujo su caballo al abrigo de unos altos mezquites.

Muy cerca había unos polvorientos grupos de cactus. Eran de la especie de las biznagas, llamadas por los exploradores «los pozos del desierto».

Más de una vez Pistol Pete había detenido su marcha para arrancar con su cuchillo de monte el corazón de una de aquellas biznagas.

Aplastando la pulpa interior obtuvo agua bastante para aplacar su sed.

Otros trozos de pulpa, exprimidos en el sombrero del sheriff, hicieron más llevadero al alazán el espantoso calor.

Ya más descansados, Pete y su caballo reanudaron la persecución del fugitivo. Unas millas más allá, Pete vio cómo el caballo de Deacon luchaba valerosamente por sostenerse en pie, doblaba después las rodillas, y caía desplomado.

¿Aquello era el final! Pete tenía la esperanza de que Finch conservase una chispa de sensatez y se rindiese.

Pero al aproximarse el sheriff a su enemigo una bala pasó silbando a su derecha. Pete desmontó y condujo a Sonny al abrigo de un grupo de cactos.

Quince pies más adelante se erguía un enorme peñasco. Aquella sería la próxima parada de Pete.

El sheriff se acogió al abrigo del peñasco y esperó.

Podía abarcar desde allí unas millas de desierto. Allá a lo lejos -posiblemente a unas cuatro o cinco millas- acababan de surgir tres jinetes de un grupo de árboles.

AL principio, Pete creyó que Hicks «Miserias» y Teeny Butler figurarían en el grupo. Pero a medida que se aproximaban, pudo ver que ninguno de los que lo formaban era ni tan diminuto ni tan corpulento para poder ser confundido con uno de sus comisarios.

¿Quiénes eran, pues, los jinetes? Pete no lo pudo determinar, pero le asaltó la sospecha de que el perseguidor era, a su vez, perseguido. Esta sospecha estaba basada en lo ocurrido en la cantina la noche anterior.

Lo más seguro era que los tres jinetes no fuesen otros que Bristow «el Halcón» y sus secuaces Crim «Horseface» y Torneo Salinas.

Si aquello era cierto, el miserable «Halcón» no tendría mucha prisa en llegar hasta allí. Esperaría pacientemente a que los acontecimientos eliminasen de la escena a Deacon Finch o a Pistol Pete Rice.

Pete vio que Deacon abandonaba el refugio de un gigantesco saguaro para acogerse al de un grupo de cactus.

Pero el sheriff no disparó. Esperaba coger a Finch sin necesidad de herirle.

Finch estaba agotado por la sed. No podría resistir mucho tiempo.

Eran los tres jinetes y no el solitario bandido lo que más preocupaba a Pete.

Si los jinetes que se aproximaban eran Bristow y sus secuaces, le convenía terminar primero con Finch.

Aquello significaría tener que matarle, pero no había otro remedio.

Decidió, sin embargo, dar al bandido una última oportunidad de salvación.

Había un grupo de rocas entre el sheriff y su enemigo. Pete esperó una ocasión, y corrió a refugiarse entre ellas. Una bala del 45 de Finch rozó el ala de su sombrero.

Era mal tirador. Se agazapó detrás de las rocas, y gritó al bandido con todas sus fuerzas.

-¡No podrás resistir, Finch! Tú lo sabes. Dentro de un segundo empezaré a disparar sobre ti. Pero quiero darte una posibilidad de salvación. ¿Te rindes o no? ¿Cuál es tu respuesta?

Una bala se estrelló en lo alto de la roca.

-Esa es mi respuesta -rugió Finch-. Sé que tienes razón, Pistol Pete. No podré resistir. Pero viviré lo bastante para ver morder el polvo al cochino que me ha puesto en esta situación.

Pero Pistol Pete Rice se había visto en situaciones más desesperadas que aquella.

-Si te rindes pacíficamente -volvió a gritar a Deacon-, tendrás agua dentro de dos minutos. ¡Vamos, hombre! No puedes ganar. Aunque me mates, el desierto acabará contigo. Y, o mucho me equivoco, o aquellos que se acercan son Bristow «el Halcón» y sus pistoleros. Entiendo algo de criminales, y sé que te torturarán hasta arrancarte el secreto del oro enterrado.

-No me lo arrancarán -replicó el bandido-. Tan pronto como termine contigo me saltaré los sesos de un balazo.

Pete Rice apretó los dientes. Bien, no había más remedio. Si no podía coger vivo al asesino, lo cogería muerto.

No hay hombre más peligroso que el desesperado que se agarra a la vida con el solo fin de vengarse.

El sheriff se asomó por detrás de la peña. El movimiento era peligroso, pues quedaba completamente al descubierto.

¡Whir-r-r!

Pete dio un salto frenético hacia su izquierda. Una larga serpiente, moteada de rojo, asomaba su chata cabeza por debajo de la roca.

Los venenosos colmillos de un reptil de cinco pies de largo no se habían clavado en sus carnes por una fracción de pulgada.

Tronó la pistola del sheriff, pero no iba dirigida a Finch la bala. El reptil se agitó en tierra con la cabeza destrozada.

Pete se había salvado del veneno de la culebra, pero su desesperado salto le había dejado al descubierto.

Se dio cuenta de ello y se arrojó al suelo, al tiempo que Finch disparada.

Una bala rozó la bota del pie derecho de Pete. Dos más arrancaron de la roca pedazos de granito.

Pete pudo ver que el bandido avanzaba hacia él. Finch, enloquecido por la sed y el calor, prescindía ya de toda precaución.

Evidentemente había recargado sus pistolas, que no cesaban de vomitar plomo.

-¡Una oportunidad! -gritó Pete de nuevo-. ¡Tómala o déjala, Finch!

El bandido ni siquiera se detuvo a contestar... como no fuera con sus balas.

Una de ellas atravesó el pañuelo del cuello de Pete Rice.

Ya era tiempo de poner punto final. Y Pete lo puso.

Salió de pronto a pecho descubierto, y disparó... ¡una sola vez!

La bala dio a Deacon Finch en la boca del estómago. Finch se inclinó hacia delante y cayó de rodillas.

Pete se abalanzó a él de un salto. No había duda de que le había herido; y se dispuso a agotar la carga de sus pistolas sobre los jinetes que se aproximaban, antes de que Finch perdiera el conocimiento.

Pete sintió como si alguien le hubiese golpeado la cabeza con una barra.

Conservaba todavía los sentidos cuando cayó a tierra.

Luchó locamente por incorporarse sobre sus rodillas, pero no pudo vencer la conmoción. Se llevó la mano a la sien, la retiró cubierta de sangre, y se desplomó desvanecido.

Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que no había estado mucho tiempo desmayado, pues el sol apenas había cambiado su posición.

Los latidos de su cabeza eran tan dolorosos, que le empañaban la vista.

Estaba tendido a la raquítica sombra de un cactus.

Unos pasos más allá, tres hombres se inclinaban sobre otro echado en el suelo. A Pete le pareció reconocer las angulosas facciones de Bristow <el Halcón>. Y escuchó las apremiantes palabras de! jugador.

-Vamos, vamos compañero. ¡Dínoslo pronto! ¿Dónde está enterrado el oro? Dínoslo y te llevaremos a un sierra-huesos que te pondrá como nuevo. A Pete Rice le dejaremos para los buitres.

-Perdéis el tiempo -contestó con voz débil el moribundo Finch-. Estoy terminando. Pero no descansaría tranquilo en mi sepultura si muriese sabiendo que vosotros ibais a disfrutar del oro que a mí me costó la vida.

-Pero escucha, compañero -insistió Bristow, con voz melosa-. Tú no estás mal- herido. Repartiremos contigo ese oro. Yo te lo prometo.

-Perfectamente -convino Finch burlón-. Si no estoy mal herido, ¿por qué tanta prisa en hacerme hablar? Tú sabes que me estoy muriendo. Pistol Pete me quitó de en medio... y yo le quité a él. Me muero con la satisfacción de que un cobarde como tú no logrará aprovecharse de lo que gané luchando cara a cara.

La voz de Bristow cambió radicalmente de tono, desapareciendo su fingida melosidad.

-Conque no quieres hablar, ¿eh? -rugió-. ¿Conque no quieres hablar? Ahora lo veremos. ¡Horseface, quítale las botas! ¡Y, tú, Torneo, ten preparados los fósforos! Un poquito de calor no le vendrá mal a este enfermo.

Pete sintió que le cegaba la ira. Su primer impulso fue ponerse en pie y saltar sobre Bristow y sus compañeros.

Pero se le doblaron las piernas como si fueran de goma. Se sentía tan débil como un ternerillo.

Vio brillar la llamarada de un fósforo, y un momento después oyó el espantoso grito de dolor de Deacon Finch.

De nuevo trató de incorporarse, pero su maltrecho cuerpo rehusó obedecer al mandato de la voluntad.

-¡Dejad a Finch, miserables coyotes! -gritó-. ¿Os atreveréis a torturar a un moribundo? Sólo le quedan unos minutos de vida.

El torvo rostro de Bristow se volvió hacia Pete. -¡Pues esos pocos minutos van a ser muy interesantes para él! -replicó-. ¡Y tú tampoco estás muerto todavía, Pete Rice! Estás indefenso. Tenemos tus pistolas. Pierde cuidado, que tan pronto como acabemos con éste, empezaremos contigo.

Brilló otra vez un fósforo, y un nuevo grito de agonía salió de los labios de Deacon Finch. Pete no podía distinguir claramente, pero comprendió que la llama del fósforo estaba chamuscando la carne del moribundo.

-¡Dejadle ya, cobardes! -gritó Pete otra vez-. ¿Por qué suponéis que él sabe dónde está oculto el oro? ¿Qué os hace pensar que no soy yo quien posee el secreto? ¡Meteos esto en vuestras estúpidas cabezas!

El fósforo se apagó. Deacon Finch gemía todavía, pero su tortura había cesado por el momento. Bristow y sus cómplices dedicaron ahora su atención a Pete Rice.

-¿No fue Finch quien enterró el oro? -preguntó Bristow.

-Sí, lo enterró -contestó Pete-. Lo cambió de escondrijo. Pero quizá yo lo volviese a cambiar. ¿No os pasó esto por la imaginación? Dejad, pues, morir en paz a ese desgraciado.

Pete estaba meramente echando un anzuelo. Sabía que los codiciosos bandidos morderían en él.

Un momento después Bristow se encontraba junto al sheriff herido. Pero ni aun viéndole en tal estado consiguió alejar su temor, ya que se acercó encañonándole con su pistola.

Los otros dos bandidos se colocaron a su lado.

-¿Dónde está, entonces, el oro? -insistió Bristow.

-Te gustaría saberlo, ¿verdad, cobarde? -le desafió Pete.

Bristow le sacudió un brutal puntapié en los riñones. -¿Dónde está el oro? -repitió-. ¡Mira que soy hombre de muy poco aguante!

-¡Nos parecemos mucho! -replicó Pete burlón-. Yo no dije que supiese dónde está ese oro. Pero suponiendo que lo sepa, tendrías que llegar conmigo a un acuerdo para hacerme hablar. Y no me sacarás una palabra si seguís torturando a ese moribundo.

El sheriff miró de reojo a Deacon Finch. Brillaba una extraña luz en los ojos del bandido.

Movió la cabeza débilmente. Se sentía conmovido por la oportuna intervención de Pete.

-Gracias, sheriff -murmuró con voz ronca-. Gracias por lo que has hecho por mí. Eres todo un hombre, y...

Entrecerró sus ojos. Sus dedos se engarfiaron en el duro suelo. Luego cesó la convulsión y logró incorporarse.

-Eres todo un hombre, Pete Rice. Encontrarás... tu recompensa... en la... tumba. Yo...

Se desplomó de espaldas. Deacon Finch estaba muerto.

Bristow y sus pistoleros patearon sin piedad el cuerpo inmóvil. Después Bristow volvió junto a Pete Rice.

-Quizá Deacon estuviera enloquecido por el calor -dijo-. Pero te anunció que encontrarías tu recompensa en la tumba. ¡Eso es todo lo que tienes que esperar! A menos que hables claro y me digas dónde está el oro, tendrás una tumba como recompensa a tu silencio. Prepara unos fósforos, Torneo... ¿Qué es esto?... ¡El cochino se nos ha vuelto a desmayar! Bien, ya hemos disfrutado bastante del calor del desierto. Atadle sobre su caballo. Le llevaremos a nuestra guarida... ¡y yo os juro que allí nos hablará mucho y bien!

El sheriff de la «Quebrada» sintió que Crimp «Horseface» y Torneo Salinas le levantaban bruscamente del suelo. Pete no se había desmayado. Lo estaba fingiendo maravillosamente.

CAPÍTULO 24
LOS HIERROS CANDENTES

Pistol Pete Rice yacía sobre el suelo de una cabaña de leñador, largo tiempo abandonada por su propietario, pero utilizada entonces como guarida por Bristow «el Halcón» y sus hombres.

Pete se sentía destrozado, débil, y con menos probabilidades de salvación que una ternera en el matadero. Las muñecas y los tobillos los tenía atados con gruesas tiras de cuero crudo.

Aun empleando todas sus fuerzas, no consiguió romperlas, y ya había cesado de luchar; pues sus esfuerzos no lograban otra cosa que cortar sus muñecas cruelmente.

Los bandidos habían viajado durante todo el resto de aquel día y gran parte de la noche. Y no habían dejado de creer un momento que el hombre que llevaban atado a su silla iba inconsciente.

Pero Pete sabía cuándo abrir los ojos discretamente para darse cuenta del país que atravesaban. Todo él estaba sembrado de detalles familiares que le decían dónde se encontraba.

Supo así que la cabaña del leñador estaba situada no lejos de la «Quebrada del Buitre».

Desde su encierro oía a los bandidos en la habitación inmediata. Debían estar comiendo ansiosamente y bebiendo en abundancia, pues sus voces eran cada vez más altas.

Deacon Finch había muerto con su secreto, y sus últimas palabras fueron un misterio. -«Encontrarás tu recompensa en la tumba».

¿Qué significaba aquello? ¿Por qué Finch, si se sintió tan agradecido por verse libre de la tortura, no utilizó el resto de sus energías para revelar al sheriff, con alguna indicación velada, dónde se encontraba el oro?

¿Había muerto Finch con su secreto por no podérselo revelar a Pete sin que los bandidos rivales se enteraran? -«Encontrarás tu recompensa en la tumba-.

¿Tendrían aquellas palabras algún significado oculto? Quizá... quizá...

El atado cuerpo de Pete se estremeció violentamente. Una idea acababa de relampaguear en su cerebro. ¡Aquella mirada de los moribundos ojos de Deacon Finch!

Había en ella comprensión, malicia... Finch había querido decir algo... algo que sólo tenía sentido para Pete, y ninguno para Bristow y sus secuaces.

-¡Ya está! -exclamó Pete para sí-. ¡Lo he adivinado! Pero el secreto no me servirá de nada. Me valdría más estar en un nido de culebras que en las manos de estos bandidos.

Siguió murmurando por lo bajo. Estaba ahora casi seguro de que Deacon Finch había querido indicarle algo con aquellas sus últimas palabras:

«Encontrarás tu recompensa en la tumba».

Deacon creía que él, Pete, conocía la cueva del «Loco Louie» en las orillas del río Bonanza, y que no habría dejado de darse cuenta del siniestro espectáculo que ofrecían las tumbas cerradas donde el «Loco Louie» enterraba a sus víctimas, y las aún abiertas destinadas a las futuras.

Finch, por lo visto, había llevado el cofre a la cueva. Pero no había podido retirarlo cuando huyó hacia la frontera.

Sin embargo, le sobró tiempo para ocultar el cofre, una vez que logró escapar del antro por la salida secreta.

Había por los alrededores varias tumbas abiertas. Finch debió elegir una de ellas. La tarea de enterrar el cofre debió de llevarle muy poco tiempo.

Ayudado por sus hombres debieron de ocultarlo en el hoyo y después lo rellenaron, seguramente con las rocas que cubrían las otras huecas.

El escondrijo del tesoro no llamaría así la atención.

La idea de aquel descubrimiento hizo agitarse violentamente a Pete entre sus ligaduras.

Todo fue inútil. No hay hombre que pueda romper una tira de cuero crudo.

Se oyó la voz cruel de Bristow en la habitación inmediata:

-¿Cómo van esos hierros, «Horseface»?

-El aludido soltó una brutal risotada: -¡El sheriff nos dirá su opinión en seguida! Yo sólo aguardo a que tú des la orden, patrón.

-Pues espera a que acabe con estas tortas -contestó Bristow-. No tenemos gran prisa. ¡Nuestro huésped el sheriff aflojará la lengua en cuanto queramos!

Pete Rice rechinó los dientes de rabia. Lo que se decía en la otra habitación estaba demasiado claro para él.

¡Iban a torturarle, quemándole las plantas de los pies con hierros candentes!

¿Qué habría sido de Teeny Butler y Hicks «Miserias»? A estas horas debían estar de regreso en la «Quebrada». Aquella cabaña no estaba en el camino que conducía a la población.

Pete miró a su alrededor buscando algo... un casco de botella... o cualquier cosa que tuviese un borde afilado. Cortaría con ella sus ligaduras.

¡No había nada!

Pero Pete tuvo una idea. Empezó a murmurar entre dientes; después su voz se hizo más alta.

-¡Una fortuna! -gemía-. ¡Oro! ¡Sacos y sacos de oro! Los veo. ¡Están todavía allí!

»¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Pero no diré dónde están. No, no lo diré. ¡No lo diré!

Aquello era lo único inteligible; el resto eran frases oscuras y deshilvanadas como las de una persona en delirio.

La estratagema de Pete debió dar resultado, pues los bandidos se presentaron apresuradamente, vomitando maldiciones.

-¡Maldita suerte! -clamaba Bristow-. ¡El cochino se ha vuelto loco con la herida de la cabeza! ¡Ahora que íbamos a saberlo todo!

-¿Oíste lo que dijo, patrón? -preguntó Crimp « Horseface»-. ¡Hablaba de una fortuna! ¡Sacos y sacos de oro! ¡Sabe indudablemente dónde se encuentra la pasta!

-Pues si lo sabe, se lo sacaremos pronto -dijo Bristow-. Tendremos únicamente que esperar a que salga de su delirio.

-¡Agua! -murmuró Pete débilmente-. ¡Agua! ¡Agua!

-Tráele un trago, Torneo... ¡pronto! -ordenó Bristow al mestizo, quien corrió a la otra habitación y volvió con una botella de whisky medio llena de agua.

Levantó la cabeza del sheriff y le acercó la botella a los labios. Pete bebió.

Sus ojos se cerraron. Después se aflojaron sus músculos y cayó pesadamente.

-¡Agua! -continuaba murmurando-. ¡Agua!

Una vez más Torneo aplicó la botella a los labios del prisionero. Pete dejó que el líquido se le derramase por el rostro, pero no hizo ademán de beber. ¡Y sin embargo, continuaba pidiendo agua!

-Le sentará bien -oyó que decía Bristow-. Dejémosle descansar un poco. Después hablará, yo os lo prometo. Voy a terminar primero mis chuletas. ¡Prepárame otra fuente, Torneo! Tengo un hambre de lobo.

Pistol Pete volvió a quedar solo. Abrió los ojos, que relampaguearon a la vista del agua en la botella. ¡Aquello era lo que él quería!

Rodó silenciosamente por el suelo, hasta poner sus manos sobre la botella.

La levantó suavemente... pero no para beber. Dejó que el agua se derramara sobre sus muñecas.

El frío líquido refrescó la martirizada carne, pero no era aquél el objeto de Pete. Vertió ahora el agua más rápidamente, dejando que empapase las ligaduras de cuero. Después tiró con todas sus fuerzas.

Fluían de su cuerpo nuevas energías. Había una chispita de esperanza.

Bristow y sus hombres continuaban comiendo y charlando en la próxima habitación. Bristow tenía un hambre voraz.

Tanto mejor. Pete esperaba que la gula le ocupase aún bastante tiempo.

Continuó tirando de las ligaduras de cuero. Tiró hasta que el sudor bañó su frente y le corrió por los ojos.

Tiró hasta casi gritar de dolor al clavársele el cuero en las carnes.

Al fin pudo libertar una de sus manos. Luego empezó a derramar agua sobre la tira que le ligaba los tobillos.

Pete estaba realizando una operación que los bandidos conocían demasiado bien. Pero el hambre y la confianza les habían hecho olvidar toda precaución.

¡Las ligaduras de cuero se estiraban!

-Mejor será que demos a ese otro trago de la botella -oyó que decía Bristow.

Pete estaba terminando de libertar sus pies-. Hazle beber a la fuerza, y derrámale algo de líquido por la cara. De ese modo volverá en sí. ¡Los hierros candentes harán el resto!

Pete Rice se puso en pie de un salto, y en el momento preciso en que Torneo entraba en la habitación le sacudió un terrible botellazo.

El golpe cogió de lleno al bandido en la mandíbula. El mestizo se desplomó como un ternero apuntillado.

Bristow se levantó de la mesa al oír el ruido.

-¡Rice debe de haberse soltado! -gritó-. ¡Dispárale, «Horseface»! ¡Tírale a dar en las piernas! Si se nos escapa, perdemos una fortuna...

Esto es todo lo que oyó Pete Rice. Un instante después abría la puerta, volviéndola a cerrar de golpe. Allá afuera, los caballos estaban todavía ensillados.

Evidentemente Bristow esperaba que el sheriff se apresuraría a hablar en cuanto probase los hierros candentes, y lo tenía todo preparado para correr al escondrijo del oro.

¡Bang! ¡Bang!

Dos balas silbaron junto a Pete. Era una suerte que no hubiese amanecido todavía. Desató las riendas del caballo más próximo y saltó a la silla. Clavó las espuelas en los flancos del animal y lo guió hacia las malezas que rodeaban la cabaña.

Dos disparos más. Pete procuró conservar el caballo en la débil protección que le brindaban los arbustos.

Sonó otra detonación. Pero la bala pasó muy lejos. Horseface o Bristow tiraban al azar. Pete abandonó las malezas y salió a campo descubierto.

Como buen conocedor de caballos, se dio cuenta en seguida de que el animal que llevaba debajo distaba mucho de ser algo extraordinario.

No había tenido tiempo de buscar a Sonny, y aquel potranco corría como un buey. Había hecho una dura caminata por el desierto y se encontraba casi agotado.

La única esperanza era que las cabalgaduras de sus enemigos no se encontraran en mejor condición.

Pero los hombres que le perseguían estaban armados. A Pete le habían quitado las pistolas, y ni siquiera contaba con sus energías normales para defenderse.

Pete tenía, sin embargo, una ventaja... ¡la única! Conocía el país como los habitantes de la «Quebrada» su calle principal. Al cruzar un arroyo se dio cuenta de que se encontraba a una milla de la vieja senda Kiowa.

Estaba en los alrededores del rancho de «Circle Dot». Se acordó, de pronto, de aquella trágica noche en que ardió el Flagstaff Hotel.

Le vino a la memoria el gigantesco pino que tuvo que abandonar para correr a la población. No se había molestado siquiera en llevarse el rifle con él. ¡Se lo había dejado en el árbol!

Batían los cascos de los caballos detrás de él. Bristow «el Halcón» le gritaba que se detuviese, y apoyaba su mandato con una granizada de plomo.

CAPÍTULO 25
UNA TUMBA AL FINAL

La aurora apuntaba ya por el Este. Pete miró hacia atrás. Dos jinetes le seguían las huellas. Estaban demasiado cerca para sentirse tranquilo.

Un cuarto de milla más atrás galopaba otro jinete.

Aquel tercer jinete debía de ser el mestizo Torneo Salinas, a quien Pete había puesto fuera de combate con la botella. ¡Tres bandidos armados contra un sheriff indefenso! ¡Si siquiera pudiera llegar hasta aquel árbol... ! Procuró cabalgar por terreno cubierto. Los perseguidores ya no malgastaban su plomo. Pero los cascos de sus cabalgaduras se oían cada vez más próximos.

Rodeó la falda de un monte, siguiendo un antiguo sendero que corría al borde de un profundo barranco.

Allí volvió a estar expuesto a las balas de los bandidos. Disparaban bajo, como tratando de inutilizarle el caballo.

Querían a Pete vivo, para arrancarle su secreto a fuerza de torturas. Después le matarían.

Tropezó su caballo, y casi cayó al suelo. Pero un oportuno tirón de las riendas le hizo volver a ponerse en pie.

El animal era noble, y luchaba contra la fatiga con toda su voluntad.

-Sácame de este apuro, muchacho -le apremiaba Pete-, y tendrás un buen hogar para el resto de tu vida.

Guió al mesteño hacia un torrente seco, y luego le hizo trepar hasta una planicie cubierta de pinos gigantescos. Allí trató de sacar de su cabalgadura un esfuerzo final. El pobre caballo trató desesperadamente de complacerle.

-¡Ya es nuestro! -oyó Pete que gritaba Bristow-. ¡El caballo ya no puede tenerse!

Bristow tenía razón. El animal se tambaleó y cayó. Salió un grito de triunfo de los bandidos perseguidores.

Pero Pete había saltado de la silla instantáneamente. Llevaba en la mano un lazo que encontró atado en el arzón.

El caballo trataba animosamente de ponerse en pie, pero el sheriff le abandonó y se alejó corriendo. Iba examinando ansiosamente las hileras de pinos, y encontró uno cuya rama más baja había quedado completamente desnuda por la reciente tormenta.

El pino en que se había instalado la noche del incendio del Hotel Flagstaff era muy parecido a aquél.

Pete hizo girar el lazo sobre su cabeza. De pronto se desenrolló en el aire, y fue a cerrarse en la rama inferior del pino elegido.

Pete se colgó del lazo, y probó la resistencia de la rama con su peso.

Después trepó por la cuerda, mano tras mano. Sabía que los bandidos estaban ahora casi encima.

Se oían muy cerca las risotadas de Bristow «el Halcón».

-¡Miradle! -reía Bristow-. El golpe en la cabeza le trastornó los sesos. Le derribaremos de entre las ramas como a un gato montés.

Los bandidos habían desmontado y corrían hacia el árbol. Pete se encontró en las ramas más altas antes de que abriesen el fuego sobre él. Registró la enramada con mortal ansiedad.

¡El rifle no estaba allí!

¿Lo habría arrojado a tierra el viento? Pete rebuscó frenéticamente por la enramada. Una bala le pasó rozando las botas. La próxima podría derribarle a tierra dando volteretas. Se deslizó hacia la otra copa del árbol. Estaba entonces en línea recta con la corralada del rancho de «Circle Dot».

¡Algo extraño sucedía allí! Recordaba que la noche del incendio del Hotel Flagstaff, cuando estuvo agazapado en aquel pino, se encontraba en línea recta con la casa del rancho.

¡Se había equivocado de árbol!

Llegó de abajo una bala que descortezó el tronco a unos cuantos pies de él.

Creyó que no le verían desde el suelo. Pero los bandidos debían de ser malos tiradores cuando no le habían atinado.

Se quitó las botas, las dejó caer, y se colocó en el extremo de una rama, agarrándose a otra superior para sostenerse. Las ramas de este pino se entrelazaban con las del siguiente.

Pete dio un salto. El tronco crujió al abandonarlo para cruzar los aires.

Una bala le desgarró la carne del antebrazo al asirse a las ramas del otro pino. La mordedura del plomo le hizo retirar la mano, y ésta no hizo presa.

Cayó dando tumbos. Diez pies más abajo un grueso tronco contuvo la fatal caída. Quedó balanceándose en su extremo, con los pies hacia arriba.

Un sobrehumano esfuerzo, y consiguió enroscar las piernas en la rama.

Trepó frenéticamente y logró encaramarse a lo alto. Desde allí examinó la copa del árbol siguiente.

Si los bandidos no le atinaban en el próximo salto, tendría grandes probabilidades de salvarse.

Pero los bandidos se sentían ahora tan seguros de cogerle que habían dejado de disparar.

-Baja de ahí -gritó Bristow-. ¿Es que te has vuelto loco? ¿Cómo crees que vas a escaparte saltando de árbol en árbol? El miedo no es razón suficiente para que te portes como una ardilla. ¡Baja ya... o te derribamos a tiros! ¡Te lo digo por última vez, Pete Rice!

Pero Pete Rice sabía muy bien lo que se hacía. Se refugió tras una gruesa rama y se dispuso a dar el salto decisivo. La voz de Bristow se hizo más iracunda.

-¡Te disparo si no bajas inmediatamente! -gritó-. Te doy dos segundos. No hay en el mundo nada que pueda salvarte.

Pete Rice tenía, sin embargo, una probabilidad... y la aprovechó... Calculó la distancia hasta el otro árbol. Le separaban de seis o siete pies. Era preciso arriesgarse. Se columpió tomando impulso. La rama se dobló amenazadoramente bajo su peso. Al abandonarla sonó un chasquido.

¡Bang! Juii-ii! Una bala pasó silbando por su lado. Apartó la cabeza instintivamente, y casi perdió el equilibrio. Pero sus manazas buscaron dónde asirse, desesperadamente.

Mientras Bristow rugía abajo, jurando y amenazando con meterle una bala en el corazón, Pete trepó hasta la copa del pino como una ardilla gigantesca.

Ya allí rió desafiador. ¡Aquel era el árbol! El rifle descansaba en el hueco del tronco.

Se sintió revivir al apoyar el rifle en su hombro.

-¡Escuchadme, cobardes! -gritó-. ¡Os doy tres segundos para que arrojéis las pistolas y levantéis las manos!

Bristow lanzó una brutal risotada.

-¡Tiene gracia, Pete Rice! Ahora verás cómo te obedecemos. Te vamos a derribar con unos cuantos agujeros en las piernas. Necesito saber dónde está el oro antes de cerrarte la cochina boca para siempre.

-Ya le oíste a Deacon Finch decírmelo -contestó Pete, desde lo alto-. Sus últimas palabras fueron para indicarme dónde estaba el tesoro. ¿Por qué no vas y lo coges? Yo así lo haré en cuanto os tenga amarrados. Mejor será que os rindáis... o sufriréis las consecuencias.

La respuesta fue una salva de los dos pistoleros.

¡Crac-k-!

Salió un chorro de fuego del potente rifle que Pistol Pete tenía en sus manos. Crimp «Horseface» lanzó un grito que heló la sangre de sus compañeros.

Mirando a través de las ramas, el sheriff vio que el malhechor dejaba caer sus humeantes pistolas y agitaba las manos como queriendo clavarlas en el aire. Un borbotón de sangre salió de su boca. «Horseface» cayó desplomado al suelo.

-¡El maldito tiene un rifle! -rugió Bristow-. ¡Mátale; Torneo! Nos ha engañado. Por eso saltaba entre los árboles. Tenía allí oculto un fusil.

Pete pudo ver que el mestizo describía un círculo, buscando la protección del árbol, para dispararle directamente. No había que hacer más concesiones al azar.

Apuntó a Torneo, y apretó el gatillo. El mestizo dio un paso, y cayó redondo.

-¡Y ahora a ti, Bristow! -gritó Pete-. Te doy un segundo para que sueltes tus pistolas. Ya sabes lo que te conviene... si tienes una pizca de sesos-. ¡Dispara una vez... y eres hombre muerto! ¡Suelta las pistolas y no te haré daño!

El rostro de Bristow se cubrió de una palidez cadavérica.

-Sal a aquel claro de manera que yo pueda verte -le ordenó Pete-. ¡Camina con las manos arriba!

Bristow siguió aquellas instrucciones, y permaneció con las manos levantadas mientras Pete se deslizaba a tierra, con el rifle preparado.

Pete saltó por encima del cadáver de Torneo Salinas, y avanzó apuntando directamente al corazón de Bristow.

-Métete debajo de aquel árbol y tira de mi cuerda -le ordenó el sheriff-. ¿Tienes un cuchillo?

Bristow afirmó con un gesto, brillándole de miedo los ojos.

-Perfectamente. Cortarás un trozo de esa cuerda. La necesito para atarte. Eres un asesino convicto, Bristow, y la Ley reclama su pena.

*****

Había pasado la hora de cierre del Banco de la <Quebrada del Buitre>, pero sus puertas estaban todavía abiertas, y los ciudadanos que no habían penetrado en él aún se alineaban a lo largo de la calle.

Era aquél un espectáculo que no querían desperdiciar.

En el interior del local se exhibía un cofre carcomido, lleno de goznes y cerraduras. Su contenido hacía abrir desmesuradamente los ojos a los ciudadanos de la < Quebrada». El cofre estaba repleto de oro reluciente.

Por toda la «Quebrada» se había hablado durante muchos años del oro de <Circle Dot>.

Algunos dudaban de su existencia. ¡Y, sin embargo, allí estaba! Los hombres lo contemplaban extasiados, calculando su valor. Sólo Pete Rice y sus comisarios pensaban en las vidas humanas que había costado.

-Es una verdadera fortuna -decía Teeny Butler-. Con unos cuantos puñados de ese metal podría vivir cualquiera como un príncipe.

-¿Y no habrá alguna recompensa para los que lo han encontrado? -preguntó uno de los ciudadanos presentes.

Uno de los empleados del Banco intervino en la conversación.

-Ya lo creo que la hay -dijo-. Pete Rice la tendrá, pero se propone compartirla con sus comisarios.

-Yo no aceptaré ni una pepita -se apresuró a decir Hicks Miserias».

Ni yo tampoco -le secundó Teeny Butler.

-Escuchad, compañeros -intervino Pete Rice-; no obréis como ovejas de rebaño. Sin vuestra ayuda, yo nunca habría rescatado este oro. No soy ambicioso, pero nunca debe rehusarse el dinero cuando se lo ofrecen a uno y está bien ganado. EL mejor epitafio para un

hombre es el que se escribe en su cuenta corriente. Yo aceptaré mi parte y sabré emplearla en buenos fines. Si algo me sucede alguna vez, mi madre no carecerá de nada.

-Bien, pues yo aceptaré la mía -decidió Hicks «Miserias»-. El otro día estuve leyendo un viejo almanaque. Estaba lleno de anuncios de una droga especial que cura muchas «miserias». Voy a comprar cien libras y a preparar una nueva medicina para el reuma. No hay más que tomar media onza de cenizas de pino, seis cucharadas de flores de azufre, un buen puñado de sal, un pedazo de cuerda de ahorcado...

Pero la nueva receta del pequeño comisario para curar las « miserias» de la Humanidad quedó bruscamente interrumpida. Un rudo vaquero, con un paño de barbería alrededor del pescuezo, entró como una tromba en el Banco.

Llevaba una de las mejillas cubierta de jabón, y la otra completamente afeitada.

-¡Hicks «Miserias»! -clamó-. ¿Cuánto tiempo tengo que esperar para que me acabes este mapa mundi? ¿Me vas a afeitar... o no? Hace cerca de una hora que estoy esperando.

-Ahora mismito voy, camarada -dijo «Miserias» encaminándose hacia la puerta-. Me he dedicado tanto últimamente a mis deberes de policía, que casi se me ha olvidado que soy barbero. Pero te echaré un estupendo tónico en la pelambrera... y no te cobraré nada.

Pete y Teeny cambiaron una sonrisa cuando desapareció « Miserias».

Los tres compañeros habían vivido más en una semana que un hombre corriente en toda su vida. Rara vez se enfriaban sus pistolas, pues el sheriff Pistol Pete Rice tenía como misión mantener la Ley en una tierra infestada de malhechores.

Y aquella hazaña de someter a Bristow «el Halcón» a la justicia, fue una sola de las muchas de que se enterará el lector que las siguiere leyendo.

FIN